

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES
REVISTA DE HUMANIDADES
SAGITARIO

CeDInCI



REVISTA DE HUMANIDADES

CAJA POPULAR DE AHORROS

de la PROVINCIA DE BUENOS AIRES

CON USTED

Puede adquirir la quinta parte de un certificado de las EMISIONES COMPLEMENTARIAS a sortearse los días

7 y 28 de SEPTIEMBRE

con el siguiente programa de premios:

1	Premio de	\$	5.000
1	»	»	»	1.000
1	»	»	»	500
2	»	»	\$	200 » 400
5	»	»	»	100 » 500
10	»	»	»	30 » 300
15	»	»	»	15 » 225
25	»	»	»	10 » 250
2.560	»	»	»	2 » 5.120
3.500	t. u. c.	»	»	2 » 7.000

Total: **6.120** premios por la suma de \$ **20.295**

Si el certificado de que usted es poseedor no obtuviera premio alguno será canjeado por el

Cincuenta por Ciento de su Valor

En títulos del EMPRESTITO INTERNO DE CONVERSIÓN del 2 y 1/2 de interés y 1/2 % de amortización anual.

Conserve usted los certificados no premiados y canjee los por títulos del empréstito interno de conversión, y efectuará una buena operación de previsión y ahorro.

Representantes de SAGITARIO

En Europa: ESPAÑA: Angel Dotor—Madrid.
FRANCIA: Carlos Quijano — Paris.
INGLATERRA: V. R. Haya de la Torre — Londres.

En América:

URUGUAY: J. Cosco Montaldo — Montevideo.
CHILE: Librería Nascimento — Santiago.
PERÚ: M. Lorenzo Rego — Lima.
» Antenor Orrego — Trujillo.
COLOMBIA: Germán Arciniegas — Bogotá.
MÉXICO: Julio Brandán.
» Leopoldo Font (librero) — Guadalajara.
BOLIVIA: Juan Paz Rojas—La Paz.
ECUADOR: José M. Mora Reyes—Loja.

En la República Argentina:

Don Alfredo Goldsack Guñazú— Mendoza.
» J. Acosta Olmos — Córdoba.
Dr. Martín Ardenghi — Neuquén.
» E. Sánchez Ceschi — Viedma (Río Negro).
» Hernán F. Gómez — Corrientes.
Don Ismael Dozo — Santa Rosa del Toay (Pampa Central).
Dr. Carlos Cossio — Tucumán.
» Martín Gómez Rincón — Salta.
Don Horacio L. Peludero — Río Cuarto (Córdoba).
» Juan De Matta Ibañez — Victoria (Entre Ríos).
» Luis Doello Jurado — Gualaguaychú (Entre Ríos).
Dr. Juan A. Godoy — Concepción del Uruguay (Entre Ríos).
Don Eleodoro Martínez — San Juan.
Dr. Eduardo M. Grané — Posadas (Misiones).
Don Jorge R. Forteza — Rosario (Santa Fé).

Provincia de Buenos Aires:

Dr. Mariano Irisarri — Mercedes.
» Juan D. Pozzo — Bernal y Quilmes.
» Estanislao de Urraza — Chivilcoy.
Doña Rosa Pura F. de Vergara — Pergamino.
Don Félix Esteban Cichero — Junín.
» Wasghinton Desbouts — Zárate.
» Francisco A. Rosito — Bahía Blanca.
» Manuel Bessaso — Campana.
» Salomón Rodríguez — Arroyo Seco — F. C. C. A.
» Heriberto A. Bricchie — San Nicolás.
» Salvador Bassi — Azul.
» Francisco J. Fígoni — Ensenada (Puerto La Plata).
» Federico J. Monjardin — Lujan.

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN

República Argentina, suscripción anual (6 números) . \$ 5.—^{m/n.}
Exterior » 3.—^{o/s.}
Número suelto » 1.—^{m/n.}

Toda correspondencia administrativa, dirijase a nombre del secretario señor Verde Tello, Calle 45 N° 734, La Plata.

GATH & CHAVES

LA PLATA

Es la Casa mejor surtida en artículos

PARA HOMBRES

Sus vastos surtidos en los departamentos de

*Sastrería, Confecciones, Sombrerería,
Camisería, Bonetería, Corbatería, y
Calzado*

y la originalidad de los mismos, hace que todo el que se vista en nuestra casa supere a cualquier otra en elegancia.

Visite Vd. nuestros salones de venta y exámine sus mercaderías.

CREDITOS

EN 10 MENSUALIDADES

CALLE 7 ESQUINA 50

INDEPENDENCIA

COMPAÑIA DE SEGUROS GENERALES

Calle 10 N°. 989 - U. T. 3691

LA PLATA

CeDInCI



INCENDIOS - AUTOMOVILES

AHORRO - VIDA

CASA GONETTI

RELOJERIA Y JOYERIA

Nuestro competente personal es la mejor garantía de la perfección, arte y buen gusto con que se confeccionan las Alhajas finas, y se componen los relojes de precisión.

Se conceden
Creditos en
10 y 12 cuotas



Diagonal
80 Núm. 1000
U. T. 1947



GRAN PANADERIA Y PASTELERIA — de — ANTONIO CREO & Cia.

Especialidad en Ensaimadas

Sucursal No. 1 — Diagonal 80 entre 3 y 4 — Unión Telefónica 3436

Sucursal No. 2 — Diagonal 74 esquina 3 — Unión Telefónica 1891

Sucursal No. 3 — Calle 6 No. 1409, 61 y 62 — Unión Telefónica 470

Calle 50 esquina 4 — Telefono 959 — La Plata

EDITORIAL MINERVA

Lima - Sagastegui 669

BIBLIOTECA MODERNA:

OBRAS REPRESENTATIVAS DEL ESPIRITU CONTEMPORANEO EN LA LITERATURA, LA FILOSOFÍA, LA CIENCIA.

BIBLIOTECA AMAUTA:

ESTUDIOS SOBRE LAS CIVILIZACIONES AMERICANAS Y OBRAS DE LITERATURA INDIGENISTA.

BIBLIOTECA VANGUARDIA:

OBRAS DE LITERATURA E IDEOLOGÍA VANGUARDISTA.

TRADUCCIONES ESPECIALES PARA "MINERVA"

HA APARECIDO EL PRIMER VOLÚMEN DE LA BIBLIOTECA "MODERNA": LA ESCENA CONTEMPORANEA

: : : : DE JOSÉ CARLOS MARIATEGUI : : : :

GRAN HOTEL SPORTSMAN

de Eduardo Bonet y Pedro Morandi

Calle 54, 6 y 7 U. Telef. 299

Grandes comodidades para pasajeros, aseo, confort, seriedad. Casa especial en banquetes y lunch

ATENDIDO POR SUS PROPIETARIOS

Lottermoser

UNICO IMPORTADOR DE LAS AFAMADAS MARCAS DE PIANOS

MASON Y HAMLIN
CHICKERING
CHAPPELL
BOSENDORFER
SPRUNCK etc. etc.

Doy facilidades de pago y una liberal concesión por pianos usados en cambio.

RIVADAVIA 853
BUENOS AIRES

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

“La Comercial”

— DE —

ANTONIO LOFEUDO

Agente de Seguros en general

Se aceptan toda clase de operaciones Comerciales, Judiciales y Administrativas.

Se reciben propiedades en alquiler

Arrendamiento de campos - Compra y venta de casas y terrenos - Operaciones hipotecarias y garantía de alquileres.

Se anticipa dinero sobre alquileres y construcciones - Confección de planos de toda clase - Se pagan derechos e impuestos.

Se gira el importe de los alquileres a cualquier parte del mundo a satisfacción del interesado.

Calle Diagonal 80 N° 1065 - U. T. 3710

LA PLATA

D. M. MALAGAMBA

Explotacion de Bosques, Aserradero y Corralon de Leña y Carbon

Escritorio y Depósito

Calle 37 115 y 116 - U. T. 166

LA PLATA

OBRAS NUEVAS

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

DERECHO POLITICO

(ENSAYOS)

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

DEL TALLER UNIVERSITARIO

Sumario: El taller universitario. — Arte y religión. El matrimonio y el divorcio. — Los problemas de América latina. — Joaquín V. González. — Osvaldo Magnasco. — José Ingenieros. — Depuremos la reforma universitaria. — La derecha vía universitaria. — La lucha por la reforma. — El Consejo Académico de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Pedidos a J. SAMET

Avenida de Mayo 1242 — Buenos Aires

JULIO V. GONZALEZ

TIERRA FRAGOSA

“Paisajes, tipos y costumbre del Oeste Riojano”

Tomo elegantemente presentado. . . . \$ 2.50

LIBRERIA “LA FACULTAD”

JUAN ROLDAN y Cia.

FLORIDA 359 — BUENOS AIRES

Pida estos libros en las buenas librerías

ANOTE Y PIDA USTED

SAGITARIO

EN ESPAÑA:

Librería Maragut—Pintor Sorolla, 16 Valencia.—Librería de Cecilio Gasca.—Zaragoza.

EN FRANCIA:

Librería de Jean Chuzeville, 140, Boulevard Saint Germain (VI^e Arrt.)—Paris.—

EN MÉXICO:

Librería «Biblos».—2.^a República del Salvador 47.—México.—
Librería Botas e hijos, Boulevard 9—México.—Librería de Leopoldo Font, Guadalajara (México).

EN CHILE:

Librería Nascimento—Ahumada 125.—Santiago de Chile.

EN PERÚ:

Librería «La Aurora Literaria» de M. Lorenzo y Rego—Unión 756 al 764.—Lima.—

EN VENEZUELA:

Librería de Carmelo A. Gonzalez y Cía.—Calle Miranda Núm. 4 al 8.—Maracaibo.—Librería Alejandro Edilio Borges—Boulevard Baralt—Maracaibo.—

EN BOLIVIA:

Librería Arnó Hermanos—Illimani 10/20.—La Paz.

EN COLOMBIA:

Editorial «Ediciones Colombia».—Carreras 8.^a, número 245.—Bogotá.—

EN ECUADOR:

Agencia de «Sagitario».—Casilla 5—Loja.—

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA:

Librería «Dante»—San Martín, 54—Córdoba; Librería García Hermanos, 25 de Mayo 10 21/23.—Corrientes; Librería del Colegio, 9 de Julio esquina España, Concepción del Uruguay (E. Ríos); Librería Francesa, 9 de Julio 82/84—Tucumán; Casa «Rasso»—Rivadavia 33—Junín F. C. P. (P. de Bs. Aires).

Hacemos presente a los lectores de *Sagitario* que la suscripción por un año se vence con la entrega de este número y que, en consecuencia, para seguir recibiendo la revista, *debe renovarse la suscripción*, bien sea en las agencias indicadas o, directamente, en la Administración.

EL ADMINISTRADOR.

SAGITARIO

SAGITARIO

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

DIRIJIDA POR: CARLOS AMÉRICO AMAYA, JULIO V. GONZÁLEZ, CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE
SECRETARIO DE REDACCIÓN: PEDRO A. VERDE TELLO

LA PLATA (R. A.) DIRECCIÓN: AVENIDA 53 N.º 538
TODA CORRESPONDENCIA DE REDACCIÓN Y CANJE, DIRIJASE A LA DIRECCIÓN

AÑO I	ABRIL-AGOSTO 1926	NÚM. 6
-------	-------------------	--------

ÍNDICE DE ESTE NÚMERO

JOAQUÍN EDWARDS BELLO.	La crisis chilena	303
PASCUAL ORTIZ RUBIO.	América y la Sociedad de las Naciones	315
ANTENOR ORREGO	Racionalismo y Revolución	319
FRANCISCO ROMERO.	Augusto Messer	323
RODOLFO EUCKEN	La Argentina y Alemania	331
JORGE MAX ROHDE.	Sarmiento.	333
ALBERTO ROUGÉS	Las dos ciencias	346
LUIS GIMENEZ DE ASÚA	En torno al asesinato de Matteoti	351
JUAN MANTOVANI	Ellen Key (Su vida y su obra)	354
CARLOS ASTRADA	Ramón Turró y su teoría del conoci- miento	374
C. SANCHEZ VIAMONTE	La cultura frente a la Universidad.	390
ENRIQUE V. GALLI	Un libro notable	396
V. R. HAYA DE LA TORRE.	Romain Rolland y la nueva generación Latino-Americana	403

BIBLIOGRAFÍA

A. P. RIVERO ASTENGO	<i>Androvar</i> , de Pedro Prado.	408
A. FERNÁNDEZ GARCÍA	<i>La asamblea de la bohordilla</i> , de Alberto Gerchunoff.	411
FELIX E. CICHERO	<i>Dostoevski, Renán, Pérez Galdós</i> , de Ar- mando Donoso	413
A. ORZÁBAL QUINTANA	<i>La Sociedad de las Naciones y el Dere- cho político</i> , de Adolfo Posada.	415
E. SUÁREZ CALIMANO	<i>Cánticos de Raquel</i> , de Raquel Adler	416
R. LEHMANN NITZCHE	<i>D. Antonio Colbacchini</i>	417
M. LÓPEZ PALMERO.	<i>Antología de la poesía argentina moderna</i> , de Julio Noé.	419
J. G. FIGUEROA BALCARCE.	<i>Don Segundo Sombra</i> , de Ricardo Gui- raldes	421
F. R.	<i>Vida y obras de Angel Ganivet</i> , de M. Fernández Almagro	423
ALBERTO ROUGÉS	<i>A propósito de Tierra Frágosa</i> , de Julio V. González	425

COMENTARIOS

Universidad y pensamiento, por M. Punyet Alberti — El Clero Católico contra la Constitución Mejicana — Un aspecto nuevo del futurismo, por Marcos M. Blanco — Chocano el asesino de Elmore — El buen Juez Magnaud.

UNIVERSITARIAS

Orientaciones universitarias, por Oscar Cosco Montaldo — De los estudiantes de Costa Rica a sus colegas de América — El conflicto universitario de Santiago de Chile — La Federación Universitaria de La Plata.

NOTICIAS

La Asociación Universitaria, por Hellmut Simons.

SAGITARIO

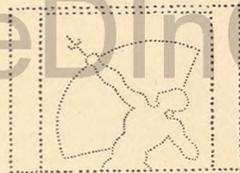
DIRECTORES

CARLOS A AMAYA

JULIO V GONZALEZ

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

CeDInCI



LA PLATA
R. ARGENTINA
AV 53 N°538

REVISTA DE HUMANIDADES

La Crisis Chilena

POR

JOAQUÍN EDWARDS BELLO

BALMACEDA.

EN 1891, tras la derrota de Balmaceda en los campos cercanos a Valparaíso, la autoridad presidencial cayó fulminada. En realidad, fué la derrota del nacionalismo, por cuanto Balmaceda estaba empeñado en crear un Ejecutivo fuerte, es decir una autoridad capaz de custodiar la propiedad nacional o patrimonio del pueblo. Como el marqués de Pombal, en Portugal, Balmaceda apareció como un defensor providencial de la entonces considerable riqueza pública.

Muerto Balmaceda y debilitado el poder Ejecutivo, los inmorales fueron dueños del país y recrudecieron en su obra de entregar la riqueza del suelo al extranjero y a los validos, mediante coimas. La dilatada propiedad fiscal, consistente en terrenos agrícolas del Sur y salitreros del Norte, empezó a recibir zarpazos desde entonces. El Parlamento, vencedor del Ejecutivo, ha sido el intermediario, por estar compuesto de una mayoría de personajes nocivos al interés nacional. Actualmente, el cobre no paga impuestos de salida por imposiciones norteamericanas; la lana paga muy poco; el salitre es controlado en Inglaterra y los terrenos fiscales del Sur han sido cedidos casi en su totalidad; el tabaco, la langosta, las ostras, la electricidad, son elementos de bienestar cedidos al extranjero.

LA CLASE MEDIA.

Los espíritus patriotas y honrados llegaron poco a poco al convencimiento de que solo una clase media fuerte sería capaz de salvar el territorio nacional y la sociedad de la esclavitud a que estaba sujeta por el imperio de esa oligarquía tendiente a favorecer los monopolios extranjeros o nacionales.

Por el cohecho, practicado invariablemente en las elecciones, el Parlamento sustentaba una mayoría interesada en mantener el estado amorfo de la mano de obra. Las leyes de urgencia eran encarpetadas y el país se mantenía en el marasmo.

La inquietud se manifestó en movimientos de estudiantes, intelectuales, pequeños comerciantes y empleados públicos, desligados de la política. En realidad, y esto es muy importante, los movimientos ocurridos en Chile desde el año 1920 no provienen de la política sino de las profundas entrañas sociales donde pugna por asomar la clase media. Esa clase se impone para eliminar las asperezas del régimen de castas y para salvar el exiguo resto del patrimonio que nos dejaron los héroes de la independencia y los prohombres honrados hasta Balmaceda.

Desde el momento que las Cámaras constaban de una mayoría aristocrática, es decir de gente europeizada, oriunda de extranjeros apenas vinculados al territorio, no existía ese patriotismo indispensable para conservar el patrimonio público. La mayoría de los parlamentarios carecían de conciencia civil, de esas virtudes básicas para gobernar.

ALESSANDRI.

Los partidos democráticos propiciaron en 1920 la candidatura presidencial del señor Arturo Alessandri, con la esperanza de que haría triunfar rápidamente sus anhelos. El

programa de este político fué en efecto como una cristalización de las ansias sociales. Sus partidarios creyeron ciegamente que traería abajo el régimen anticuado mediante sus dotes extraordinarias de caudillo.

Ninguno que no conozca las características fundamentales del pueblo chileno podría reconstruir imaginariamente esos días en que Alessandri era candidato del pueblo. Su casa, en el paseo clásico de los santiaguinos, vibró como en las fiestas populares con sus oriflamas y cantares. Gente venida de todas partes dormía bajo sus balcones: el pueblo, en su aspecto más pintoresco le hizo baluarte.

Los adversarios del candidato popular experimentaron sorpresa en la lucha electoral al notar la riqueza de la caja alessandrista formada con erogaciones miserables de un peso por cabeza.

La imaginación milagrera tejía sus enredaderas de leyenda alrededor del ídolo. Como fetiches arrancaron pedazos de mampostería de la casa donde hablaba. Una mañana apareció el balcón demolido.

Arturo Alessandri Palma, por su estirpe mezclada, es un condotieri con astucias de criollo. Conoce los defectos de la política por haberlos practicado y, al combatirlos, podría declarar enfáticamente, como el tigre Clemenceau:

«He franqueado una etapa».

El león de Tarapacá le llama el pueblo, y en las cocine-rías populares vense leoncitos de mazapán con inscripciones en azúcar. Su retrato está trazado por litografías baratas con ingenuidades de arte primitivo. Aparece guiando una locomotora que arrasa tópicos y ñoñeces con formas humanas.

Balmaceda está a su lado en el arte popular. Juntos presiden las cuecas tamboreadas de los arrabales entre floreros de papel. Pero Balmaceda fué más chileno que él

por su majestuosa gravedad, su prosopopeya, su sentido trágico de la patria. Alessandri está salpicado de plebeyismo, de tumulto. En Tarapacá aparece envuelto en historias de sangre al derribar el caudillaje del siniestro Del Rio. La cantadora Chamorro y el negro Montt luchan codo con codo a su lado. Un prefecto muere misteriosamente frente a él.

En cambio Balmaceda no pudo asimilarse el colorido popular. En su época el pueblo era amorfo. Desde el momento que se alzó contra los privilegios sintió el vacío. Antes de morir se puso el frac y se asomó a mirar el sol del 18 de Setiembre. Compuso un testamento y se mató como los héroes de Shakespeare. Afuera una plebe inconsciente pedía su cuerpo para despedazarlo. Las casas de sus partidarios ardieron, los pianos fueron precipitados desde los balcones. Balmaceda fué el hombre de los Andes, imponente, majestuoso, cuajado de cielo.

Alessandri vive, en cambio, en resplandor de victoria; es histrión como los césares; sabe desatar lágrimas por su cara de tenor y echa dos baldes de agua en el sombrero de copa para extraer luego un conejo y un pato vivo. Su oratoria es espumillante como chicha nueva.

Bajo Balmaceda, la lucha contra la oligarquía tuvo un carácter clásico; fué mesiánica, sagrada. Con Alessandri no sale de la calle; es la lucha con sudor, blasfemias y encontrones, pero su realismo, su carácter callejero, su estandarte de guñapos, lleva a la victoria. Alessandri confunde la democracia con el reparto social. Su triunfo fué celebrado con cantos y bailes populares de una exuberancia nunca vistos.

Una vez sentado en el sillón presidencial empezó la defensa ordenada contra la gigantesca oposición.

Orador profesional, hábil jurista, ayudado por su elocuencia burbujeante y teatral, parecía seguro de ganar el pleito de las clases instruidas contra los privilegios sociales

y comerciales. Tiene un lema gracioso y perfumado como una flor:

El odio nada engendra
sólo el amor es fecundo. . . .

El pueblo hace cuecas; le saca músicas al lema. La gente antigua está exasperada. Nunca se ha visto una cosa igual. El insensato les está dando alas a los rotos. . . Qué irá a pasar! Antes se vestían con trajes de bayeta y ahora quieren cuellos de pajarita! Por las calles empiezan a verse rotos fumando cigarrillos egipcios; los choferes dan la mano al cliente. Vicente Huidobro ha visto a un huaso que lee *Más allá del bien y del mal*. . . .

Cada acto del nuevo Presidente tomó formas de alegato, suscitando interminables debates. Los viejos patricios del Senado obstruyen la nueva vía.

Desgraciadamente, los exiguos cinco años del periodo presidencial no bastaron, y su preocupación consistió en arreglar el asunto de Tacna y Arica y en destruir a los adversarios políticos.

Les leyes, esbozadas por sus colaboradores no pudieron ser promulgadas por la obstrucción continuada de la oposición.

Estas leyes, que el país reclamaba con urgencia, eran:

- fijación de la moneda,
- término de las especulaciones al cambio,
- reglamentación de la Bolsa de Comercio,
- higienización de las viviendas,
- jubilación de empleados públicos y periodistas,
- término de la Asociación Salitrera,
- expulsión de los socios de firmas extranjeras o abogados de capitalistas extranjeros, de la Política.
- Exclusión de parlamentarios en los ministerios.

El tumulto político impedía la realización de los ideales que más tarde debían cristalizar en los decretos-leyes, promulgados por el Gobierno de los jóvenes militares.

Las elecciones para senadores, llevadas a cabo a mediados de su presidencia, fueron violentas. El partido de latifundistas, comerciantes y banqueros, llamado Unión Nacional, contrario al Presidente, usó del cohecho, o sea del dinero en grandes cantidades, según su costumbre; el partido presidencial no tuvo otra manera para combatirlo que la intervención. Así se dió al país, en sus centros más laboriosos, un espectáculo escandaloso.

El Presidente, fiel con exceso a los correligionarios reveló en esa ocasión su aspecto más ingrato por la vinculación, a su pasado político, que era, al fin, el pasado de la política mediocre y local. Alessandri no es un independiente: está demasiado ligado a sus amigos.

La fidelidad a hombres ignorantes o inmorales por el hecho de pertenecer a su bando, contribuyó a exacerbar el odio de sus adversarios y aún a restarle simpatías dentro de los elementos que le llevaron al poder.

El país estaba cansado de la política y ya dijimos que el movimiento democrático había nacido en las entrañas de la sociedad, independientemente de la política de Asambleas, fraccionada en partidos diminutos, con nombres ridículos.

Alessandri fué el *voyou* de la política chilena, como lo fueron Clemenceau y Lloyd George en la política europea. Es necesario, algunas veces, ladearse el sombrero en la cabeza, subirse el cuello del gabán y sacarse un mechón de pelos sobre la frente para dar una impresión de intimidad. Así se puede penetrar sin recelos en las recámaras de la conciencia popular. Escribamos la definición chilena: Alessandri promovió el *bochinche*; en ese lago estagnado de Santiago, en la capital pacata, con zapatones de goma, saturada de una distinción criolla, donde el decir la verdad parece de mal tono, la inmensa indiscreción de Alessandri dibujó miles de círculos descéntricos.

No tuvo la majestad ni la originalidad de Balmaceda. En sus discursos abusó del cliché; fué profesional, estudió por

libro para llegar a sus fines. Pero, vuelta a empezar, y volveríamos a ser alessandristas el año 1920.

LA ANARQUIA PARLAMENTARIA.

Como consecuencia del movimiento volcánico del 91, que esbozamos al empezar este artículo, el poder quedó diseminado, fragmentado en ambas Cámaras, es decir, entregado a una turbamulta de diputados, y senadores, fruto en su mayoría de las Asambleas o del cohecho. Tal fué el parlamento que Alessandri encontró; que conocía, a fondo por haber sido parlamentario.

Por la ausencia de autoridad presidencial, cada senador o diputado gozaba de poderes ilimitados para la controversia u obstrucción, las que ejercitaban por motivo de vanidad o interés. Las pasiones individuales, sin nexo con el progreso nacional, se exacerbaban en este sistema que produjo los ministerios Carruseles, destinados a satisfacer a cada ambicioso por turno. Los ministerios duraban de dos a cuatro meses y servían para halagar a los sujetos mimados por las asambleas o por la masonería.

Tal era el panorama en Chile en 1924. No se dictaban las leyes de urgencia, no se tomaba en cuenta a las provincias, no se satisfacían, en fin, los anhelos de la conciencia. Los partidos estaban empeñados en ganar elecciones o en tener ministros propicios. El Presidente estaba a merced de un Parlamento anárquico. Es decir, la situación era tal cual la previó Balmaceda en su testamento.

PRIMER MOVIMIENTO MILITAR.

En ese país imitador de Europa, el movimiento militar de España produjo impresión. Los jóvenes oficiales del Ejército, pertenecientes en su mayoría a la clase democrática, organizaron un movimiento parecido al de España, pero sin cabeza, es decir, condenado al fracaso.

Ese movimiento, que creyó ser más moral que el de España por su acefalía, culminó en Setiembre de 1924 con la clausura del Parlamento. Los jóvenes oficiales se hicieron así los portavoces del unánime descontento. Mentirían los que dijeran ahora que ese movimiento fué condenado por los elementos civiles más cultos.

Lejos de eso, muchos estudiantes, profesores, intelectuales, se ofrecieron para colaborar con los militares. El manifiesto de los intelectuales publicado a ese respecto por la revista «Nosotros» de Buenos Aires, es bien claro. Encabezaban ese manifiesto Pedro Prado y Eduardo Barrios.

En cuanto a los periodistas de *La Nación*, diré que éramos enemigos de la política y habíamos insinuado muchas veces el peligro que corría la vida parlamentaria por su execrable conducta.

Poco a poco ese movimiento, organizado por jóvenes oficiales, vinculados a la nueva conciencia social, fué degenerando en una reacción antipresidencial, es decir: antidemocrática.

Los revolucionarios de buenas intenciones, entregaron el Gobierno a una Junta compuesta principalmente por el general Altamirano y los almirantes Nef y Gomez Carreño. Estos profesionales de la fuerza armada fracasaron lamentablemente en el Gobierno y, dejándose halagar por los elementos reaccionarios, decretaron la expulsión del presidente Alessandri y se empeñaron en hacer fracasar su obra apenas esbozada.

LOS DIARIOS.

Chile contaba hasta 1910 con sólo dos diarios poderosos: «El Mercurio y «El Ilustrado». El primero de estos es la cabeza de una poderosa empresa periodística, decano de la prensa americana. Por pertenecer a D. Agustín Edwards es un diario comercial tendiente al vasto e insensato programa de extranjerización que su dueño, ex-ministro en

Londres, ha emprendido. D. Agustín Edwards es propiciador incansable de la entrega de los negocios chilenos al capitalismo inglés; defensor franco de la Asociación Salitrera, o trust inglés del salitre.

Arrivista peligrosísimo, el señor Agustin Edwards, ha logrado trasladar la sede del salitre a Londres, destruyendo así a la Compañía Chilena *Antofagasta*, que fué el vórtice de toda la Política nacional culminante en las campañas victoriosas del año 79. El Banco Edwards, que fué nacional, ha sido refundido en el Anglo South American. Así el señor Edwards pudo ganar las comisiones de los numerosos empréstitos colocados en Londres, donde fué ministro de Chile.

En pocos países podría registrarse el caso de un *camouflage* del talento como es el señor Agustin Edwards mediante su dinero. El caso típico del arrivismo contumaz se revela en su insólita conversión a la masonería en la hora undécima, cuando este partido se manifiesta todopoderoso. Por el hecho de ser asalariado de la firma norteamericana Gugenheim, la actitud del señor Agustín Edwards, Delegado en Arica, ha sido funesta en los trabajos del Plebiscito.

Todo el asunto se desvió hacia Bolivia, donde los Gugenheim poseen inmensas riquezas. El delegado chileno, aunque parezca increíble, propuso la neutralización del territorio disputado.

De esta manera, *El Mercurio* es un diario sin raigambre en la sociedad chilena. Ha acaparado a escritores distinguidos, brindándoles su admirable tribuna, pero ellos trabajan sin calor, independientemente del amo y la Redacción.

El Diario Ilustrado fué el primer elemento de combate nacionalista, dirigido por el eminente hombre público, don Joaquín Echeñique. Sus censuras contra los intermediarios del capitalismo extranjero fueron las primeras campanadas de advertencia que se escucharon en el país. Por su con-

servadurismo, le ha faltado, sin embargo la independencia indispensable para no suscitar recelos.

En estas circunstancias aparecieron en Santiago *La Mañana* y más tarde *La Nación*, respondiendo a una necesidad pública. En este diario su dueño y director espiritual don Eliodoro Yañez, ha procurado reunir el mayor número de escritores populares, organizando un vasto movimiento de ideas. Es el verdadero defensor de la democracia.

SEGUNDO MOVIMIENTO MILITAR.

Los diarios del señor Yañez iniciaron un movimiento enérgico contra la Junta de Gobierno presidida por el general Altamirano, cuya ineptia se reveló desde el primer momento. Los oficiales jóvenes que en Setiembre habían desahuciado al Parlamento veían con dolor el giro que tomaran sus jefes, juramentados sin embargo a su causa.

Finalmente, en Enero de 1925, esos oficiales ordenaron un nuevo movimiento que terminó con la prisión de la Junta de Gobierno en La Moneda. El momento fué de una dificultad extrema, por cuanto la marina se pronunció en contra del ejército.

Los jóvenes oficiales, exaltados, querían obrar con violencia extraordinaria, llegando hasta desconocer la autoridad del señor Agustín Edwards que en esa ocasión fué nombrado portavoz de la escuadra. Santiago vivió horas de intensa zozobra.

El señor Yañez, exponiendo su vida y hacienda, se prestó a dar a ese movimiento el prestigio y la serenidad necesarias para que no degenerara en sangriento motin. La tragedia gravitaba sobre la capital; las turbas saquearon el Club de la Unión. Se habló de fusilar a los miembros de la Junta de Gobierno bajo la estatua de Portales.

En esos momentos angustiosos, los oficiales jóvenes reunidos en La Moneda, decidieron llamar al señor Bello Codecido, hombre sereno y conciliante, cuya actuación polí-

tica, exenta de pasión, ofrecía las garantías necesarias para establecer la concordia.

Los marinos resolvieron someterse a las condiciones propuestas por el señor Bello Codecido, que encabezó una nueva Junta de Gobierno integrada por el coronel Ibañez en representación del ejército.

Ni el señor Yañez, ni el señor Bello fueron partidarios de la intervención militar. Ellos aceptaron los hechos, se amoldaron a las circunstancias y salvaron al país de una tragedia en el momento fatal. Esta es una relación imparcial de la crisis chilena, sin recriminaciones ni lamentos. El hecho se produjo, como una tempestad, en ese cielo cargado por la anarquía parlamentaria.

EL PORVENIR.

Ahora ha vuelto Chile a su normalidad estagnante anterior a la crisis. Retorna a la normalidad parlamentaria de unas Cámaras iguales a las anteriores, todo lo cual nos hace pensar que la reforma chilena será otra y saldrá de la clase media, independiente de las fuerzas que ahora crujen como pilares trizados.

De la crisis ha quedado una cosa en pié, la lucha entre el ejército y Parlamento. A los ojos del país tan desacreditados están el uno como el otro. La clase media espera su hora, y, de ese debilitamiento de poderes seculares saldrá lo insólito, como del bosque hecho escombros sale el carbón, fuerza y vórtice de la locomoción en el género humano.

Las leyes dictadas por las Juntas son proyectos civiles de la clase media en vías de formación. Los militares chilenos, bien intencionados, lograron imponer algunas leyes urgentes propiciadas por civiles y que el Parlamento fué incapaz de promulgar. La creación de un Banco Central ha tenido tal eficacia que destruyó la famosa Bolsa de Valparaíso, alimentada exclusivamente con especulaciones del cambio.

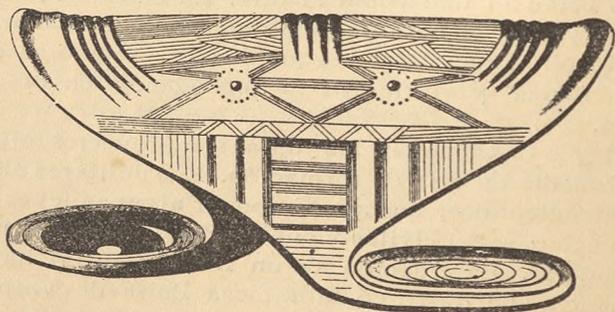
Se dictaron leyes de higiene, de viviendas, de protección al trabajo, de jubilación de periodistas y empleados públicos. Uno de los proyectos principales, la disolución de la llamada Asociación salitrera, o trust extranjero del salitre, fracasó.

El país ha vuelto a su vieja vida parlamentaria con amargura, seguro una vez más de que la crisis chilena se originó por carencia de una clase media patriota y culta que levante de las ruinas el fuste de Balmaceda.

Cada vez más volveremos nuestras miradas entristecidas al 91, a la caída de lo más noble, lo más bello, lo más robusto, que produce nuestra cordillera y nuestro mar.

Actualmente la sociedad chilena, después de ensayar tantos regímenes sin alcanzar los resultados apetecidos, se encuentra desorientada y melancólica como una joven núbil que recibiera tres cartas de amor de personas rivales en la misma mañana.

CeDInCl



América y la Sociedad de las Naciones

POR

PASCUAL ORTIZ RUBIO

El General Don Pascual Ortiz Rubio, que se inicia con este trabajo como colaborador de "Sagitario", ocupa actualmente el cargo de Embajador de México en el Brasil, habiendo desempeñado anteriormente la gobernación de uno de los Estados Mexicanos y, hasta fines de 1925, la representación de su país en Berlín.

SE rumora, que España y Brasil se ausentarán de la Liga de Naciones en vista de que no se les concedió, ni hay indicios de que se les conceda, figurar permanentemente en el Consejo.

Una Liga en la que no reina la igualdad no es la liga sino la subordinación de los débiles a las genialidades de los fuertes.

Cuando el visionario de Princetown ideó asociar a todos los pueblos de la tierra para asegurar la paz general, no pensó en privilegios ni en sumisiones, sino en la perfecta igualdad ante el derecho y la misma obligación ante la ley, siendo esta "el respeto al derecho ajeno".

El primer pueblo que rechazó el bellissimo ideal de Wilson fué su mismo pueblo, porque al revés de su Presidente, es frío y calculador y no quiso depender de los dictados universales. Cosa muy natural porque, cuando los Estados Unidos acepten la igualdad de privilegios a todos los pueblos de la tierra, tendrán que abrir sus puertas al chino y al japonés y abolir la odiosa distinción con que

subyugar a los negros en los Estados del Sur. No quiere tampoco que sus armamentos se limiten demasiado. Y aún podría ser que la Liga algún día tuviera que afectar algo de su legislación, por ejemplo en el caso de la puerta semi-cerrada a los inmigrantes y en lo de la prohibición.

México tampoco ha querido pertenecer a la Liga por un sentimiento muy natural de dignidad, pues cuando ésta se fundó, mi país no tenía relaciones oficiales ni con Estados Unidos ni con Inglaterra y por lo mismo fué ignorado al constituirse la Sociedad de Naciones. Posteriormente, y a moción de los pueblos americanos de la Liga ha sido invitado, pero persiste en su negativa, y hace bien, mientras aquella sociedad no se democratice y trate a todos como iguales.

La Argentina tuvo hace tiempo el simpático rasgo de alejarse de Ginebra, cuando se negó a Alemania el derecho de figurar entre los pueblos libres del planeta, y se propone volver ahora que se trata de reparar aquella falta.

Si España y el Brasil se retiraran de la Sociedad de Naciones, tienen pleno derecho y toda la justicia, pues no es debido que entidades soberanas, que contribuyen moral y materialmente al prestigio y sostenimiento de tal institución, al igual que las llamadas grandes potencias, sean tenidas en menos y no gocen de los privilegios y prerrogativas de éstas.

Al paso que vá, la Liga de las Naciones puede provocar la desintegración de ella, que posiblemente se reduzca a una Santa Alianza de naciones armadas, y frente a ella, tal vez, se organicen otros grupos para contrarrestar su acción.

Desde luego, América consolidará su Confederación, soñada por uno de nuestros más grandes e ilustres genios, Bolívar, y no está lejano el día en que las doctrinas Monroe, Drago, Carranza, etc., se cristalicen en una sola: "América libre, absolutamente igualitaria, para la humanidad". Aquí no habrá más privilegios que los que otorga el genio y la moral. No habrá fronteras que entorpezcan

la comunicación entre los pueblos y hagan odiosos los procedimientos que se emplean con pretexto de protecciones industriales. Aquí será oída la voz del grande y del pequeño, porque todos seremos ciudadanos de América, con idénticos derechos.

El Panamericanismo, que amedrenta a algunos, será para bien de todos. Naturalmente que la fusión de pueblos tendrá que realizarse primero entre los del mismo idioma y sangre para contrarrestar, al principio, cualquiera influencia imperialista de los de origen sajón, y cuando el Sur esté en condiciones de igualdad con el Norte, sino ha surgido antes un cataclismo o un choque de civilizaciones, podrán fundirse en uno solo todos los pueblos del continente.

Los que laboran por la unión ibero-americana contribuyen eficazmente a este proyecto de unir primero el Sur, solo que ellos lo hacen atendiendo a las razas y en esto creo que hay un error. Ya es punto bien dilucidado que no hay razas puras, y las diferencias de color, costumbres e idiomas, son las resultantes del medio ambiente. Así pues, un alemán de Estados Unidos es tan yankí, como un español de origen, pero nacido allá, y un alemán de la Argentina tan gaucho, como el descendiente de los colonos españoles.

Si se estudian las estadísticas de todos los pueblos de América, se verá que no domina precisamente el español de origen en nuestras Repúblicas ibero-americanas, ni en Estados Unidos el inglés de origen. Principalmente en este país, es donde hay mayor número de descendientes de italianos, franceses y españoles.

No es pues la sangre la que nos predispone de pueblo a pueblo, sino los intereses materiales.

Se teme en América latina a Estados Unidos por su imperialismo, atribuido a la tendencia sajona de invadir estados. Pero repasando la Historia encontramos tan invasores e imperialistas a los llamados sajones como a los

llamados latinos. No están absueltos de estos pecados ni Italia, ni Francia, ni España. El mal es de origen, es una lacra humana.

Pero observando cuidadosamente los acontecimientos, debemos confesar, que América paulatinamente gana terreno en la verdadera unión y respeto de los pueblos. Haciendo punto omiso de conflictos pasados, la idea pan-americana ha llegado a muchas realidades, sobre todo en el sentido igualitario y en el arbitraje. En todas las conferencias Pan-americanas que se han celebrado, cada pueblo, grande o pequeño, tiene la misma voz y el mismo voto, es decir, sin mucho ruido hemos conseguido, de facto, una Liga de Pueblos Americanos, iguales en derechos e iguales en obligaciones, aunque desiguales en población, en superficie y en recursos económicos.

Dejemos, pues, a la Sociedad de Naciones el arreglo de Europa y ocupémonos de América, que ya Asia y Africa se despertarán e impondrán sus propias leyes.

Día vendrá en que cada continente sea un solo Estado y entonces se hará la confederación mundial.

Lo que importa es que, no solo los gobiernos americanos se ocupen materialmente del ibero-americanismo y del pan-americanismo, sino que los organismos poderosos como la prensa, las agrupaciones obreras, las intelectuales y las industriales, celebren también sus ligas pan-americanas y tengan sus conferencias, frecuentemente, para llegar a la uniformidad de procedimientos en el periódico, en la Universidad, en el trabajo y su protección, en el intercambio industrial y comercial, en la eliminación de aduanas, uniformidad de moneda, de timbres postales, de tarifas de ferrocarriles y de barcos, e influir para que el Comité Director del Pan-Americanismo no radique siempre en Washington, sino que cambie temporalmente de sede para ir ocupando sucesivamente cada una de nuestras capitales y se aleje toda desconfianza de hegemonía estadounidense.

Río de Janeiro, 11 de Junio de 1926.

Racionalismo y Revolución

POR

ANTENOR ORREGO

Lo que mejor denuncia al pensador nato no es tanto su facilidad para moverse entre categorías puras, que a la postre, es sólo gimnasia lógica, sino esa su capacidad para ascender de la circunstancia o anécdota cotidiana hacia la categoría especulativa. Es decir, esa facultad casi divina de arrancar al pensamiento de la sucesión cronológica, del acontecer, del tiempo en una palabra.

Este es, precisamente, el método socrático, juego ágil de la mente que descubre en las cosas vulgares su unidad última, su ritmo secreto, sus valoraciones eternas, su conformación universal.

Crear pensamiento no es construir sistemas sutiles, desplazados de toda palpación cósmica, sino descubrir las categorías nuevas e inéditas que nos revelan la esencia de las cosas y de los sucesos; colonizar para el pensamiento zonas inexploradas en estado de *res nullius*.

Esta atenta curiosidad de la mente es la sabia posición socrática ante la vida y el universo. No es la razón pura y deshumanizada que se alza como conductora de la vida; es la realidad fluyente categorizada que busca razones nuevas para expresarse y plasmarse como superación vital.

Creo que la docencia académica y universitaria nos ha dado un Sócrates falsificado y subvertido. El héroe

de la cicuta no murió racionalizando la vida, sino vitalizando la razón, que es radicalmente distinto. El hombre que cercano ya de la muerte se ocupa de aprender en la flauta una melodía nueva para morir sabiéndola, no puede ser el esclavo de la razón sino su soberano.

La razón racionante nos lleva a la utopía, es decir, a la esterilidad o a la locura. La razón vitalizada que tiene sus raíces en la fluencia de realidad nos lleva a la fé, es decir, a la heroicidad, porque conforta nuestra esperanza.

La razón pura florece en el manicomio porque el loco está desprendido de toda realidad vital, porque su cerebro no reacciona sobre la objetividad ambiente, porque su razón es la máxima agravación de una subjetividad pura, porque es impermeable a todo estímulo objetivo. Sócrates no fué un alienado que almenó su razón en una subjetividad indeclinable y señera, fué el héroe típico del pensamiento que supo darse prodigamente al mundo y que buscaba en su cerebro y en su corazón la percusión incesante y fecunda de su contorno. Por este camino llegó a la pulsación plena de su propia intimidad y, sobre todo, a la sellada intimidad de los demás, esto es, del hombre.

Conviene como higiene mental lograr esta distinción con toda claridad posible. Cuando se llega a ella ya no se confunde tanta célebre marquetaría razonante, — que sólo ha servido y sirve para nutrir las listas bibliográficas, — con el pensamiento auténtico que sirve a los designios perennes de la vida.

Hay una cierta voluptuosidad del pensamiento por el pensamiento mismo que no le importa gran cosa la verdad. Esta voluptuosidad suele darse en épocas esencialmente racionalistas en que el hombre se embriaga con el maravilloso juego de las ideas puras, con el primor deportivo del ejercicio dialéctico. Esta posición por muy desinteresada y alta que sea es siempre una voluptuosidad, un sentido hedonístico de goce que no es otra cosa que egoísmo negativo y vano de la inteligencia.

La escolástica fué, en cierto respecto, esta voluptuosidad, fué la subversión de la razón contra los sagrados imperativos de la vida. El pensamiento perdió su función vital para convertirse en opresor y deformador del espíritu. La escolástica es el pensamiento deshumanizado que ha perdido el sentido de su límite vital, que se ha disparado fuera de su contorno o de su ambiente, donde residen todas sus posibilidades humanas. Dejó de ser un simple instrumento de la vida para convertirse en su tirano. El medio o vehículo pretendió trocarse en un fin en sí mismo.

La vida no se transforma desplazándose hacia la pura racionalidad que sólo crea entelequias muertas. La vida se transforma y asciende categorizando las realidades palpantes.

Categorizar no es deshumanizar arrancando al hombre de la atmósfera vital donde respira. Categorizar es eliminar la escurraja del hecho efímero y alcanzar la posibilidad humana de una perfección nueva sin deformar la auténtica e inalienable efigie del hombre.

Un esclarecido pensador español ve el ocaso de las revoluciones en la ausencia de un pensamiento racional. La racionalidad pura no es revolucionaria, es utópica u estéril. Las revoluciones no son tales por su pura racionalidad, lo son por su fuerza vitalizante y renovadora.

Declarar la caducidad de las revoluciones es declarar para siempre la caducidad de la historia y del hombre como criatura ascendente. Nada revela más la fatiga espiritual de Europa que este pensamiento que empareja o hermana la pura racionalidad con la revolución.

Sólo un cerebro estrictamente lógico, producto de una cultura fatigada, desprovista de intuición vital e incapaz de desinteresada observación directa de la historia, puede llegar a semejante conclusión negativa.

La pura racionalidad no es revolucionaria, es conservadora, estática y reaccionaria por que exige de la vida un

imposible, es decir, una deshumanización, una dislocación epiléptica, una deformación monstruosa. No hay mayor enemigo de la revolución que la utopía. Los más grandes revolucionarios fueron siempre mentes lúcidas, hombres que han estado con los pies bien plantados en las realidades de su época, espíritus profundamente prácticos de un eficaz y penetrante sentido político.

Esta posición negativa de muchas mentes europeas, denuncia a las claras el colapso en que ha caído Europa, que se siente cumplida y realizada ya, como si se hubiera cerrado definitivamente el ciclo de su destino, sin porvenir ni esperanza posible. Algo tiene que hacer en ello Spengler y Cabineau. Es el alma desencantada de la Europa post-bélica, de que tanto se nos habla; y desencantada, no por exceso de pensamiento vitalizante, sino por exceso de racionalidad pura y enteléquica.

La revolución no abstrae ni plasma las perfecciones nuevas, sino que las vive, las incorpora y las mediatiza en el porvenir; las lucha y las conquista. La razón para no extraviarse ni extraviar al hombre debe incorporarse en una recia encarnadura humana. Fuera de ella se desvitaliza y desvitaliza a la realidad. Debe cribarse en el ánimo del hombre y en el hálito del mundo: Debe ser, ante todo, *historia humana* y nó desglose o violencia frenética de la vida.

Trujillo, Marzo de 1926.

(De «Panoramas», libro próximo a publicarse).



Augusto Messer ⁽¹⁾

FOR

FRANCISCO ROMERO

EN el pensamiento alemán del siglo se señala una predilección por el realismo, más acusada después de la desaparición de las grandes figuras de Marburgo. En el seno del propio movimiento neokantiano existían estas corrientes realistas, unas veces de inspiración empirista y psicológica, otras de orientación francamente metafísica, un poco oscurecidas a causa de la preponderancia alcanzada por el idealismo crítico. Pero la más orgánica realización de las tendencias realistas en los últimos años sucede en Külpe (1862-1915) y en los pensadores que a su alrededor se agrupan. Representa Külpe la actitud filosóficamente ejemplar de un hombre formado en la psicología, que ha sabido eludir aquellos prejuicios tan comunes en quienes arriban a la filosofía desde tal procedencia. Más aún: fundador de un Instituto de psicología, ha inaugurado en él investigaciones que importan purgar a la psicología de procedimientos y supuestos donde va implícito un vicio equivalente al prejuicio psicológico en filosofía ⁽²⁾: Así, en ambos terrenos asume una actitud única y aleccionadora.

(1) *La Filosofía actual*, por Augusto Messer. Traducción del alemán por Joaquín Xirau. *Revista de Occidente*. Madrid, 1925.

(2) No se alude aquí sólo a los métodos de la psicología fisiológica aplicados unilateralmente, sino también al atomismo psicológico, que reprueba Külpe en términos categóricos.

La palabra realismo podría dar lugar a interpretaciones erradas. Ya se apunta más arriba la coexistencia en el neokantismo de direcciones realistas metafísicas. El idealismo crítico (Cohen, Natorp, etc.) es antimetafísico porque renuncia al conocimiento de la cosa en sí, de toda realidad trascendente. Contra este austero filosofar, satisfecho con lo gnoseológico, los tiempos nuevos elevan su sed de realidades, su apetencia de algo más sustancial que los marcos rigurosos del formalismo lógico y metodológico, en todos los dominios. En el mismo idealismo, Rickert, en *Los límites de la concepción en la Ciencia natural*, protesta contra los que sólo han advertido el aspecto formal en su consideración del problema histórico. Max Scheler critica el formalismo ético de Kant para dejar libre el campo a una ética material del valor. El realismo de Külpe es metafísico: Su *desideratum* es una metafísica elaborada inductivamente. En el esfuerzo por llegar a la realidad, concuerda con otros amplios sectores del pensamiento contemporáneo. Por ejemplo, se ha notado una estrecha relación entre él y la llamada filosofía de la vida, «porque, en contraposición a la mayor parte de las otras maneras de filosofía científica, el realismo moderno se encamina hacia la metafísica y coincide de este modo con la filosofía de la vida, que también procura profundizar resueltamente en un ser metafísico, el cual se manifiesta en la vida» (1).

Discípulo y amigo de Külpe ha sido Augusto Messer, y además algo así como su albacea literario, pues ha tenido a su cargo las ediciones póstumas del maestro. Ocupado en cuestiones pedagógicas, Messer se interesó en trabajos psicológicos atinentes a su especialidad, y se relacionó con Külpe en 1904, en ocasión del primer Congreso de psicología experimental, manteniendo con él desde entonces trato de amistad y de colaboración científica. En

(1) R. Müller-Freienfels: *Die Philosophie des Zwanzigsten Jahrhunderts in ihren Hauptströmungen* (Mittler, Berlin, 1923), pag. 32.

el Instituto psicológico de Wurzburg, fundado y dirigido en aquella época por Külpe, se ocupó en investigaciones experimentales sobre el pensamiento (1). La influencia de Külpe no se limitó a estimularlo en estos estudios, sino que contribuyó también poderosamente a aclarar sus ideas sobre los problemas de la filosofía. Las primeras reflexiones filosóficas de Messer habían nacido a consecuencia de una crisis de sus creencias religiosas, y le llevaron ante todo hacia el naturalismo: interiormente en pugna con esta concepción y con sus derivaciones para la ética, halló en Kant y en Eucken enseñanzas más acordes con su espíritu y al mismo tiempo logró por ellos la superación definitiva del naturalismo. Sus investigaciones psicológicas sobre el pensamiento le ponían ante los ojos el problema gnoseológico, y después del naufragio de su fe religiosa sentía la urgencia de otro modo de respuesta a las preguntas supremas, es decir, de una metafísica, exigencia que a su vez le empujaba a plantearse el problema del conocimiento. Aquí Külpe le ayuda a encontrar una firme convicción filosófica, y comparte con él las vistas del realismo crítico.

Declara Messer (2) haberse preocupado, en sus afanes filosóficos de la claridad y sencillez en la exposición, por una parte; por otra, de la conciliación y comprensión simpática de las distintas direcciones, no por medio de ningún eclecticismo artificial, sino reconociendo a cada una su propio derecho y sus límites propios. Su posición personal en el realismo la explica como el resultado de sus reflexiones en torno a éste, al idealismo de la escuela de Marburgo y al positivismo de Mach—hasta haber llegado a una síntesis conciliatoria de las tres doctrinas gnoseológicas. Al positivismo, y más especialmente al prag-

(1) Hay noticias de estos trabajos y de otros del Instituto de Wurzburg, en N. Kostyleff: *La crisis de la Psicología experimental* (trad. esp. Jorro, Madrid, 1922).

(2) En su exposición contenida en el volumen III de *Die Philosophie der Gegenwart in Selbstdarstellungen* (Meiner, Leipzig, 1922).

matismo, su extrema izquierda, censura no reconocer la verdadera función del pensamiento conceptual, consistente en recoger, ordenar y completar el dato intuitivo, y considerarlo erróneamente como mero recurso para la disposición *económica* de lo dado; censura también toda interpretación del concepto de verdad desde el punto de vista biológico y de la utilidad. En su opinión los puntos de vista del positivismo sobre las sensaciones, y los del idealismo crítico sobre los supuestos *a priori* del conocimiento, pueden ser admitidos sin dificultad por el realismo crítico, el cual conserva y prueba la fe del realismo ingenuo en una realidad independiente del sujeto, realidad hecha presente por la sensación y progresivamente determinada por el pensamiento aplicado a elaborar el dato sensorial, sin creer que la sensación represente fielmente y como en retrato lo real, como el realismo ingenuo profesa. El mundo percibido intuitivamente ¿es mero contenido de conciencia? ¿Es manifestación o signo de algo existente con independencia del sujeto? El positivismo afirma lo primero; el realismo, lo segundo. La cuestión, nótese bien, ha de dirimirse entre positivismo y realismo, porque Messer niega competencia en ella al idealismo crítico, según el cual solo podemos pensar mediante conceptos y en consecuencia no reconoce nada *exterior* al pensamiento mismo, nada independiente de él. La existencia del mundo exterior no es demostrable lógicamente, pero hay a favor del realismo una convicción original de su existencia que se nos va probando progresivamente así en la vida ordinaria como en la ciencia. A las ciencias (prescindiendo de las formales: lógica, matemáticas) corresponde la determinación de lo real, de la cosa en sí. El pensamiento metafísico no puede escapar a las formas y condiciones del pensamiento humano; no es diferente del pensamiento científico, y apenas se distingue de él en ser más comprensivo, más vasto, y, por lo mismo, deber contentarse con probabilidades o presunciones.

Hace algún tiempo, en unas líneas dedicadas a dar cuenta de la aparición en castellano del manual de Vorländer, señalaba yo la necesidad de poner al alcance del estudioso algunos elementos de información general sobre el pensamiento contemporáneo. La laguna en nuestra bibliografía era demasiado evidente para que no saltara a los ojos, y no me alabo por haberla descubierto. La *Revista de Occidente* ha acudido con el remedio, con el acierto de costumbre, dándonos en nuestro idioma la *Filosofía actual*, de Messer.

La Filosofía actual... no es toda la filosofía actual. No me refiero ahora a la omisión de nombres o doctrinas de segunda o tercera línea, o consideradas tales por el autor. Esto es natural e inevitable en un libro como el de Messer. En una ojeada con pretensiones universalistas, como es éste por su título y por la inconclusión de Bergson y del pragmatismo, faltan muchos nombres, tan considerables por lo menos como muchos de los incluidos en el texto, de pensadores no alemanes. Entre los dos extremos: exponer únicamente el pensamiento alemán—exponer el pensamiento actual íntegro, ha optado el autor por un término medio poco satisfactorio. La solución no es la mejor, pero es frecuente en cuantos en Alemania han escrito trabajos de este carácter.

Un reparo, a mi ver justificado, ha sido puesto al libro por T. K. Oesterreich, autoridad competente por haberse ocupado a fondo y más de una vez en exponer el conjunto del pensamiento alemán moderno. Cierta arbitrariedad en el espacio concedido a cada filósofo. Con todas las reservas de un conocimiento imperfecto del asunto—una versación filosófica por debajo del paralelo 34 de latitud Sur—creo poder arriesgar algunas observaciones en lo referente a la atención acordada a algunos pensadores de lengua alemana. Aunque fuera de la época considerada por Messer, algunos nombres hubieran debido destacarse más como explicación o antecedente de movimien-

tos considerables: desde luego el de Brentano, eslabón que une importantísimos pensadores contemporáneos a la especulación prekantiana. Los filósofos de la inmanencia se despachan con excesiva premura. Meinong merece algo más que una referencia al pasar, no sólo por la teoría del objeto, sino también por su significación en las investigaciones en torno al valor. Lo mismo puede apuntarse respecto a Max Scheler. No es este el caso de Wundt, cuya enorme producción contrasta con sus escasas consecuencias para nuestros días.

El detenido examen de la filosofía religiosa confesional, asunto de la primera parte (las otras estudian la filosofía racionalista (científica), y la filosofía irracionalista) es uno de los rasgos peculiares del libro. El interés religioso se mantiene vivo en el ánimo del autor, aún después de apartarse de la creencia positiva, hacia la cual parece volverse como hacia una patria perdida. Precisamente es esta la parte del libro más sugestiva para el lector algo informado, pues forzosamente ha de hallar aquí más sorpresas que en las otras dos. La vocación especulativa de los alemanes aparece bien de manifiesto en el campo confesional, así entre los protestantes como entre los católicos, con una intensidad, y sobre todo con una *sinceridad*, desconocidas en otros países. Nuestra miseria filosófica nos tiene acostumbrados a esos pobres desahogos de Seminario, en los cuales choca la ausencia de información, de sentido, de amor a la verdad; la deshonestidad científica, dicho en pocas palabras. Hay, aunque nos parezca mentira, hombres atados al dogma, y trabajados por ardientes anhelos de profundizar en su creencia y de tomar su puesto con plena dignidad en los deberes de la cultura. Hay revistas, procedentes de medios religiosos y hasta eclesiásticos, cuyos directores alguna vez dejaron la redacción para ocupar un obispado—y científicamente respetables y respetadas.

Las simpatías del autor se acusan más, naturalmente,

al exponer la doctrina en cuyas filas milita, el realismo crítico. Acaso, después del realismo, sea el pensamiento de Windelband y Rickert el que expone con más amor. No escasea sus críticas, por el contrario, al irracionalismo. Siempre, sin embargo, se subordina la intención crítica a la de exponer en forma clara y cabal, con maestría suma para superar las mayores dificultades. Fuera de lo estrictamente filosófico, no escasean indicaciones o alusiones a las grandes corrientes espirituales de Alemania; las páginas donde figuran cuentan entre las más bellas de volumen.

Generalmente, se busca en la filosofía las grandes líneas de una concepción del mundo, una visión completa y unitaria de la realidad. Es una necesidad elemental para todo hombre culto, y no significa sino el deseo de sustituir opiniones más o menos vagas y contradictorias por otras más sistemáticas, más exentas de contradicciones. No es esto, sin embargo, todo el trabajo filosófico, aunque sí sea el resultado final de toda reflexión filosófica. Al lado de las concepciones de conjunto, está la profundización de los problemas parciales, la investigación rigurosa de cuestiones indiferentes al no especialista, pero de la más alta trascendencia científica. Sirvan de ejemplo *los Límites de la concepción científico-natural*, de Rickert, y las *Investigaciones lógicas*, de Husserl, para no citar sino dos libros típicos del nuevo pensamiento alemán. Nuestra época parece preferir esta suerte de reflexión, y acaso no lo tengan en cuenta quienes la comparan con otras pretéritas, echando de menos en ella la presencia de grandes creadores de sistemas. El libro de Messer, por su índole no mira tanto a inventariar el trabajo moderno en torno a cada cuestión de lógica, de estética, etc., como a recoger las formas más comprensivas del pensamiento. Pero puede advertirse en él el esfuerzo actual dirigido a fundar la filosofía sobre nuevas bases, establecidas mediante largos análisis de los conceptos de

cada disciplina. Las intuiciones totales son una exigencia del hombre culto, son lo que él requiere de la filosofía, y las obtiene por la propia reflexión o adoptando las conclusiones de la reflexión ajena. La elaboración del problema parcial es, en cambio, puro aporte científico, tarea austera de investigador. Cuando a ello se aplica, el filósofo no hace obra de excepción, sino obra de ciencia semejante a la de cualquier otro especialista científico. No necesita condiciones extraordinarias o geniales, sino las dotes de preparación y aptitud, y la información correspondiente, ni más ni menos que el químico o el biólogo en sus ramas respectivas. Podemos esperar, pues, sin exceso de optimismo, que nuestro país colabore un día próximo en el trabajo en el cual se ocupa la conciencia contemporánea. Hemos de comenzar, desde luego, por el principio, y el libro de Messer contribuirá a disipar un poco las tinieblas de nuestra ignorancia filosófica.

Mayo, 1926.



La Argentina y Alemania

POR

RODOLFO EUCKEN

A principios del corriente año, nuestro compañero de redacción, señor Hellmut Simons, visitó al ilustre pensador alemán Eucken, quien se interesó vivamente por «Sagitario» y por la vida intelectual argentina. Prueba de ello, es el artículo que insertamos hoy, remitido directamente por Rodolfo Eucken para nuestra revista.—N. de la R.

CON viva simpatía contemplamos nosotros los alemanes el desarrollo espiritual y el progreso económico de la Argentina. A ese país le espera con seguridad un gran porvenir, y aún está lejos de los peligros de una población excesiva que amenaza a distintas regiones de Europa.

Pero sería de desear que en este desarrollo intelectual fueran igualmente valoradas las principales características de la cultura europea, y en general, de la cultura moderna, para que se unan a fin de favorecer su mutua perfección.

Es muy comprensible que por ahora ocupe en la Argentina, un lugar preponderante la cultura francesa, eternamente joven, variada y llena de gracia, De ningún modo le será discutido su lugar, a pesar de lo cual no deja de ser deseable que la cultura alemana y germánica llegara a hacer sentir su influencia en forma amplia.

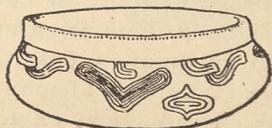
Esta cultura no es ni tan insinuante ni tan rica en formas como la francesa; la comprensión de la materia no le resulta tan fácil, pero, en cambio, profundiza más, tratando de beber en las fuentes mismas de la vida, llevando al individuo a concentrarse en sí mismo y en el infinito de su propia alma, convierte la vida en lucha contra los mil obstáculos, que desde su exterior e interior se le oponen, y al mismo tiempo nos hace divisar un fin elevado, que nos conduce a un mundo nuevo, dando a nuestra existencia un valor intrínseco.

Para un pueblo joven, que se encuentra al principio de la jornada, es de la mayor importancia que llegue a hacerse sensible esa gravedad alemana, para contrarrestar las trivialidades de la vida diaria.

Sería muy deseable en tal sentido que se desarrollasen las relaciones personales entre Alemania y la Argentina, especialmente que vinieran más estudiantes argentinos a las Universidades alemanas, donde serán acogidos con la mayor simpatía, con fraternal cariño, pues nadie olvida que durante la guerra, cuando la mayor parte de la humanidad civilizada se arrojó fanática sobre nuestro pueblo, el mundo hispano se mantenía apartado, no compartiendo este odio y este apasionamiento.

Existen muchos factores que acercan el mundo hispanoamericano al germánico, como ser la instrucción pública alemana, donde el idioma castellano gana continuamente estimación e influencia.

Esperemos, pues, que llegue a establecerse una activa corriente de intercambio entre ambos pueblos.



Sarmiento (1)

POR

JORGE MAX ROHDE

EN Sarmiento, cuya existencia estuvo más llena de obras que de días, como dijo Hugo, en ocasión solemne, a propósito de Balzac, es posible recoger una "facultad maestra" dominadora; en él alienta, desde su adolescencia hasta su vejez gloriosa, un deseo, o, mejor dicho, un empuje de cultura. El hijo de la montaña sueña con horizontes abiertos; persigue los frutos de las sociedades prósperas; desprecia los brotes de la flora montaraz, así se trate de la "higuera" que asombra la casa paterna; y, por último, resume el problema de la civilización y la barbarie — como lo hubiese hecho el autor de *Sartor Resartus* — en el antagonismo de los que visten poncho y frac.

Si se desarraiga de la propia tierra, al perseguir el ideal de la democracia, del arte y la ciencia, es llevado por el profundo amor — el amor de su vida — que profesa a esa tierra. Bien es cierto que aquel ideal en más de un punto ostenta un falaz espejismo. Sarmiento, vilipendiador del coloniaje, se encuentra cara a cara con una sociedad semiconsciente, presa de prejuicios, entregada a la anarquía, y, según él, el proceso de su redención moral y política debe de cumplirse con "métodos extranje-

(1) Estas páginas pertenecen al cuarto, y último tomo, de *Las ideas estéticas en la literatura argentina*, consagrado a la "crítica", que aparecerá próximamente.

ros". Las instituciones sociales de Estados Unidos y de Europa deben de ser el modelo de la nación que empieza a interrogarse a sí misma. No tuvo en cuenta — de ahí el falaz espejismo — que las instituciones son expresión natural de un ambiente, es decir, de la sangre y el alma de un pueblo determinado, y que su trasplante es por veces precario. La visión de Sarmiento se ofusca con el horizonte inmediato de la Independencia: no vió en un principio, cegado por el encono que le sugiere España, la raíz étnica de la "civilidad" que persigue.

El deseo de cultura discurre en sus ideas estéticas. Descubre en el arte un carácter docente, exclusivo: acepta la belleza como vehículo de normas pedagógicas, y pregona su cultivo como expresión — la más alta expresión, es justo advertir — de la vida ideal de un Estado. El mito de Orfeo, que es el del arte domeñando la materia, en él se encarna. La poesía ostenta más reciedumbre que la espada. Alguna vez observa con magnífico desenfado: "Todo esto para decirle que una obra de literatura puede más que los ejércitos, y que el *Facundo*, pintando con los colores del pincel literario la barbarie de Rosas, conmovió la opinión del mundo y trajo su caída..." (1)

No toda poesía le satisface: desdeña, como Foscolo, aquella que se cubre de galas para ocultar la pobreza de su contenido, y suelta un anatema contra los versificadores de oficio. Creo que así hay que interpretar el famoso párrafo que se refiere a la "poesía rimada" y a los "molde y cajoncitos que se llaman versos", pues la poesía — aunque se haya creído lo contrario — sale indemne de su crítica, y sólo desmedrados algunos de sus cultores. "De los versificadores — allí advierte — que son centenares, al poeta que es la *rara avis*, hay mucho que andar, y son estos muchos los llamados y poquísimos los escogidos" (2)

(1) Véase *Obras de D. F. Sarmiento*, tomo XLVI, pág. 306.

(2) *Op. cit.*, tomo XLVI, pág. 192 y sig.

Por otra parte, reverencia, desde su juventud, a la musa que refleje los anhelos sociales, y deplora que su tutela no se difunda más ampliamente en nuestra tierra. Comenta, en 1841, un *Canto* de Andrés Bello, con generosas e hidalgas frases — recuérdese el ambiente de la época —, y agrega: "Con motivo de estos versos, nos sentimos llamados a observar un hecho que no deja de causarnos alguna impresión, tal es la rareza de los honores que se tributan a las musas. ¿Por qué son tan tardías y tan contadas las ofrendas que se presentan a sus altares...?" (1)

Más tarde saluda alborozado la *América poética*, colección lírica de Gutiérrez, y ante ese monumento de la poesía, el indiano, más que el estético, exulta: "La América, de este modo, se hallará dignamente representada en el mundo literario, y la España misma podrá reconocerla entonces y acatarla en sus producciones, en nada inferiores a aquellas de que más blasona". (2)

Su concepto estético, tan austero de suyo, se prodiga en los juicios que le sugiere el arte dramático. "El teatro — dícenos — en los pueblos modernos, no es un mero pasatiempo, que no merezca llamar la atención del gobierno y de los patriotas. El teatro es un foco de civilización..." (3)

En el *Mercurio* de Santiago de Chile, hacia 1841, quedan consignadas sus impresiones sobre el arte dramático. Se levanta contra las obras malas y mediocres, y arremete también contra el teatro clásico, llevado por el prurito docente, pues no encuentra en ese teatro, como es lógico, la expresión del espíritu de la edad contemporánea. En cambio, edifica su ideal sobre los alejandrinos de Hugo y los conflictos escénicos de Dumas. "Porque — argumenta — no obstante los ligeros y pasajeros extravíos del teatro moderno, no solamente puede decirse de él que

(1) *Op. cit.* t. I, p. 86.

(2) *Op. cit.* t. II, p. 319.

(3) *Op. cit.* tomo I, pág. 74.

en su conjunto representa las necesidades sociales de la época, sino que tiene además una visible tendencia a la regeneración de las costumbres y de las ideas, que hace su verdadero título de gloria." (1)

Huelga advertir que este mismo criterio informa todos sus comentarios estéticos, ya se trate de una simple poesía o ya de una exposición de cuadros: el arte puesto al servicio de la idea; el arte docente y al propio tiempo representativo, pues los pueblos perduran por la acción apolínea. Cierta vez discurre sobre dichas materias con originalidad inconfundible: "Caramelos y novelas andan juntos en el mundo, y la civilización de los pueblos se mide por el azúcar que consumen y las novelas que leen. ¿Para qué sirve el azúcar? ¿Díganlo los pampas que no lo usan? Las novelas han educado a la mayoría de las naciones, y en los países católicos, han hecho la misma revolución que en los protestantes la Biblia: no se escandalicen las gentes timoratas."

Luego descubre, llevado más por su intuición que por un estudio académico, la filiación épica de la novela. "Novelas — dice — son las más grandes creaciones del genio humano. Novela es el libro de Job, novelas sometidas a ciertas condiciones de forma, la *Iliada*, la *Odiséa* y la *Eneida*."

¿Verdad que sorprende el juicio de Sarmiento, estampado en un periódico, en 1856? El más gran crítico de nuestra lengua, en los *Orígenes de la novela*, recuerda los monumentos épicos de las culturas clásicas, y, al encontrarse, especialmente, con la *Odiséa*, le da también un valor novelesco. Menéndez y Pelayo vió en la rapsodia excelsa, como ya había insinuado Hegel, el dechado de un arte imaginativo, cual sereno espejo del cielo y de la tierra, que se convertiría con el correr del tiempo en un espejo más terreno que celeste. (2)

(1) *Op. cit.* tomo I, p. 272.

(2) Permítaseme una referencia personal. En el tercer tomo de esta obra estudié

Sarmiento, que trae oportunamente el recuerdo de Chateaubriand, de Scott, de Mme Staël y de Cooper, afirma una vez más el valor permanente en el arte, contrapuesto al valor transitorio de las acciones humanas. Agrega: "Dumas, Sue y los grandes novelistas han sacudido al mundo más vigorosamente que Sesostris o Napoleón." (1)

Los publicistas franceses encendieron, en buen hora, el espíritu de Sarmiento. Lerminier, Pedro Leroux, Tocqueville, Guizot, le descubren un vasto horizonte. Su mente vuela a las Galias. La risueña ilusión de una humanidad redimida por la democracia, libre de rémoras sociales y religiosas, y abierta al progreso siempre "perfectible"; la risueña ilusión que sólo tuvo realidad en las novelas de Jorge Sand, en las de su segunda época, crece en el alma de Sarmiento. "Nosotros creemos en el progreso — confiesa con fervor juvenil — es decir, creemos que el hombre, la sociedad, los idiomas, la naturaleza misma, marchan a la perfectibilidad..." (2)

Como contraste se levanta la imagen de España. Sólo ve sombras en la raza fundadora: la Inquisición dondequiera. Recuerda de pasada a Mr. Masson, cuyos juicios recoge en boca de un español descastado. Así fortalecido arguye: "Durante tres siglos no ha habido en España un solo hombre que piense... La España, gracias a su in-

Facundo dentro de la novela, no por un prurito impresionista sino movido por un criterio racional, pues considerélo como expresión del alma popular, sujeto más a los arquetipos del arte que a los tipos de la historia. Si recordamos el concepto de Sarmiento sobre el punto, creo que el gran escritor no se hubiese molestado con la filiación novelesca que acordé a sus páginas épicas. Sin embargo, un eminente publicista, que firma en *La Nación* con el seudónimo de *Magister Prunum*, al ocuparse de mi libro en dicho periódico (en enero 11 de 1925), controvertióme la clasificación estética del caso. Estos son sus conceptos, que, por otra parte, obligan mi gratitud tanto como los conceptos generosos que en el mismo estudio se dignó acordarme: "...Y en cuanto al *Facundo* — obra maestra, sí, pero obra polémica contra la tiranía — a nadie se le ocurre clasificarla entre las novelas, por más que la imaginación haya colaborado eficazmente en ella, y el autor estuvo siempre muy lejos de sospechar que llegaría día en que alguien la considerara como tal: el viejo luchador se habría exasperado, porque no era genio paciente."

(1) *Op. cit.*, tomo XLVI, p. 159 y 162

(2) *Op. cit.* tomo I, p. 247.

quisición, no ha tenido un solo escritor de nota, ningún filósofo, ningún sabio..." (1)

De ahí que sacuda contra España la servidumbre perdurable del idioma y las bellas letras. ¡Guerra a Hermsilla, imperante en la Universidad chilena, el "enemigo jurado del galicismo", como Sarmiento dice; guerra a Moratín, cuyas unidades dramáticas sofocan al adorador de Hugo; guerra a todo lo que huelga a inquisición y tiranía!

En esta empresa puso Sarmiento, secundado por los amigos, el entusiasmo de su juventud, en la cual abundaba la púrpura cruenta, como dice el verso de Gautier. ¡Cuántas exageraciones pueriles, fanfarronadas magníficas, desatinos inauditos él y sus amigos dijeron, en Santiago de Chile, contra la Academia que coronaban con el gorro de la libertad!

En 27 de Abril de 1842 se inicia en el *Mercurio* la polémica ruidosa sobre la lengua castellana. Postula la libertad absoluta en materia idiomática; libertad conquistada — es menester advertir — sobre la notoria decadencia del castellano, y que se concierta lógicamente con la libertad política y social del nuevo mundo. "...Esta es la posición del idioma español — observa — que ha dejado de ser maestro para tomar el humilde puesto de aprendiz, y en España como en América se ve forzado a sufrir la influencia de los idiomas extraños que lo instruyen y lo aleccionan... ¡Mire usted, en países como los americanos, sin literatura, sin ciencias, sin arte, sin cultura, aprendiendo recién los rudimentos del saber, y ya con pretensiones de formarse un estilo castizo y correcto que sólo puede ser la flor de una civilización desarrollada y completa!" (2)

Intervino en la polémica Andrés Bello, el humanista venezolano, cuyo solo nombre infunde a nuestra América

(1) *Op. cit.* tomo IV, p. 11

(2) *Op. cit.* tomo I, p. 216 y 222

un sello de peregrina distinción intelectual, quien, como es sabido, mantiene, respecto al castellano, un criterio independiente y hasta cierto punto antiacadémico, que pudo chocar con los académicos de su época. Sin embargo, el sabio gramático fué cabeza de turco en la polémica de marras. Las razones de Bello, — incontrovertibles razones — se resumen en este párrafo: "Jamás han sido ni serán excluidas de una dicción castigada, las palabras nuevas y modismos del pueblo que sean expresivos y no pugnen de un modo chocante con las analogías e índole de nuestra lengua... En las lenguas como en la política, es indispensable que haya un cuerpo de sabios, que así dicte las leyes convenientes a sus necesidades, como las del habla en que ha de expresarlas; y no sería menos ridículo confiar al pueblo la decisión de sus leyes, que autorizarle en la formación del idioma." (1)

Sarmiento prosigue en su polémica, dando tajos y reveses a diestro y siniestro; abomina del legado común del idioma, de la literatura que en él discurre, y, ante todo, de nuestra ascendencia ibérica. "De este tronco — repite — nos hemos desprendido nosotros, y nuestra tarea, so pena de sucumbir, y sucumbiremos, si no achicamos la bomba, es dotar al español de libros de ciencia, de aplicación a la industria, a la agricultura y a las artes de que carece, y que la España está más distante que nosotros de producir." (2)

La rebelión encuentra un maestro, que — por extraña paradoja — reconcilla a aquél, en cierto sentido, con la madre repudiada, en Mariano José de Larra. No es menester recordar la influencia que Fígaro ejerció, en forma semejante, sobre Alberdi.

Así presenta Sarmiento, ante el público de Chile, al escritor español: "El joven D. Mariano J. de Larra, de

(1) Esta refutación hállase publicada como nota en el tomo I, p. 249 y siguientes de las *Obras de Sarmiento*.

(2) *Op. cit.* tomo XII, p. 131.

tan cara memoria, es uno de estos espadachines de tinta y papel que acometiendo de recio contra las costumbres rutinarias de su patria, contra un orgullo nacional mezquino y mal alimentado, contra hábitos de pereza y de abandono, supo abrirse paso por entre la enemistad y el odio de sus contemporáneos a quienes hirió de muerte en sus preocupaciones, labrándose una reputación que le sobrevivirá largo tiempo, y que es hoy uno de los raros y gloriosos timbres de la corona literaria de la España moderna." (1)

Larra le abre los ojos a la realidad de la historia y de la raza. Experimenta que la obra de aquél es patrimonio de los pueblos de lengua castellana, y que su amor a la libertad, y, por ende, su desprecio a las instituciones arcaicas — alimento de su crítica "aplicada a los intereses sociales" — hallan lógica resonancia en el mundo colombino.

Sarmiento experimenta — repetimos — por obra de Fígaro, la continuidad del fenómeno histórico, es decir, que la Independencia dejó latente, en una nueva tierra, el misterio de un alma común y la pujanza o la flaqueza de la común sangre. Escuchémosle: "Nosotros somos una segunda, tercera o cuarta edición de la España; no a manera de los libros que corrigen y aumentan en las reimpressiones, sino como los malos grabados, cuyas últimas estampas salen cargadas de tinta y apenas inteligibles. Sus vicios son los mismos de que adolecemos nosotros, hijos de tal madre, y nuestras costumbres no le van en zaga; así es que lo que allá se ha escrito nos vendrá siempre de perlas." (2)

No se cansa de repetir esta idea, aderezándola con la sabiduría de los proverbios: "Hijos de tigre, overos salen." (3)

(1) *Op. cit.* tomo I, p. 112.

(2) *Op. cit.* tomo I, p. 113.

(3) *Op. cit.* tomo I, p. 247.

Como Alberdi en Montevideo, Sarmiento en Santiago de Chile se fortalece con las ideas de Larra. En sus polémicas sobre el idioma, ejemplifica con Fígaro, y hace decir a éste, por supuesto, cosas que nunca pensó, aunque alguna vez risueñamente las dijere, y hasta compone un escrito con cláusulas recogidas en diversos escritos del publicista famoso. Y ejemplifica también con Fígaro en los cuadros de costumbres que traza. Las páginas del *Mercurio* lucen sus aguafuertes: *Las bombas*, *Durante el te*, *Fiestas de la noche buena*, reflejan las ideas que tuvo sobre el punto. "La crítica de las costumbres — dícenos — tiene una alta misión: depurar el lenguaje, perseguir los vicios, difundir las buenas ideas, atacar las preocupaciones que les cierran el paso, y, destruyendo todos los escombros que lo pasado nos ha dejado, preparar el porvenir." (1)

El maestro asume, a través de la imaginación febricitante de Sarmiento, un carácter sobrehumano, hasta el punto de que Alberdi — que gastaba más mesura, aunque fuese "Figarillo" — no le hubiese reconocido. Leamos este fragmento, inspirado por el "demonio" familiar de Hugo: "Es el alma virgen (Fígaro, naturalmente) de la democracia que levanta su voz contra la sociedad caduca y retrógrada en que ha nacido, que llena de energía y con el alma pura de un ángel, se irrita contra el vicio y las preocupaciones y la indolencia del pueblo, y que con la risa de la desesperación en los labios se burla de su pasado y de sus literatos, llueve sobre ellos los dardos de su sátira, destilando sangre y veneno." (2)

Las polémicas de Sarmiento se dilatan también al romanticismo como doctrina literaria. Tales elogios le sugería el teatro de Hugo, que el *Semanario*, periódico que contaba con la colaboración de Bello, levantóse contra el romanticismo de escuela. Sarmiento recoge el guante: se

(1) *Op. cit.* tomo I, p. 147.

(2) *Op. cit.* tomo I, p. 229.

declara antirromántico — intérpretese suintención de “niño terrible” — y, por ende, se pone fuera del alcance del *Semanario*. Estas son sus razones: “Un artículo *Romanticismo* escrito el año 1842, es decir, después de diez años que la escuela romántica en Europa fué enterrada y sepultada al lado de su antecesor en literatura, el clasicismo, porque ambos son ánimas del otro mundo, que Dios bendiga...” En no siendo ni clásico ni romántico, planta su bandera en la “escuela socialista o progresista que se ha parado sobre el pedestal firme y seguro de las necesidades de la sociedad...” Por último, con soberbia arrogancia — imaginemos el asombro de los contendores — resume su escuela: “Hemos sido siempre y seremos eternamente socialistas, es decir, haciendo concurrir el arte, la ciencia y la política, o lo que es lo mismo, los sentimientos del corazón, las luces de la inteligencia y la actividad de la acción, al establecimiento de un gobierno democrático fundado en bases sólidas, en el triunfo de la libertad y de todas las doctrinas liberales, en la realización, en fin, de los santos fines de nuestra revolución.” (1)

Los juicios de Sarmiento se serenán con el correr del tiempo, sin que obste ello a que pierdan su pujanza; y, sobre todo, se rectifican, se aclaran, como natural evolución de su ingenio, espontáneo e impulsivo.

La reyerta literaria dejóle casi siempre inmune de escorzos: la pasión bastarda nunca ensucia el espejo iridiscente de sus pensares y sentires. En efecto, a pesar de las discusiones con Bello, del desvío gramatical que éste inspira al atrevido reformador de la ortografía castellana, el gran espíritu de Sarmiento reconoció siempre la alta figura del polígrafo zaherido. Un par de años después de las polémicas sonoras, reverencia en aquél al autor de los *Principios de derecho de gentes*, y sólo una reflexión, henchida de noble humorismo, asoma, como una reminiscen-

(1) *Op. cit.* tomo I, páginas 288, 289 y 311.

cia de los revuelos de antaño, en el último párrafo de su juicio: “...Excusado es que digamos que en cuanto a lenguaje y estilo es un perfecto dechado de pureza de dicción, y de apropiado y castizo uso de las voces del castellano. Si por desgracia un defecto notable de construcción, un galicismo o un solecismo pasase inapercibido en la corrección de sus escritos y viese la luz pública, mucho temeríamos por la salud del autor, que apenas podría resistir a la impresión de contratiempo tan funesto...” (1)

¿Qué mucho si sus ideas sobre el punto sufrieron, como sufrirían las de Alberdi, un cambio casi radical? El patrocinador de un idioma autóctono, o, mejor dicho, de un idioma crecido a la buena de Dios, fuera del ambiente de las Academias, reconoce, hacia 1850, el vínculo que debe de unirnos con las letras españolas. Afirma, refiriéndose a la *Biblioteca de autores españoles*: “La empresa de don Manuel Rivadeneyra, de grande auxilio para los españoles, es un don precioso para los americanos, que, más que aquéllos, necesitaban tener a la mano una colección de los autores españoles, para consultarlos como antecedentes necesarios de su idioma, y como correctivo indispensable de los vicios de lenguaje que pudiera ir depeniendo la labor del tiempo, la distancia, y aquella falta de comunidad de intereses y de vida política que ha creado la independencia americana.” (2)

En su vejez, cuando podía, desde el promontorio de los años, contemplar la propia existencia como un mar inmenso, cuyas olas impetuosas lucieron no sólo la cándida gracia de la espuma, sino el reflejo de los astros; en su vejez, vuelve los ojos hacia España, y en ella recoge una impresión diversa en absoluto a la que recogió — como hemos recordado — en sus años juveniles. Léase esta pá-

(1) *Op. cit.* tomo II, p. 221

(2) *Op. cit.* tomo II, p. 332

gina de Sarmiento, compuesta en 1885: "Las palabras *álgebra*, *alquimia*, son españolas, y las ciencias que representan la clave y el método de la moderna ciencia. En España se oyó el primer estampido del *cañon* y de Córdoba nos viene el papel; y sin pólvora, y sin papel, ni se hace ni se escribe el último capítulo de la Historia Romana: Napoleón; ni la introducción del mundo moderno: Wellington.

"Mundos nuevos sacó del caos con América, mientras expulsaba al moro, uno de sus castellanos, y con Cervantes la andante caballería, y Calderón creaba el arte dramático romántico, sin leer a Aristófanes, como de la manola sevillana, Murillo hacía madonas, en desprecio de la Venus de la nariz recta." (1)

El viejo luchador paseaba de continuo los ojos por el mar de su propia existencia: una sutil melancolía le bañaba el corazón al contemplar la tumba de los amigos que fueron, o una gran sonrisa de abuelo iluminaba su rostro al recordar los desmanes literarios de su juventud romántica. (2)

El viejo luchador, tocado por la última caricia de su otoño y la primera lágrima de su noche, experimentaba hechizos desconocidos en el mundo de las esencias y las formas. La belleza eterna descubría a su mente algo más que una norma: el sereno imperio donde las creencias, las pasiones, los amores y los odios se reconcilian. Y el viejo luchador dejaba caer sobre *Tiempo perdido*, el "tiempo" de de uno de los escritores de más ingenio de la nueva generación, la nostalgia de su primavera envuelta en el oro de su otoño. "¡Oh — exclama — las letras, la bella litera-

(1) *Op. cit.* tomo XLVI, p. 80 y s.

(2) Léanse sobre el punto sus páginas intituladas *Reminiscencias de la vida literaria*, que se publicaron en la *Nueva revista de Buenos Aires*, 1881, y que han sido incluidas en sus *Obras completas*, tomo I, p. 329 y ss.

tura, jóvenes! Eso refresca el alma, despierta los buenos sentimientos, y predispone el ánimo a la amistad. Cuando la inteligencia sonrío, hay gloria en las alturas, y paz en la tierra para los hombres." (1)

(1) *Op. cit.* tomo XLVI, p. 291 y sig.



Las dos ciencias

POR

ALBERTO ROUGÉS

DESPUÉS de haberse familiarizado Aladino con el genio de la lámpara, su aparición le era tan inexplicable como cuando lo vió por primera vez, pero conocía ya su ley, sabía preverlo y su presencia no le inquietaba ya. Mas ¿era acaso posible explicarla? luego, ¿para qué explicarla? ¿Necesitaba acaso Aladino saber por qué aparecía el genio para hacerlo comparecer y para servirse de él a su albedrío? Se diría que estas interrogaciones nos han sido inspiradas por el padre del positivismo o por Mach, el eminente fenomenista, que ha dicho, con cierta aspereza, sin duda, que la misión de la ciencia no es explicar, que el que quiera explicaciones debe dirigirse a la mitología o a la metafísica. Pero ¿es por ventura posible que la ciencia sea incapaz de explicar, de conocer la naturaleza de las cosas?. ¿Será su última palabra el empirismo, una receta para producir fenómenos que no comprende? La ciencia que filosofa no aguardaría a que termináramos estas interrogaciones para decirnos que es misión suya, acaso la más alta, explicar el universo, aclararlo, comprenderlo. Pero ¿qué es explicar?

Nuestro punto de partida ha sido una maravillosa incidencia de un cuento oriental, pero bien pudo haberlo sido este hecho no menos maravilloso de la ciencia materialista: cuando unas partículas diminutas del cerebro (áto-

mos o electrones), menos complicadas, por cierto, que la lámpara de Aladino, se hallan situadas de determinada manera y vibran en cierta forma, aparece el pensamiento, el genio del cerebro. Hubiéramos podido elegir también cualquier caso de desconcertante heterogeneidad de la causa y del efecto y hasta la mera aparición de cualquier fenómeno, imposible de reducir a sus antecedentes, que es siempre, en relación a ellos, algo irreductiblemente nuevo. Es lo que había visto ya en el siglo XVIII el genial empirista David Hume, quien no se cansaba de repetir que no se puede conocer sino por la experiencia lo que precede y lo que sigue a determinado fenómeno, que es imposible deducir éste por el razonamiento. En otras palabras, el empirista Hume creía que la naturaleza es irracional, inexplicable. Con esto nos encontramos ya en condiciones de decir lo que para la ciencia es explicar. Dejaremos de lado en esta ocasión la explicación por síntesis, que, en contraposición a la analítica de Aristóteles, fué intentada por Hegel y han hecho revivir en estos últimos tiempos Hamelin, Croce y Gentile.

Explicar es identificar la causa y el efecto, es hacer desaparecer la heterogeneidad de ambos para demostrar que el cambio no es sino una apariencia que encubre una invariabilidad, una perfecta equivalencia del antecedente y del consecuente. Es lo que el filósofo dinamarqués Höffding quiere decir al afirmar que la relación de causalidad no es clara cuando hay diferencia de cualidad entre la causa y el efecto. Prescindimos de la explicación legal porque no es una verdadera explicación.

Para explicar podemos declarar que la causa no es sino una apariencia que encubre al efecto. Es lo que se hizo al explicar el embrión por su preformación en el huevo, es lo que hacen algunos psicólogos al afirmar que un hecho nuevo y extraordinario de nuestra vida psíquica, la conversión, por ejemplo, ha preexistido en lo inconsciente. El genio de la lámpara estaba oculto, no ha hecho otra

cosa que aparecer. Esta manera de explicar ha dado origen a numerosas teorías de la ciencia y a ideas que han jugado y que juegan un gran rol como la de potencia en la filosofía de Aristóteles, la energía potencial y la fuerza en la ciencia moderna. La fuerza es, precisamente, para Leibnitz lo que en el estado actual es la razón de un nuevo estado.

Podríamos realizar la identificación explicativa a la inversa, sosteniendo que el efecto no es sino una apariencia bajo la cual se encuentra la causa, es decir, que el genio de la lámpara no es sino una ilusión, un «epifenómeno». Es lo que hacen todas las teorías que pretenden reducir lo nuevo a lo precedente, lo superior a lo inferior, las que afirman que lo biológico es lo físico-químico y éste lo mecánico. Esta manera de explicar, adoptada aun por hombres de ciencia que creen permanecer en el terreno de la experiencia pura, ha tenido siempre sus contradictores y sobre todo en estos últimos tiempos en que filósofos que tanto han orientado el pensamiento actual, como Boutroux, como Eucken, como Bergson, han hecho de la irreductibilidad de lo superior a lo inferior, la médula misma de la filosofía.

Las dos maneras de explicar a. que acabamos de referirnos entrañan una violencia: el sacrificio o la negación de uno de los fenómenos, de una parte de lo experimental, en bien de la inteligibilidad. Lo común es que los teorizadores de las ciencias adopten una actitud ambigua que no desecha del todo ninguno de los fenómenos, que los tiene presentes a todos. Se niega y se afirma al mismo tiempo un mismo fenómeno.

No se agotan con estos los recursos de la tendencia explicativa, es decir, filosófica de la ciencia. Cabe, en efecto, afirmar que no solamente uno de los fenómenos, sino ambos, la causa y el efecto, son apariencias que ocultan una realidad distinta de ellos. Es lo que hace la ciencia materialista cuando en presencia de la transformación de

una energía en otra, del calor en luz, por ejemplo, afirma que la luz y el calor son apariencias y que la realidad verdadera es la materia vibrante. Descartes es considerado padre de la ciencia moderna porque inició en ella esta forma de explicación, al afirmar que las cualidades sensibles son meramente subjetivas y que la realidad es homogénea. Su materia se confundió con el espacio, la extensión fué para él la esencia de las cosas. La inteligencia podía, así, sentirse plenamente satisfecha, pues la realidad cartesiana no era sino el principio de identidad, médula de aquella, exteriorizado, vuelto universo. Como hacía dos mil años con los Eleatas, con Descartes la inteligencia llamó pues a juicio al mundo sensible, a lo que la plebe de los sentidos, que — decía Platón — nos trae de continuo en sus redes sutiles, lo condenó, lo declaró falso, quimérico y afirmó que lo único verdadero es lo inteligible, lo que ella puede comprender. Era, sin duda, una osadía, pero una genial y fecunda osadía que llevaba en sus entrañas la ciencia moderna.

Mientras avanzábamos con nuestro pensamiento desde el genio de la lámpara, desde lo inexplicable, hacia Descartes, hacia la explicación total, hemos visto surgir, vagas e indefinidas en un principio, dos siluetas que se han individualizado progresivamente hasta adquirir las líneas claras y armoniosas de dos deidades olímpicas, cuya noble misión es ordenar y presidir los pensamientos sobre el mundo sensible y la realidad. Me refiero a la ciencia que filosofa y a la ciencia empírica.

Son dos divinidades rivales. La ciencia empírica, la que no explica, defiende la integridad del mundo sensible contra la ciencia que filosofa, que pugna por reemplazarlo con la inteligible. Su mundo es el de la experiencia pura, donde un fenómeno da otro, es decir, lo que no tiene, en el que es falsa la máxima añeja de Anaxágoras de que nada se crea y nada se pierde, tan grabada en nosotros que no necesitamos pensar en ella para aplicarla. La cien-

cia empírica considera quimérica toda explicación y cree que su misión es encontrar la ley que nos permite producir los fenómenos que deseamos, hacer actuar, diría la ciencia que filosofa, las potencias invisibles llamadas electricidad, magnetismo.... que han eclipsado la fama de los genios de los cuentos orientales. Pero la ley no versa sobre nuestras sensaciones que son lo experimental y que no se repiten, sino sobre conceptos constituídos por la inteligencia. Esta elabora dichas sensaciones, las desindividualiza y las hacen ingresar al patrimonio común convertidas en hechos científicos que se repiten y que, por eso, pueden ser objeto de leyes. La ciencia empírica debe ir, pues, más lejos si quiere atenerse a la experiencia pura, no elaborada por la inteligencia, por la ciencia que filosofa.

Tales son las dos divinidades que guardan en este momento nuestro juicio, que esperan de nosotros la palma de la belleza, como la esperaran de un mortal un día tres diosas olímpicas, sino la palma de la verdad. Y bien: o la verdad es lo sensible y el genio de la lámpara humillará nuestra inteligencia con su aparición incomprensible, o el mundo sensible es apariencia, ironía que encubre y devela a un tiempo mismo la verdad, que es lo inteligible. Las diosas aguardan; decidámonos.



LUIS GIMENEZ DE ASÚA

En torno al asesinato de Matteotti

POR

LUIS GIMENEZ DE ASÚA

HE seguido, con emoción superlativa, en *La Prensa* de Buenos Aires, que ha consagrado a esta peripecia dramática más espacio y comentario que nuestros diarios, el proceso por el asesinato de Matteotti. Poco después los periódicos han noticiado la muerte de Giovanni Amendola, acaecida a consecuencia de las lesiones que le infirieron los fascistas.

Ante estos dos crímenes del fascismo italiano he meditado de nuevo sobre el delito político. Uno de mis amigos más estimados, que se consagra, como yo, a los estudios penales, escuchaba con burlona sonrisa mis frases de indignación. Agudamente interrumpió mis lamentaciones para decirme: «La benignidad que los Tribunales han tenido con los que dieron muerte a Matteotti encaja perfectamente en la tesis de los que quieren hacer del delito político una infracción privilegiada, que debe ser reprimida con menos severidad que los crímenes de tipo común». La observación me fué lanzada con tanto aplomo y me hirió tan certeramente que detuvo en seco mis protestas.

Más tarde he revisado la teoría de la delincuencia política y, tras de perfilar mejor los conceptos, he arribado a la conclusión de que los delitos perpetrados por el fascismo no pueden ser catalogados entre los ataques de índole política.

La doctrina contemporánea ha superado la vieja técnica objetiva que definía los delitos políticos por la figura delic-

tiva. Los partidarios del motivo, no creemos ya que el delito político se caracterice por su forma exterior. El crimen de lesa magestad no es un atentado político, si no tiene ese carácter el móvil que anima al magnicida. Si un hombre mata al rey por resentimientos personales, su acto debe ser incluido entre los crímenes comunes. En contrapartida un delito objetivamente común debe considerarse como político, si esa fué la finalidad que armó el brazo del agente. El Proyecto de Código penal italiano de 1921 compuesto por la comisión presidida por Enrique Ferri, supo concretar en fórmula legislativa esta moderna tendencia, al decir en el art. 13: «Son delitos político-sociales los cometidos exclusivamente por motivos políticos o de interés colectivo». Todavía con esta tesis subjetiva y finalista no se ha llegado a la meta. Los crímenes fascistas, que han ocasionado la muerte de Matteotti y de Amendola, serían estimados como delitos políticos si la doctrina de los móviles se detuviera en ese primer estrato evolutivo.

Urge, a mi juicio, proseguir la construcción y empujar hasta un confín más dilatado la teoría sagaz de los motivos. En una conferencia, pronunciada por mí hace cinco años en la Academia de Jurisprudencia y Legislación, bajo el título de *Los delitos sociales y la reforma del Código penal*, hallo ahora un párrafo escrito como al descuido y sin darle entonces su debido significado: «La delincuencia evolutiva es la criminalidad «político-social» que procura apresurar las fases futuras del Estado o de la organización de la sociedad, de un modo más o menos ilusorio». Estas frases, ya un poco olvidadas, resurgen ante mí con nueva vigencia. No debe bastar, para definir las características de un delito político, el móvil de naturaleza política o social que preside los actos del infractor de la norma; es preciso que sus finalidades sean las de construir regímenes políticos o sociales de catadura avanzada orientados hacia el porvenir. Las acciones delictivas guiadas por un designio regresivo, que más que acelerar los pasos del progreso tiendan

a desandar la ruta ya caminada, no deben ser inscritas en la noble serie de la delincuencia político-social. Quienes deseen levantar una revolución en pleno siglo XX para instaurar una monarquía absoluta o volver a los preteritos tiempos de esclavitud, perpetrarán un delito común y jamás deben recibir sus acciones delictivas el privilegiado trato de un delito político.

Más no debe agotarse aquí la indagación. Lo que aureola con sin par prestigio la figura del delincuente político, es la gallarda apostura de un hombre o de un grupo de ciudadanos que se elevan insurrectos, por motivos altruistas y de civilidad, frente al Estado constituido, provisto de máximo poderío y armado de todos los medios que la fuerza oficial le proporciona. Cuando es el gobierno o sus sicarios los que asesinan y secuestran ¿dónde está la gentil prestancia y el tono heróico, que rodea de simpatías encendidas al rebelde y utopista? La cobarde agresión de una banda reclutada entre los más abyectos servidores del Estado, que se amparan en la fuerza dominante y que después del crimen buscan la impunidad tras de las espaldas armadas de un Gobierno que ha instigado o consentido el crimen, es un delito común en el que emerge descollante el motivo egoísta, más bien que el móvil altruista que agita el puño del auténtico delincuente político.

En cambio, ¿quién puede negar esa cualidad evolutiva al disparo, torpe en su ejecución, pero certero en el designio, que ha enviado a las narices del «Duce» esa arrebatada Miss Gibson? Este hecho insignificante y un poco tragicómico hace surgir un tropel de contradictorias reflexiones. La patria de Bruto, que arrancó la vida a César, cuya inteligente y serena dictadura pesaba demasiado a los romanos de ayer, mira con extraño desconcierto a esa irlandesa medio perturbada, que ha quemado un cohete revolucionario en la Italia de hoy.

Madrid, 2 de Junio de 1926.

ELLEN KEY

(Su vida y su obra)

POR

JUAN MANTOVANI

SOLO la intuición genial ha podido inspirar las maravillosas páginas que sobre el amor, los niños y el hogar, escribió una mujer que no fuera esposa ni madre. Nada, sin embargo, más sincero ni más sentido que el pensamiento y la emoción que encierran «Amor y Matrimonio» y «El Siglo de los Niños» de Ellen Key.

La ilustre escritora sueca condensa en su larga existencia de octogenaria, una vida ejemplar. Recientemente fallecida — el 25 de abril último, en Alvastra — deja el recuerdo de una intensa actividad y los rastros insuperables de un vigoroso y delicado talento femenino.

Desde distintas tribunas, en revistas valiosas, en la cátedra escolar, en el libro y en las asociaciones que fundara, dirigiera o visitara, propagó con un fervor extraordinario y tenacidad incansable el concepto de una sociedad reformada sobre la base de una nueva moral, en la cual los dos elementos más relegados de todos los tiempos — la mujer y el niño — ascenderían a una consideración más justa y digna. Estos ideales fueron sustentados por Ellen Key con una convicción cada vez más fortalecida y con un empeño tan firme, que permite definir a la esclarecida

educadora como una socióloga valiente y brillante en sentido general, y particularmente pedagoga y feminista, dotada de una profunda y a veces exaltada sensibilidad, y de una aguda penetración crítica.

Un escritor francés encuentra en la imaginación ardiente y en el alma encendida — «alma de fuego» como él dice — de esta mujer talentosa, un motivo para prejuzgar el extraordinario valor que habría adquirido como novelista si hubiera cultivado ese género literario. Pero advierte que su temperamento de apóstol, amante de una humanidad mejor que la actual, orientó su vocación hacia las obras que, práctica o doctrinariamente, persiguen el bien social y la elevación moral de los hombres.

Chocan en ella las fuerzas destructoras y creadoras de un espíritu que aniquila con la crítica, y edifica con una fantasía llena de audacia. Su robusta mentalidad destruye y construye a la vez los más diversos aspectos sociales. Es temeraria e implacable cuando derriba, y soñadora e idealista en la creación, hasta caer en el extremo de las iniciativas imposibles y de las teorías impracticables, *bellas utopías* como ella misma las suele calificar en momentos de serena meditación (1).

Su acentuado idealismo no la exime de un vigoroso y constante afán de ejecución. Idealista y realista a la vez concibe pensamientos que ejecuta en horas de larga y ejemplar abnegación. Algunos críticos franceses expresaron su extrañeza hace algunos años al adjudicarse a una mujer por primera vez el Premio Nobel, de que ella no fuese, precisamente, Ellen Key, ya que unía a su insigne talento de escritora aquellos méritos del sacrificio personal en la obra práctica y los de una considerable propaganda de hondas proyecciones morales.

(1) En «El Siglo de los Niños» — Pag. 74 — Tomo II — al expresar algunos ideales pedagógicos dice: «... no trato de exponer un programa de reformas prácticas; yo sólo relato un sueño. ¡Sin embargo, tal vez sea verdad que los sueños son lo único real de nuestra maravillosa existencia!»

Desde luego, si el premio le correspondió acertadamente a Selma Lagerlof con valores literarios indiscutibles, la voz de aquellos críticos sirvió en buen grado para actualizar y extender el nombre de Ellen Key en los países latinos de Europa, donde era entonces escasamente leída; a la inversa de los países escandinavos y germanos donde se la seguía a través de su prédica feminista y de sus primeros libros «Amor y Matrimonio» y «El Siglo de los Niños». Tantos fueron sus lectores que obligaron a repetir las ediciones en diversos idiomas, lo que ha contribuido a rodear su personalidad y su obra de prestigio universal.

Se la considera una de las figuras femeninas más independientes del pensamiento sociológico contemporáneo. Es tan intensa en el contenido y tan valiente, y por momentos extremista, en los propósitos, que su obra ha experimentado el sacudimiento significativo de la discusión justa e injusta, reposada y violenta, y ha merecido el elogio y la calumnia, que suelen inevitablemente provocar los conceptos y las doctrinas de originalidad excepcional.

Hay detalles en su vida muy interesantes para explicar ciertas fases de su compleja personalidad. Nació el 11 de diciembre de 1849 en la comarca de Smaland de la Suecia meridional, donde la naturaleza siendo tan hermosa como en el norte escandinavo, se manifiesta menos soberbia e imponente. La placidez y la tranquilidad del medio natural, sólo alterada por algunos vientos invernales, el grato espectáculo que crean las tupidas selvas de la región, junto a lagos de aguas calmosas y montañas de suaves pendientes, más aquel cielo de encanto proverbial, es precisamente el ambiente en que le toca vivir en las deliciosas horas de su infancia y algunos años de su juventud; esto, unido a las dulzuras de medio familiar, a los halagos de la fortuna económica, y al influjo de padres cultos, deja un perdurable sedimento de belleza en su naciente espíritu de niña. Se ha comentado con acierto

que toda la vida de Ellen Key debió estar bajo la influencia persistente de esas primeras impresiones. Así cuando más tarde recuerda su niñez y evoca la consagración de la madre al cuidado de sus hijos, descubre—a la inversa de Rousseau, su gran maestro—que el mejor ambiente para el niño es el hogar. «Mi primer deseo sería que todos los pequeños pudiesen quedarse en casa»—exclama. Lógicamente, se declara refractaria a la intervención directa del Estado en la primera educación de los niños, la que resultaría más eficaz si fuese obra exclusiva de la afectuosa e irremplazable dirección materna, cuyo papel no termina, por cierto, con el nacimiento y la lactancia. Propone subsidios del Estado que dispensen del trabajo fuera del hogar, a aquellas madres que tienen a su cargo la crianza y el cuidado de varios hijos.

El padre, Emilio Key, era libre pensador, y en política, radical, con una notable actuación en el parlamento de Estocolmo, donde fué una de las celebradas cabezas del partido democrático. La madre, Sofía Posse, de exquisita espiritualidad, procedía de la clase aristocrática, circunstancia que motiva la resistencia de sus padres al consentimiento del enlace, realizado sólo en virtud de una fuerza afectiva y comunión indisoluble, que acaso sirviera después para que su hija comprobase en el propio hogar los efectos sublimes de un matrimonio fundado únicamente en la misteriosa simpatía de dos seres que se identifican.

Fuerza es añadir que a la influencia del ambiente se sumaron los aportes de lecturas escogidas con libertad y realizadas sin sistema, y se comprenderá cómo pudo alcanzar esa densa y fina ilustración en la que tuvieron un lugar de privilegio los grandes poetas y filósofos de su raza y otros, alemanes, ingleses y franceses. Gran valor atribuirá más tarde a la cultura literaria, cuando aconseje a sus alumnas leer los padres de las letras para interpretar en la poesía los enigmáticos «ecos de la vida».

De esta manera, antes de sufrir las propias amarguras, pudo ella comprender los dolores de los hombres, que despertaron en su alma nobilísima la vocación de su apostolado social. Es entonces cuando abandona la soledad del lugar nativo, y se entrega, como solicitada por una voz misteriosa, a una vida de luchas y dedicaciones humanas y fecundas.

La influencia de las doctrinas de Rousseau en su educación es clara. La naturaleza fué su mejor guía. Se le dió predominio a la ejercitación corporal, y abrió prematuramente los ojos a la belleza de las cosas. No sufrió la presión de normas ni reglas metódicas que tan de moda ha puesto la pedagogía usual. Colabora en esta libre formación de Ellen Key, la madre, de habilísima inteligencia, creando un ambiente bello donde la hija se fué desarrollando y autoeducando. «El error más grande de la educación actual es el de ocuparse demasiado de los niños» — dice en uno de sus estudios. Adviértase que la hija recoge la doctrina en el ejemplo concreto que le da la madre.

Le enseñaron varios idiomas. A un año solamente se redujo su asistencia a la escuela. No toleró la iniciación religiosa; dotada de juicioso criterio y claro raciocinio, a los catorce años experimenta el choque del mundo creado por la religión y el mundo de la teoría evolucionista que empezaba a entender y abrazar con fervor. Por esto en su ensayo «Enseñanza de la religión» — capítulo VII de «El Siglo de los Niños» — demuestra la gravedad del error que significa enseñar como verdad la concepción bíblica de la creación que después la historia y la ciencia declaran falsas, lo mismo que obligarlos a acatar ciegamente los dictados de la moral evangélica que jamás se recuerda.

Durante una década — de 1869 a 1880 — viaja por las principales capitales y ciudades europeas frecuentando figuras intelectuales y centros de estudio de cada país.

Acompaña a su padre a Estocolmo donde le presta ayuda eficaz en la redacción del *Aftonbladet*. Se vincula a las luchas políticas y periodísticas, y se cuenta que le pertenecían algunos artículos muy celebrados que llevaban la firma de su padre, Emilio Key. En estos momentos conquista la valiosa amistad de Ibsen y Björnson, muy citados por ella y de quienes recibió una fuerte influencia ideológica.

A esta altura de su vida comienza a sobresalir como mujer animosa y esforzada, e invade el campo de las realizaciones.

Ejerció la enseñanza hasta 1900, primeramente respondiendo a su ingénita inclinación, y después de 1880 obligada, además como consecuencia de la terrible caída económica de su padre. Enseñó literatura e historia en una escuela femenina de la capital sueca; y, aparte del recuerdo que se conserva de sus clases ilustradas e inquietantes, se atribuye a su enseñanza otra intención que la meramente instructiva, cual es la de formar mujeres conscientes y capaces de cumplir con las supremas exigencias del hogar y la maternidad. En este cauce marcha el singular feminismo que constituye la más enérgica pasión de su apostolado.

Conoce más tarde, en 1883, al doctor Nyström, fundador del Instituto Obrero de Estocolmo, donde Ellen Key, durante veinte años aporta generosa e infatigablemente su contribución a los propósitos de enseñanza popular e instrucción post-escolar, que en los países escandinavos siempre ha sido viva preocupación. Allí profesa la cátedra de historia de la civilización sueca, con una concurrencia que aumentaba paralelamente al crecimiento de su prestigio intelectual. Enseñó también nociones de literatura y arte con fines culturales, no técnicos. ¡Qué lejos estaba del profesor adocenado y frío que reduce su función al exclusivo trabajo informativo señalado por un artificioso y rígido programa! Hay noticias de aquellas

clases suyas, donde al romper los moldes preestablecidos tomaba sendas nuevas, internando a sus oyentes en un mundo de intrincadas cuestiones, y complejos problemas sociales. Al revisar las distintas etapas de la civilización de su país roza diversos aspectos de la hora contemporánea, planteados en términos sencillos y conversaciones amables, que creaban instantes de íntima emoción intelectual, propicia para fijar en el espíritu de cada uno el sentido del deber y la capacidad para realizarlo. Plena de hondas sugerencias fué la enseñanza de aquella mujer romántica que atendía con más esmero la belleza del alma que el saber del intelecto, porque «los conocimientos matan y el sentimiento vivifica».

Comprender y amar los conocimientos es superior a adquirirlos solamente. Intenta una exaltación del factor emotivo que disminuya en alguna medida la inexpugnable jerarquía que prejuicios arraigados han concedido al entendimiento y a la razón. Funesta creencia pedagógica es la idea generalizada de que las matemáticas y la gramática son las disciplinas que más desarrollan la inteligencia infantil! «Sólo la vida — dice — estudiada en el hombre y en la naturaleza, educa para la vida». Se identifica con los ideales pedagógicos de nuestro tiempo que quieren vitalizar totalmente la escuela del niño.

Prestando oídos a las ansiedades espirituales de algunas obreras, crea en 1892 una sociedad compuesta de doce damas, desprovista de reglamentación y encargada de organizar veladas nocturnas para mujeres de la clase trabajadora con fines de vulgarización científica, moral y práctica. Esta fundación ha sido referida como la jornada más gloriosa de su impaciente campaña de asistencia social.

Mujer de emancipado pensamiento abrazó siempre causas nobles y asumió la defensa de derechos injustamente vulnerados. Su vida entre los treinta y sesenta años es periódicamente estremecida por las actitudes más enérgi-

cas de su temperamento rebelde. Sin reservas defiende los derechos de asociación y huelga de los obreros; aboga por la libertad de prensa en cuestiones religiosas provocando apasionados comentarios; interviene en los agitados debates que suscitan las acusaciones contra la juventud que pretendía conmover los cimientos de la organización social, apoyándose en las doctrinas evolucionistas y en las ideas de Ibsen florecientes en esa época; proclama los derechos de los pueblos a la emancipación cuando se sienten y son capaces de ser libres. Así en «Patriotismo Sueco» reconoce y fundamenta sin vacilaciones el derecho de Noruega, hasta entonces anexada a Suecia en virtud de la denominada «unión personal», a reivindicar su libertad, gesto que le atrajo sentimientos enconados. Destructor del socialismo sectario, se muestra invariablemente adherida a principios individualistas que, a juicio de algunos críticos, es el aspecto más discutible de su pensamiento general. Por eso cuando expone sus puntos de vista pedagógicos, no aísla de sus censuras y proyecciones, la finalidad individualista del concepto de la educación que profesa, y pretende, alentando sólo las tendencias individuales, restar a la escuela colectiva la parte que le corresponde en la formación del ser social; pero, en la imposibilidad de negarla en grado absoluto, busca «un término de enlace entre Spencer que define la vida como una adaptación y Nietzsche que la considera como una voluntad conquistadora». Compensa sin duda, su individualismo doctrinario con el alcance y el altruismo social de su obra práctica, tan extendida que trasciende las fronteras de su país natal.

Su temperamento dinámico la obligaba a recorrer Dinamarca, Noruega, Alemania, Inglaterra, Suiza y Francia, pregonando su ideal feminista. Es ella — se ha dicho — la intermediaria entre naciones, la personalidad más internacional que existe.

Tan accidentada e intensa ha sido su vida que es

acreedora a un estudio superior en límites y valor a este trabajo donde no se omitan detalles sugestivos que aquí no anotamos.

En la existencia de esta mujer sentimental no faltaron crisis psicológicas que sobrellevó con entereza, sobre todo una muy fuerte, motivada por la casi simultánea muerte de sus padres y amigas entrañables, con un sacudimiento interior donde el drama afectivo jugara poderoso papel. ¡Cuántas veces su propia intimidad habrá insinuado luz sobre la sublime concepción del amor que fluye de sus páginas magistrales!

Escéptica de la propaganda a base del libro, tenía más fe en la palabra hablada. Es que se oía a sí misma y abarcaba la elocuencia de que estaba investida la suya.

Este predominio de la predicación oral explica sus frecuentes viajes. Asimismo en sus horas de retraining campesino compuso aquellas notables páginas que integran parte de su obra escrita, donde el lector puede comprobar la claridad y valentía de su pensamiento social y pedagógico.



Sus libros fundamentales son: «Amor y Matrimonio», «La fe en la vida», «El Siglo de los niños» y «Consideraciones acerca de Dios, el Mundo y el Alma»⁽¹⁾. Otros trabajos de interés son: «Amor y Ética», «El movimiento feminista», «El Renacimiento de la Maternidad», «Individualismo y socialismo», «Guerra y Paz y el Porvenir». Escribió también algunos ensayos de crítica literaria: «El poeta más moderno de Suecia Almqvist» y «Rahel Varnhagen».

Sus obras carecen de carácter orgánico. Son recopilaciones de estudios, ensayos y artículos donde encara cuestiones pedagógicas, religiosas, feministas, conyugales, eugenéticas, y de ética social y otras que caen dentro del campo sociológico y de la moral individual. A veces un capítulo no responde al título general, con lo que refleja

una acentuada condición de su personalidad: sin disciplina y reacia al orden. Su pensamiento que jamás pierde la unidad porque es fruto de firmes ideales, adquiere variadas expresiones y se manifiesta en temas aparentemente desvinculados. Es oportuna entonces la advertencia contenida en el prólogo de la edición española de «Amor y Matrimonio», que previene la necesidad de no juzgar en detalle sino en conjunto la obra de Ellen Key, tanto en sentido ético como literario y lógico.

Su estilo espontáneo resiste aquellas normas que ahogarían el vuelo de su imaginación expansiva. ¡No tolera frenos quien se ha desatado del prejuicio y se ha hecho dueño de una máxima libertad! Suaviza la osadía de su pensamiento con la dulzura de su expresión poética. Mantiene la altura del lenguaje cuando traduce severas críticas y agudas reflexiones contra el absurdo y error tradicionales.

Su vida agitada y llena de trabajo la privan del tiempo que habría necesitado para dedicarlo tranquilamente a la pluma. Lo compensó en parte con el amor profesado a la síntesis. Sus páginas breves contienen tal abundancia de asertos que parecen encerrar más ideas que palabras. ¡Cuántas veces el lector debe adivinar lo que ella se abstuvo de decir, y cuántas, deshacer un cúmulo difuso de opiniones suyas y ajenas para establecer orden donde no existe!

El tema central de su obra escrita es el mismo de su obra práctica: la mujer y el niño.

Su concepción feminista es especial y típica. Se aparta de aquella que reduce su ideal a aspiraciones políticas mediante una ruidosa y externa actividad pública de la mujer. No pretende elevar su jerarquía social acordándole derechos y deberes de que hoy carece. Su feminismo es interno e íntimo. La mujer debe actuar dentro del hogar

(1) Las dos primeras llevan en sueco el título genérico: «Los principios directores de la vida».

cultivando las mejores calidades de esposa y madre al abrigo del *gran amor*, que para Ellen Key, es la única fuerza capaz de embellecer la vida, el premio supremo de la existencia.

Dedica a este sentimiento capítulos admirables de «Amor y Matrimonio». Estudia la evolución y formas del amor en sus relaciones con la moralidad, y predica la pureza de los afectos, índice de las grandes almas, así como «los amoríos efímeros revelan almas mediocres». Desea «el triunfo del amor por la idealización de la materia». Enemiga del sensualismo, no alaba, por cierto, la embriaguez de los sentidos, que no es amor, pero tampoco, ensalza la solitaria manifestación del alma que olvida el cuerpo; ni á esos rígidos ascetas que mortifican el cuerpo y adormecen el alma, dejándose atormentar por una sensualidad que, quizás, despertará inesperadamente alguna vez. Combate resueltamente todas estas formas de amor, y realza, en cambio, esa otra más elevada y humana que resume el alma y el cuerpo en una excelsa unidad creadora de vida. Es implacable en la censura del amor obligado y se indigna contra el interés en el amor. Partidaria de la libre selección, concede este privilegio a los espíritus dueños de una consciente responsabilidad sexual. No es tampoco admiradora de las pasiones violentas, sí, en cambio, de ese amor que es una suave llama que nunca se extingue, «que es un ennoblecimiento y una santificación constante de nuestra individualidad».

Se entrega decididamente a la propaganda de una sana ética sexual, y de ideales amorosos, donde radica el porvenir moral de la humanidad.

El matrimonio fundado en el amor es el único que alienta el sentimiento maternal, «porque el niño necesita de amor para nacer». Lo contrario es dar vida a un producto del fraude o del engaño. Combate el amor frívolo y el amor clandestino con igual fuerza que defiende la *libertad de amor* — no esas licencias eróticas que, según lo

dice, se han dado en denominar *amor libre* — que obedece a necesidades fundamentales del alma que nadie sino uno mismo puede resolver. Restricciones, no a la libertad de amar — agrega — sino a la libertad de engendrar nuevos seres en condiciones desfavorables a la raza.

Se revela contra ciertas mujeres, parásitas de la vida, que huyen premeditadamente de la maternidad, mucho más que del amor y del matrimonio. Ellas aniquilan esa fuerza que a una mujer normal — dice, usando una frase ajena — le haría «llorar por los hijos que no ha podido tener». Para la madre soltera reclama auxilio cariñoso y su rehabilitación merced al honrado ejercicio de las funciones maternales. No se puede rechazar a quien cumple dignamente la elevada misión social de incorporar nuevos seres a la comunidad.

La mujer consume en el cuidado de los hijos tantas energías físicas y morales que queda inferior al hombre en los esfuerzos y en la producción de trabajo. Véase el ensayo «La maternidad y el trabajo de la mujer», donde demuestra cómo la sociedad moderna, al consentir el trabajo femenino de cualquier naturaleza y las imperiosas exigencias de la maternidad, está conspirando contra los hijos y contra la raza entera.

Ellen Key ha ganado en buena lid el título sublime de apóstol del amor — «del amor que cumple una ley, despreciando las leyes humanas» — y apóstol de la maternidad. Apóstol de dos sentimientos inseparables, en los cuales reposa misteriosamente el porvenir.

El derecho a la maternidad fuera del matrimonio — afirma — no ha de degenerar en derecho a la maternidad sin amor. Mira en cada mujer la futura esposa y la futura madre. Por eso sus trabajos escritos constituyen, en parte, un tratado de educación femenina.

Imagina a la que ha de ser reina del hogar sin abundancia de ciencia ni exceso de erudición; llena de gracia y delicada espiritualidad, y cuidadosa en su aspecto

exterior. Que no participa de las actividades políticas, aunque se le conceda el derecho al voto en virtud del valor de las fuerzas femeninas y de sus derechos a la libertad.

Trabaja, pues, por la liberación de la mujer, pero al mismo tiempo quiere librarla de la *masculinización*, que tanto contribuye al aumento del «*tercer sexo*», formado por esas mujeres que han quitado a su espíritu las calidades típicamente femeninas sin alcanzar otras de vigor varonil. No encienden ellas el entusiasmo de ningún hombre de valor espiritual. «Para encantar a un hombre durante toda la vida es necesario que la mujer posea una naturaleza de inagotables recursos».

«Amor y Matrimonio» contiene algunas teorías sobre el divorcio amistoso y una ley que proyecta para reglamentar los casamientos, teóricamente admirables unas y otra, pero de problemática realización por modalidades de la cultura contemporánea.

Adviértase cómo su feminismo ha dado con prerrogativas y deberes sociales exclusivos de la mujer, sin necesidad de acudir a una difícil identidad con los derechos y privilegios del hombre. Esas feministas que no piensan en los hijos, absorbidas por los problemas públicos, no comulgan con este ideal que han calificado de reaccionario.

Todas las exigencias físicas y espirituales que impone a los cónyuges, las reclama en nombre del futuro hijo, que tiene el derecho de ser engendrado por seres sanos y bellos. Sólo así la procreación señalará en los hijos progresos sobre los padres. Hay que obrar resueltamente, de acuerdo con su posición evolucionista, sobre las futuras generaciones para producir un tipo humano superior.

Las ideas, tesis, opiniones y discusiones que Ellen Key ha condensado en sus libros miran hacia ese objetivo supremo: la prolongación de una vida en otra mejor, lo que equivale a trabajar por «la santidad de la generación».

Plantea, pues, *la cuestión del niño*. En muchas páginas roza este tema, pero el libro dedicado con preferencia a él es «El Siglo de los Niños». En una reforma completa de la educación familiar y escolar funda el cambio social, que según predice, se operará en el siglo XX—siglo del niño—merced al reconocimiento de derechos exclusivos de la infancia; derechos tan serios, que deben ser anteriores a la concepción misma para que los padres no tengan después que «pedir perdón a los hijos por haberlos engendrado».

«El Siglo de los Niños», que debieran leer madres y maestros, contiene hondas observaciones psicológicas y fisiológicas del niño, y al mismo tiempo es un tratado enérgico de crítica y reforma escolar y doméstica.

Hace algunos años leí por primera vez esta obra. Tuve, entonces, la imborrable impresión de quien lee una novela llena de fantasías y quimeras que hacen volar el espíritu por regiones desconocidas y tiempos muy futuros. Recientemente, a raíz de la muerte de Ellen Key, he realizado la relectura. Claro está que la contemplación del panorama primitivo hecha desde otro plano me ha dado una nueva perspectiva y distinta impresión. Se trata ahora de aquel mismo libro paradójico, pero esta vez, más denso y sugestivo, lleno de contenido precursor. Aspectos pedagógicos que hoy empiezan a ensayarse están previstos en él, junto a la expresión de algunos ideales muy lejanos que significan también una indignada protesta contra la escuela del presente. Asume el libro una apariencia subversiva al mismo tiempo que el sentido de una hermosa esperanza.

De un cúmulo enmarañado de ideas que recuerda la imagen de una selva, desentrañamos las fundamentales e indispensables para expresar la noción sintética del pensamiento pedagógico de Ellen Key. ¿Qué es para ella, la educación? Es sabido que todo sistema pedagógico se apoya en un ideal. El de ella es la transformación del

hombre actual en un superhombre, pensamiento calcado de Nietzsche, quien impone al hombre la obligación de mejorar su raza. La educación, entonces, se convierte en una lucha incansable contra las influencias que se oponen a la evolución progresiva de la vida. Es una marcha constante hacia formas cada vez más elevadas; un proceso de adquisición de calidades y poderes humanos más superiores; una incesante creación individual.

No es en esta faz filosófica donde más detiene su pensamiento. El concepto de la educación depende también del valor que se asigna al sujeto educable: el niño. Este es, precisamente, el aspecto más vigoroso de su obra pedagógica.

Discípula de Rousseau, afirma que «educar significa permitir que la naturaleza trabaje de un modo lento y tranquilo por cuenta propia, impidiendo las circunstancias que podrían contrariarla». Considera un gran crimen pedagógico «oprimir la personalidad del niño para reemplazarla por otra. Inspirándose siempre en Rousseau y también en Spencer y Tolstoy, a quien cita, recomienda el precepto de la naturaleza «que nos enseña que el mejor secreto educativo consiste... en no educar».

Quiere que el niño se eduque espontáneamente, que sea su autoeducador, como intentan en nuestra hora los distintos ensayos basados en la concepción funcional y genética de la infancia que, se están realizando en el mundo. Sin duda, el actual e intenso movimiento encarnado en la labor de Ferrière, Bovet, Cousinet, Decroly, Kerschens-teiner, la Dra. Montessori y otros en Europa, y Dewey en Norteamérica, más la doctrina de todas las asociaciones que en el viejo mundo propagan actualmente ideales de una nueva era pedagógica, tienen en ciertos aspectos del pensamiento de Ellen Key, un antecedente cercano y un signo precursor.

Las denominadas «Escuelas Nuevas», «Escuela Activa» y «Escuela del Trabajo» son tentativas distintas

de encarar un pensamiento común. Todos buscan prácticamente la forma de realizar los ideales de «la nueva educación», que significa una manera nueva de comprender la escuela, los métodos de enseñanza y estudio, la función del niño y el papel del maestro. Son ensayos fecundos donde el niño no aprende, sino a condición de dejarlo desarrollar libremente y espontáneamente. «No se puede llegar a ser hombre libre sino por la práctica de la libertad» — afirma Cousinet, uno de los propulsores de la nueva tendencia educativa.

Después de largas investigaciones psicológicas, se sabe que el «yo» del niño no es un receptor que nace vacío para llenarse con nociones del mundo externo, sino una intimidad que reacciona en contacto con la naturaleza, un valorizador frente al mundo. Se sabe que el niño tiene su personalidad; y que, los que ven en él un adulto incompleto o un aprendiz de hombre, sufren el error de los que quieren — como afirma Tagore — obligar a las flores a cumplir la misión del fruto. Hay que dejarlo ser niño, y dejar que trabaje en el centro de su espíritu esa fuerza auto-educativa que los pedagogos contemporáneos denominan con mucho éxito «interés», una especie de ansiedad que de dentro mira selectivamente hacia fuera en busca de las cosas y motivos que convienen a su desenvolvimiento. El niño es perceptivo, pero mucho más reaccionador. Recoge impresiones de afuera, pero emite también expresiones de adentro. Se sabe que en él está latente la tendencia a hacer, la necesidad de obrar, el instinto creador.

En la nueva escuela el niño no es espectador solamente sino actor. El maestro no expone ni enseña, tiene a su cargo la delicada función de dirigir la actividad y el estudio infantil, tratando de estimular el esfuerzo personal. El niño es el constructor de su personalidad; la naturaleza el gran arquitecto, y el maestro quien le alcanza el material — imitando un símil de Pierre Bovet, que recuerda otro de Ellen Key: «El maestro debe ofrecer las flores

al alumno, pero este debe extraer por sí mismo la miel...»

En la escuela así entendida el niño sentirá la *belleza vital* de que hablara Ruskin, porque allí irá marchando hacia un contínuo ensanchamiento de la vida; alcanzará la verdadera educación, que es obra de la alegría, «no porque en la escuela — ha dicho Albert Richard ⁽¹⁾ — se divierta uno, sinó porque allí se vive».

Ellen Key igual que Montaigne, a quien admira, «tiene en gran desprecio al método material y pedante por el cual se embute la ciencia en los oídos de los niños, como se vertería el vino en un embudo». Está, pués, con la escuela activa donde el alumno es un investigador y elaborador de ese saber que sólo es un instrumento de trabajo espiritual. Aconseja a los maestros llevar a la boca del niño racimos de uvas enteras, de suerte, que no tenga que beber ese mosto cien veces diluído de la enseñanza secular. Lejos de ella el niño solamente receptivo, que ha convertido en *auditorio* la clase tradicional; partidaria del trabajo individual, no se anticipa al trabajo colectivo que transforma la clase en *laboratorio* de actividad común, centro de cooperación, que permite, al lado de otros efectos, la *auto-educación social* ⁽²⁾.

Claro está que para realizar su ideal, la ilustre educadora sueña con un «diluvio pedagógico» que arrase todo, salvándose en el arca únicamente Montaigne, Rousseau, Spencer y algún estudio serio sobre el niño. Con ánimo indignado destruye la escuela reinante; uno a uno va arrojando sus ladrillos, y el lector contempla los escombros de las salas frías y penosas como cárceles, jardines herméticamente enrejados; sistemas de cultura seccionada,

(1) Maestro primario que actuó en el Congreso escolar de Julio de 1924 reunido en Ginebra, destacándose en la exposición de los principios teóricos y prácticos de la «La escuela activa».

(2) La Dra. Montessori ha ideado un método y material pre-escolar que persigue la *auto-educación individual*. En ambas formas de trabajo, individual y colectivo, la clase se convierte en un taller donde la intervención del maestro queda reducida al papel de simple testigo.

programas pedantes, métodos de uniformidad deprimente, horarios inalterables, mapas y láminas anticuados, textos insuficientes, disciplina codificada, deberes forzados, exámenes arbitrarios, vigilancia y rigores insufribles, castigos odiosos y premios que envanecen, alabanzas a los quietos y sumisos, sanciones a los curiosos y dotados de ingenio personal y, sobre todo, el maestro con su gesto lleno de terror y autoridad. Así es la escuela secular donde se «matan las almas», se aniquila la «materia preexistente», donde desaparece «el deseo, la capacidad de trabajar, observar y aprender» con que se entró; «primera cárcel» con que se amenaza a los niños, según Herder; primer destierro de la vida a un mundo de artificios ⁽¹⁾.

Junto a las ruinas de la escuela derribada amontona piedras para edificar la «*escuela del porvenir*», que será una tibia atmósfera saturada de alegría y vitalidad. Será un lugar de ternura, donde no flotarán los invisibles tormentos que agostan el cuerpo y el alma, y marchitan las ilusiones que refleja el rostro de un niño feliz. Será un jardín tranquilo donde nadie podrá alterar la paz que el interior del niño necesita cuando se entrega expansivamente a correr, saltar, jugar, vivir. Será un ambiente donde la vida florezca con libertad.

Su espíritu de excepción ha comprendido los enigmas, azares, ensueños y esperanzas de ese cúmulo de espontaneidades que es el niño, y ha ahondado esa intimidad que nadie debe constreñir. Ni los padres, ni los maestros pueden dictar leyes a estos nuevos seres, «del mismo modo que no tienen el derecho ni el poder de regular el curso de los astros».

(1) El autorizado pedagogo italiano G. Lombardo Radice, autor del ensayo «Come si uccidono le anime», de igual título que «Como se matan las almas en la escuela» capítulo V de «El siglo de los niños», cita a Ellen Key y trata de moderar el tono amargo con que ella alude a la influencia de la escuela en la vida infantil. Hace al mismo tiempo algunas atinadas observaciones críticas en torno de este asunto.

Si sólo, como piensa Ellen Key, se puede escribir un libro hermoso cuando se desarrolla un argumento que se ama, ella, sin duda amó con cariño mayor al de la madre que venera sus hijos, porque fué madre de todos los niños quien sintió en la infancia los latidos misteriosos del porvenir y los secretos hilos de la historia. Esta pasión noble y pura la ofuscó en parte, dejándose engañar por su atrevimiento y candor que la elevaron hasta un plano de admirables irrealidades. Fué un poeta que vivió en el mundo de su imaginación. Sus sueños anduvieron muy lejos de las posibilidades inmediatas. Por eso en su concepción pedagógica no han tenido cabida las normas prácticas, las técnicas metódicas ni las reglas positivas que son base de la organización escolar (1). Se encastilló en el dominio de las ideas sin mirar el de los hechos. Poco encontrará en su obra el que busca la faz empírica de la educación. Pero tendrá que admirarla quien quiera ver en la escuela el dulce encuentro de almas — de los niños y del maestro — que se comprenden y se comunican entre sí frente al cuadro real y majestuoso del universo. Tendrá que destinarle un lugar en su corazón el que conciba al maestro dotado de ese «genio pedagógico» — de que habla Patri — que no es sinó el arte innato y sutil de leer en los niños el dulce «poema de la infancia» y dejarlos andar al ritmo de su canto interior que los guía sonrientes y felices a través de las sorpresas y bellezas del mundo y la vida.

Los desastres de la última guerra han despertado un imperioso afán reconstrutivo. Se quiere reedificar la civilización sobre bases espirituales más firmes. Las miradas se concentran en torno de la niñez que trasunta los tiem-

(1) Dice Ellen Key: «La pedagogía individual vencerá a la pedagogía metódica, y sólo quien por naturaleza y educación sepa jugar, hablar y estudiar con los niños, sólo quien sepa amarles y quiera dedicarse a ellos será aceptado como maestro en la escuela del porvenir». «El Siglo de los Niños», pag. 72, tomo II. Con mucho acierto no cree en la omnipotencia del método — elogiada por algunos pedagogos — que somete el trabajo del maestro a normas invariables, frenos que ahogan el ingenio personal.

pos futuros. Asistimos, ciertamente, a una gran preocupación universal, más teórica que práctica todavía, en favor de la infancia (1). Generosas instituciones internacionales propagan los derechos de estos nuevos seres en quienes reconocen una insustituible personalidad y consideran nuestra época como la *era de la infancia*, empezando a cumplirse así la voz profética de Ellen Key que presintió y llamó a esta hora en que vivimos «el siglo de los niños».

(1) Basta recordar la campaña de protección a la infancia de todos los países sin distinción de razas ni creencias, que realiza la «Unión Internacional de Socorros a los Niños», creada en Ginebra en 1920, la que ha dirigido un llamamiento a todo el mundo en la denominada «Declaración de los Derechos del Niño», independientemente de auxilios materiales con recursos recaudados por subscripción internacional. También han organizado otras semejantes, o filiales de ésta. Una de ellas es «El Consejo Internacional de Mujeres», que ha redactado, entre otras, una extensa declaración sobre «Los Derechos del niño durante la edad escolar», que tratan de incorporar a la legislación de todos los Estados. Agréguese otras declaraciones de Sociedades o Ligas internacionales, continentales o nacionales, de reciente creación casi todas, congresos pedagógicos más los distintos estudios experimentales y trabajos bibliográficos y sobre psicología infantil y reformas didácticas, y algunos nuevos ensayos prácticos de organización escolar, y se tendrá la sensación de un estado de conciencia universal en favor de la infancia como uno de los más felices fenómenos de la post-guerra.



Ramón Turró y su teoría del conocimiento

POR

CARLOS ASTRADA

EL psico-fisiólogo español Ramón Turró, que acaba de morir, era una noble y destacada personalidad de la investigación científica contemporánea. Gran observador y analista, realizó labor ponderable en el terreno acotado de su especialidad. Mas su actividad intelectual no se aplicó exclusivamente al trabajo experimental, minucioso y tesonero de la ciencia, en el que supo conquistar sólida reputación entre sus colegas europeos, sino que su afán de conocimiento, haciéndole franquear los límites de los problemas de que estaba compenetrado, le llevó a la especulación filosófica. ⁽¹⁾ Es a este último aspecto de su personalidad que vamos a referirnos.

Turró propugnó, lleno de fé, una teoría genético-realista del conocimiento. Para ello transpuso al dominio filosófico el realismo de la ciencia, el supuesto de la existencia del *objeto* independientemente de la sensación — creencia que, como lo hace notar Meyerson, es ineliminable de la ciencia, si ésta ha de ser posible — e ingenuamente creyó que formulaba una teoría filosófica del conocimiento, limpia de toda metafísica.

(1) La actividad de Turró, en este dominio, se expresó en las siguientes obras: «Orígenes del conocimiento — El hambre.» Ed Minerva, Barcelona; «La base trófica de la inteligencia», Residencia de Estudiantes, Madrid, 1918; «Filosofía Crítica», Atenea, Madrid, 1919; «La disciplina mental», Atenea, Madrid, 1924

El caso de Turró, como «filósofo», es el de muchos hombres de ciencia que, a pesar de la sinceridad de sus propósitos y de la heroica voluntad que ponen en lograrlos, muy difícilmente llegan a asir el verdadero problema de la filosofía, y así los vemos, prodigando trágicamente un esfuerzo inútil y vano, agitarse y vocear su *Eureka* al margen de su serena y profunda corriente. Es realmente penoso considerar el trance «filosófico» de estos hombres de ciencia, que nos brindan, con generoso dogmatismo, teorías *inconcusas*, o sea impenitentes y manidas reiteraciones de las posturas del sentido común, el menos filosófico de los sentidos...

Turró, al afirmar el realismo como la única posición que se aviene con el «sano entendimiento humano», impugna lo que él considera al desviación «subjetivista» de la filosofía, que aparece con Descartes y se agrava con Kant. Cuando intenta refutar a estos grandes «extraviados», comprobamos que lo esencial de las respectivas doctrinas ha escapado a su comprensión.

Por lo demás, Turró, en su dilucidación del problema del conocimiento desde el punto de vista genético, que reputa el único legítimo, se expide como un psicologista primerizo. Asombra pensar que haya podido considerar epistemológicamente viable tal posición, después de la crítica, completa y definitiva, del psicologismo, hecha por Husserl. No obstante que el autor de «Orígenes del conocimiento» se refiere a la filosofía de Husserl, y pretende refutar sus postulados de una lógica pura, en realidad no ha comprendido a este filósofo, cuya obra constituye, sin duda, el acontecimiento especulativo más relevante de nuestra época.

Turró hace tabla rasa de las elaboraciones de la filosofía moderna, y proclama una actitud «objetivista», realista (de un «realismo antifilosófico, espécimen supérstite de una metafísica basta que todavía se ignora a sí misma, que nada tiene que ver con la novísima tendencia

realista, fuertemente acusada en la filosofía contemporánea), de la que encarece su abolengo escolástico y griego. El anacronismo de su pensamiento ni siquiera le permite un atisbo de lo que significa, para toda labor especulativa que no se mueve en el vacío, la continuidad del pensamiento filosófico.

Al analizar su caso iremos por partes. Las notas que siguen exponen brevemente la teoría básica de Turró y subrayan la invalidez funcional de su «filosofía».

LA EXPERIENCIA TRÓFICA Y LA REALIDAD EXTERIOR

Turró replantea desde un nuevo punto de vista — en cuanto a sus orígenes — y en forma harto sugestiva el tan debatido problema del conocimiento. Viene hacia la filosofía, como lo dijimos, desde el campo de las ciencias; es un biólogo y psicobiólogo eminente. Su obra, síntesis y ampliación de ensayos sucesivos, publicados por primera vez en Alemania, ha sido favorablemente acogida por la crítica científica europea.

Con una poderosa facultad de observación unida a un penetrante espíritu analítico — cualidades que se reflejan en su obra, que por la riqueza de su contenido y estilo preciso, claro y sobrio constituye uno de los más valiosos aportes a las investigaciones de la moderna Psico-fisiología genética — se remonta en busca de las fuentes del conocimiento; las encuentra en el fenómeno fisiológico del hambre como impulso orgánico inicial que nos lleva al mundo exterior. Partiendo de esta exigencia orgánica, de la sensación trófica, hace el proceso genético del conocimiento, proyecta el problema, constatados ya sus orígenes, al dominio filosófico, y, esforzándose por vencer los límites que impuso el criticismo kantiano a nuestra facultad de conocer, afirma la posibilidad del conocimiento de lo real exterior, de la misma realidad que nos revelara la

necesidad trófica al acusar en nuestra conciencia las sustancias que faltan en nuestro organismo. Apuntando a tan alto objetivo, intenta replantear el problema desde el punto de vista filosófico — único desde el que realmente existe tal problema — actualizándolo y vivificándolo con la fuerza de un pensamiento entusiasta.

Hasta Turró se aceptaba, casi sin restricciones, el principio ya generalizado en filosofía, que el conocimiento comienza con la reacción de nuestros sentidos a las excitaciones de lo exterior; es este principio, tenido por inconcuso, el que Turró impugna, considerándolo consecuencia de un análisis incompleto que se detiene a mitad de camino, sin llegar al primer impulso orgánico que nos pone en comunicación con el mundo exterior. Es así que hace arrancar el origen del conocimiento de la sensación trófica con la que, según él, «amanece la vida psíquica.»

Prescindiendo de la explicación que Turró nos hace del fenómeno del hambre, cuya génesis desarrolla en prolijo análisis científico, por ser del dominio de la fisiología, a nosotros, que nos proponemos examinar su teoría a la luz de la crítica filosófica, nos importa, a fin de comprender su posición respecto al problema del conocimiento, precisar bien el camino que recorre la sensación trófica hasta comunicarnos con el ambiente externo; nos interesa averiguar como ella *deviene* el antecedente del conocimiento intelectual y nos revela, en virtud de una necesidad intrínseca, el mundo de lo real.

«La poderosa fuerza que impele al organismo hacia el mundo exterior no brota, como se dice, de los sentidos sino del organismo mismo» (1). Esta fuerza no es otra que la necesidad trófica que trata de incorporar de lo exterior las sustancias que el organismo reclama. El conjunto de impresiones internas constitutivas de la sensación trófica acusan la ausencia de esas sustancias en el organismo. La

(1) «Orígenes del Conocimiento — El hambre» — pág. 74. Ed. Minerva, Barcelona.

conservación de la vida depende, para Turró, del régimen que estatuyen estas impresiones que él llama, debido a la función vital que desempeñan, «conocimientos primarios». Aquí conviene precisar con claridad lo que Turró designa con el nombre de «conocimientos primarios». Desde luego la expresión, como se verá, no es muy adecuada y el mismo Turró se encarga de limitar la extensión de su significado en explicaciones posteriores. La tendencia, originada en la necesidad trófica, a buscar en el medio externo lo que falta en el interno, no implica el conocimiento de la sustancia alimenticia como objeto individuado. Los actos que constituyen esa búsqueda, fuera del organismo, de algo vital, aunque todavía desconocido por el individuo, son puramente instintivos y anteriores a toda experiencia externa, experiencia que para instituirse haría necesaria la colaboración de los sentidos. Turró se expresa respecto a este punto en forma concluyente: «... este acto primitivo (el de la búsqueda) no debe ser confundido con el conocimiento de la cosa alimenticia, puesto que el animal empieza a ingerir, como el perro descerebrado o como el rumiante que ha perdido sus centros psíquicos, sin darse cuenta de que lo que ingiere es algo que reside fuera de su propio organismo» (1). La sensibilidad trófica sola no le revela al sujeto la existencia en el mundo exterior de las sustancias alimenticias que necesita para saturar la avidez trófica; para ello «es necesario que se establezca una relación interior entre los datos sensoriales acusados de un lado por la sensibilidad trófica y de otro por los centros de la sensibilidad externa» (1). Dicha sensibilidad instituye, según Turró, lo que se llama «experiencia trófica», experiencia que él conceptúa una «inducción primordial, la más fundamental de la vida psíquica». Turró estudia ampliamente, en

(1) «Orígenes del Conocimiento — El hambre, pág. 78.

(1) Ibid. — pág. 82.

minucioso análisis, los dos factores que integran la experiencia trófica. Al tratar del factor externo desecha la tesis nativista, según la cual las funciones de los sentidos nacen preformadas, y, adhiriéndose a las explicaciones que aporta la escuela genética respecto a dichas funciones, concluye que la diferenciación de las impresiones por los sentidos es el resultado de un aprendizaje. Según Turró la operación primera y más elemental de la inteligencia consiste en saber «que lo que calma el hambre es lo que los sentidos acusan como presente». Más, como los sentidos acusan la presencia de una infinidad de impresiones, es necesario que la inteligencia proceda a una labor de discriminación, a fin de descubrir aquellas que delatan la presencia de la cosa que nutre. La piedra de toque para tal discriminación no es otra que la necesidad trófica: «cuando libre la mente de prejuicios y ateniéndonos sinceramente a lo que la observación nos enseña, nos preguntamos qué móvil impele al animal a diferenciar ciertas impresiones preferentemente a otras, nos constataremos que es el impulso trófico, y si nos preguntamos en qué consiste esta diferenciación reconoceremos que estriba en tomarlas como signo de la cosa que nutre» (1). Mas, esta diferenciación de impresiones no llega todavía a constituir el conocimiento del objeto nutritivo como algo individuado. «La apetencia, tal como brota de la sensibilidad trófica, se dirige a la cosa, a la sustancia, a lo que reclama el organismo; independientemente de su forma representativa, la cual no es más que el medio de que se sirve el sujeto para conocer su presencia; en este sentido decimos que esta sensación es específica por cuanto sólo lo que se exhibe bajo la forma de agua contiene la virtud de calmar la sed» (2). Para Turró, la opinión de que la vida intelectual comienza por la acción del excitante externo proviene de la indebida desarticu-

(1) «Orígenes del Conocimiento — El hambre» pág. 96.

(2) Ibid pág. 102. Ec. Minerva — Barcelona.

lación de las funciones de la sensibilidad trófica de las de la sensibilidad externa. «Rota de esta manera la unidad estructural y fisiológica del sistema nervioso, queda rota también la unidad indivisa de la conciencia, viniéndose a suponer, con esta peregrina invención, que el sujeto que piensa nada tiene que ver con el sujeto que come» (1). Pues bien, Turró, partiendo de la sensación trófica restablece la unidad funcional del *sensorium*, mostrándonos la trabazón y solidaridad íntima entre las funciones de la sensibilidad trófica y las de la sensibilidad externa y gástrica. Con la acción solidaria de cada una de estas funciones en vista de la consecución del alimento, comenzaría la inteligencia.

FILOSOFÍA Y CIENCIA

Turró desconoce el aporte esencial del criticismo. Precisamente, uno de los valores permanentes de la filosofía crítica, que hace de ella una etapa fundamental en la historia del pensamiento, es haber demostrado en forma definitiva la legitimidad de la filosofía como ciencia, asignándole un objeto y un campo de investigación propios e independientes de los de las ciencias particulares. Antes de que estas adviniesen, la filosofía, que pretendía ser un conocimiento general de las cosas, imperaba soberana sobre amplios dominios; pero conforme se fueron organizando las ciencias de observación y, como consecuencia, delimitando los campos de las actividades científicas especializadas, la Filosofía carente de un objeto concreto y particular, justificadamente perdió su soberanía, y en los albores del movimiento filosófico moderno la vemos, con Bacon, en posición secundaria y subordinada, con-

(1) *Ibid* pág. 126.

vertida, como lo hace notar Kuno Fischer, «en propedeútica y órgano de las ciencias particulares, que examinan la naturaleza especial de los objetos». Fué Kant quien reivindicó los fueros de la Filosofía, asignándole, por primera vez, un objeto propio para sus investigaciones, y mostrándonos que no pueden confundirse las actividades filosófica y científica, desde que filosofía y ciencias particulares se mueven en campos distintos, tendiendo también a diferentes objetivos.

Frecuentemente los hombres de ciencia — y el caso de Turró lo confirma — han desconocido y desconocen esto que, desde Kant, es una verdad elemental, y negando empeñosamente los derechos que le asisten a la filosofía, por no haber comprendido cuál es el objeto de ésta, la conciben erróneamente como una generalización de las conclusiones de la ciencia o una síntesis de las ciencias particulares.

¿Cuál es el objeto de la Filosofía, que legitima su existencia como una dirección fundamental y autónoma de la conciencia? Reparemos en las claras palabras que Kuno Fischer, el eminente historiador de la filosofía moderna estampa al exponer los «orígenes de la filosofía crítica»: «Objeto de la experiencia son las cosas, y objeto de la filosofía es la experiencia y en general el hecho mismo del conocimiento humano. Cesa aquí la filosofía de ser una explicación de las cosas para ser una explicación del conocimiento de las cosas: se transforma en una ciencia necesaria, porque explica un hecho que, como tal, necesita de explicación, del mismo modo que cualquier otro».

LA «DESVIACION SUBJETIVISTA»

Desde luego, Turró, desconociendo el objeto de la filosofía, no concibe la independencia de los dominios filosófico y científico y considera que la «manera» filosófica de pensar es una desviación metafísica — que comenzaría

con Descartes — de la «manera normal y común de pensar, propia del linaje humano», manera esta última que coincide, según él, con el método objetivo de la ciencia experimental. Impugnando esta manera de pensar que nos aportó Kant, al echar las bases de la filosofía crítica, se lamenta de lo que llama «desviación subjetivista» de la filosofía, que implica el abandono del «sano objetivismo de la filosofía griega», tal como se manifestó en Aristóteles y en su reviviscencia medieval, la doctrina escolástica.

Así como Turró no llega a comprender que el criticismo kantiano es una superación, mediante una síntesis original, del empirismo y del idealismo (1), del mismo modo al hacer la crítica, desde su punto de vista empirista, del método cartesiano, desarticula los elementos que integran el sistema de Descartes, falseando así el pensamiento de éste.

Partiendo del «pienso, luego soy» hace decir a Descartes que el ser proviene del pensamiento (2). Según la doctrina de Descartes (de las substancias) la materia y el espíritu son substancias cuya existencia depende de la existencia de Dios, tienen sus atributos peculiares y se excluyen recíprocamente. El «pienso, luego soy» encierra únicamente la certidumbre de la existencia de la conciencia individual como algo autónomo.

Descartes no deriva el ser del pensar, como cree y afirma Turró, sino que, por el contrario, plantea el problema de la oposición del ser y del pensar. Este problema es el que más tarde Kant tratará de solucionar. Del *cogito ergo sum* Descartes derivaría tan solo el «ser» de la conciencia individual; pero no el de las cosas exteriores, que están comprendidas en la substancia distinta e independiente que él llama materia.

(1) Véase Brunschvicg, *L'expérience humaine et la causalité physique*, pág. 300, Alcan. Paris, 1922.—B. Erdmann, *La critique kantienne de la connaissance comme synthèse du rationalisme et de l'empirisme*, in «Revue de Métaphysique...» (número consagrado a Kant) mayo 1924.

(2) «Filosofía Crítica», pág. 112, Atenea. Madrid, 1919.

En el planteamiento del problema del conocimiento, Turró entroniza — sin percatarse de ello — un postulado metafísico, al hablar de la imposición de una realidad exterior, no ya como materia de conocimiento suministrada por los sentidos, en la acepción kantiana, sino como «objeto de conocimiento». Obsesionado por ese postulado metafísico — entrañado siempre por el realismo ingenuo — falsea el pensamiento de Kant, atribuyendo a este un subjetivismo que el autor de la *Crítica de la razón pura* ha sabido superar con destreza genial, para colocar, con su síntesis *a priori*, en forma inmovible, la piedra angular de la filosofía teórica. De ahí que Turró se refiera equivocadamente a un «conocimiento de la cosa», que nos viene «impuesto desde fuera». Es partiendo de este pre-concepto, que nos dice que «Kant se desentiende del aspecto objetivo de la cuestión, y la plantea subjetivamente desligando la materia sensorial de lo que la determina en los sentidos, ligándola a las virtudes mágicas que la toman como objeto de conocimiento» (1).

En esta afirmación, Turró incurre en un grave error. Kant no se desentiende del aspecto objetivo del problema; antes, por el contrario, mediante lo que él llama «facultad sintética», refiere las impresiones — materia suministrada por la intuición sensible — a esa X, que sería, empleando el lenguaje de Turró, la imposición externa, estableciendo de este modo las condiciones generales de toda objetividad.

La síntesis *a priori* no es, pues, más que un punto ideal de referencia de todas las impresiones. El substrato de esta síntesis es la X de la imposición externa, y acerca de su naturaleza Kant, libre de todo presupuesto metafísico, no prejuzga. Por el hecho de que Kant no prejuzgue sobre la naturaleza de lo que determina en los sentidos la materia sensorial, no desliga ésta de aquello.

(1) *Ibid.*, pág. 155.

Tan sólo se detiene ante ese determinante o imposición externa, como ante un algo que escapa al conocimiento, —la *cosa en sí*. Esta es para Kant un concepto negativo que señala un límite al conocimiento. La materia sensorial que, en el proceso kantiano del conocimiento, Turró equivocadamente supone desarticulada de su determinante, sólo se transforma en objeto de conocimiento cuando la facultad sintética de la conciencia la ha unificado.

REALISMO Y ESPERIMENTALISMO

Al encararse con el criticismo kantiano, o racionalismo kantiano, como él erróneamente lo llama, sin precisar el alcance de su expresión, Turró nos dice que los racionalistas son hombres de mucha fé.

Si tomamos la palabra racionalismo en una de las varias acepciones que tiene en filosofía, la dogmática, Turró no se equivoca en su afirmación; pero si mucha es la fé del racionalismo dogmático, nos parece que más firme y más ingenua es la que anima e infla al realismo de Turró, producto híbrido de escolasticismo y ciencia erigida en pseudo filosofía. Sólo así nos explicamos que salve de un salto toda la etapa crítica de la filosofía para retomar la doctrina escolástica medieval, con su postulado realista de que la verdad o idea verdadera es la adecuación a la cosa.

Tantos años como van corridos de actividad crítica en todos los sectores de la especulación filosófica y en algunos de la investigación científica, no han vulnerado en lo más mínimo la fe de la gran mayoría de los hombres de ciencia en el realismo ingenuo.

Como lo hemos visto, Turró desconoce el objeto propio de la filosofía. El desarrollo de su doctrina testimonia este desconocimiento; para afirmarlo nos atenemos, incluso, a sus propias palabras. En su obra titulada, no atina-

mos a saber por qué, «Filosofía Crítica», nos dice que «frente al mundo de los creyentes en la eficacia del discurso lógico hormiguea al mundo de los que observan y experimentan»; y, a continuación, agrega que, «lo que separa un mundo de otro no es el objetivo que persiguen ni el ideal a que aspiran, por ser en ambos idénticos: es la manera de perseguirlo, la vía que siguen, el modo de pensar» (1).

No reconociendo diferentes objetivos para la filosofía y las ciencias experimentales, no es extraño que tampoco acepte, y en esto es consecuente, para estas dos actividades, métodos de investigación asimismo distintos y adecuados a la naturaleza peculiar de las respectivas disciplinas. De aquí que Turró considere superfluo y equívoco el método propio de la investigación filosófica, y pretenda entronizar el criterio de la ciencia experimental como el único válido para juzgar los datos que la filosofía aporta.

Aunque nos diga que «la filosofía no es reductible a experimentación porque si lo fuere ya no sería filosofía» (2), no otro parece ser el objetivo claro de sus ensayos de una epistemología genética que la transformación de la filosofía en una ciencia experimental (1), ya que para Turró la filosofía sólo tiene validez cuando es realista, es decir, empleando su lenguaje, «objetivista», y sabe «conformarse con la realidad de las cosas», pudiendo la experiencia científica verificar sus datos y garantizar sus conclusiones generales.

LOS ORÍGENES DEL CONOCIMIENTO Y EL PROBLEMA LÓGICO

Si la filosofía teórica se pregunta cómo conocemos, siendo su objeto el hecho mismo del conocimiento humano, se comprende claramente que el problema del conocimiento,

(1) Filosofía Crítica, pág. 83.

(2) Ibid, pág. 353.

en el plano en que ella lo plantea, es independiente del problema de los orígenes del conocimiento.

El primero, tal como nos viene formulado desde Kant, es un problema lógico, de lógica trascendental, mientras el segundo es un problema de psicología fisiológica, de psicología genética.

Si no se distinguen bien ambos problemas y sus diferentes objetivos, la investigación de los antecedentes fisiológicos y psicológicos del conocimiento puede llevar, como sucede a Turró, a la confusión psicologista, a la errónea tentativa de una epistemología genética; pero estas elucubraciones, tan inútiles como falsas, no afectan, en lo más mínimo, la teoría del conocimiento, en la firme fundamentación filosófica que le diera el criticismo kantiano.

Turró no ignora que el problema del conocimiento se lo considera muy otro que el de sus orígenes; no lo ignora, pero no comprende ni acepta la razón de ser de esta distinción. Así nos dice que Kant «en vez de preocuparse de si el conocimiento brota o no de la nota sensorial, como la flor de un palo seco, fija su poderosa atención en los elementos de su composición, problema muy distinto del de sus orígenes, ya que una cosa es preguntarse por la génesis de los fenómenos psíquicos y otra es preguntarse por la composición del conocimiento. El primer problema, de naturaleza psico-fisiológica, casi no existe para Kant» (1). Sin «casi», Kant dejó deliberadamente de lado este problema, para plantearse el verdadero problema del conocimiento. Mas adelante Turró insiste sobre este mismo punto: «Concebida la mente como la concibe Kant, es indiscutible que el problema lógico es independiente del problema de los orígenes del conocimiento; una cosa es ver como se desenvuelve el conocimiento, y otra muy distinta estudiar cómo fueron preestablecidos psicológicamente los elementos de que indis-

(1) *Filosofía Crítica* pág. 13.

pensablemente se necesita para que ese desenvolvimiento lógico sea posible» (1).

Los párrafos citados, por si solos, nos inducen a pensar que en el autor no existe confusión alguna respecto a ambos problemas, y que esto le permitirá reconocer la legitimidad del punto de vista filosófico en el planteamiento del problema del conocimiento; pero en otra parte Turró escribe: «Preguntarnos cómo comprendemos, equivale a preguntarnos de qué antecedentes desciende la comprensión, qué antecedente se ha de anteponer para que aquella sea posible. Recluído en sí mismo, no podía creer Kant que este antecedente fuese de naturaleza fisiológica; para sospecharlo necesitaba salir de sí mismo, colocándose en un punto de vista objetivo» (2). Aquí aparece evidente la confusión; aquí encontramos bien concretado el error en que cae Turró, error que ha viciado su razonamiento y que lo sentimos flotar en todo el proceso discursivo de su pensamiento.

Preguntarnos «cómo comprendemos» o, para ser exactos en la expresión, cómo conocemos, no equivale a preguntarnos cuales son los antecedentes fisiológicos o psicológicos del conocimiento. Ambas preguntas plantean dos diferentes problemas. La primera da lugar al problema del conocimiento, tal como lo concibe la filosofía teórica, y la segunda se refiere al estudio de la génesis del conocimiento, a la determinación de los antecedentes de que proviene; antecedentes psicológicos y fisiológicos, que necesariamente han de ser excluídos en el planteamiento filosófico del problema, y que no influyen para nada en el criterio estrictamente lógico que es, al mismo tiempo, dirección y fundamento de la tarea gnoseológica.

Para saber cómo conocemos no necesitamos estar previamente compenetrados de la génesis de la mente que conoce. La teoría del conocimiento toma esta mente ya

(1) *Ibid.* pág. 26.

(2) *Ibid.* pág. 302.

formada e inquiera cómo funciona y según qué principios en vista de la elaboración del conocimiento; se encuentra con un hecho: la ciencia, y se pregunta cómo es posible este hecho; cómo es posible la ciencia y el conocimiento humano en general. Esta es la gran tarea de la filosofía crítica. Hasta Kant, no se la concibió claramente. Así, Hume, su antecesor inmediato en la cadena del empirismo inglés, no concibiendo la causalidad más que como una relación puramente empírica entre los fenómenos, no atinó a explicarse el hecho de la ciencia, y lo negó, haciendo de la ciencia, a excepción de las matemáticas, un producto del todo contingente. Fué lógico; su escepticismo, resultado de su empirismo radical, no podía llevarlo a otra conclusión.

Según Turró, Kant no podía sospechar que el «antecedente» del conocimiento fuese de naturaleza fisiológica por no haberse sabido colocar en un punto de vista «objetivo». Bien sabía Kant que el conocimiento, genéticamente considerado, podía tener y tenía antecedentes que no eran lógicos; pero esta cuestión es de índole muy diversa a aquella que él se propuso dilucidar. De acuerdo con el objetivo que, en el problema, orientó su labor, Kant buscó los principios lógicos *a priori* del conocimiento, con prescindencia de su génesis empírica. Basta leer la introducción a la *Crítica de la razón pura* para convenirse de ello. Dice Kant: «En el tiempo, pues, ninguno de nuestros conocimientos precede a la experiencia y todos, comienzan con ella. Pero si es verdad que todos nuestros conocimientos comienzan con la experiencia, todos, sin embargo, no proceden de ella». Es decir, que hay conocimientos que *logicamente* no proceden de la experiencia y que son *a priori*.

Todas las objeciones que el psicologismo y, su vástago, el galimatías psico-fisiológico de Turró, mueven contra la crítica son impotentes y vanas, sencillamente porque jamás

llegarán al plano—exclusivamente lógico—en que ésta plantea y legitima el problema del conocimiento.

La posición de Turró radica en el *segundo prejuicio* de los tres que, en su base, comporta el psicologismo según lo ha demostrado Husserl, destacándolos y analizándolos concienzudamente en su crítica exhaustiva del difundido error psicologista. Tal prejuicio consiste en la confusión de series que es necesario distinguir rigurosamente en todo conocimiento (1).

Así, Turró confunde la serie de hechos, de experiencias (Erlebnisse) de conocimiento—como proceso de estados psíquicos—, en las que la ciencia se realiza subjetivamente, con la concatenación lógica de objetos—serie específicamente teórica—que constituye la ciencia. No es extraño, entonces, que, anclado en este equívoco, no comprenda la razón de ser del punto de vista de la crítica; ni, como Kant, superando el criterio genético, llega a fundar la objetividad del conocimiento.

En síntesis, Turró impugna la teoría kantiana del conocimiento porque considera falso el punto de vista en que ella se sitúa; pero, por otra parte, reconoce que «situándonos en el punto de vista de Kant, la teoría del conocimiento que desarrolla, salvando extremos, es invulnerable» (2).

Ahora bien, determinado por la crítica el objeto propio de la filosofía y reconocida la legitimidad del problema lógico del conocimiento, es fácil comprender que no podemos situarnos en otro punto de vista que no sea el de Kant, porque tal posición—para la filosofía, al menos—no existe. Por eso, Turró al intentarlo, elude el verdadero problema del conocimiento y se plantea, desde el punto de vista en que él se coloca—sin percatarse de ello—uno muy distinto.

Córdoba, Junio de 1926

(1) Husserl, *Logische Untersuchungen*, Bd. 1, págs. 173 (y 47) y 178 179—Niemyer, Halle, 1922.

(2) *Filosofía Crítica*, pág. 40.

La cultura frente a la Universidad

POR

CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

HACE ya algunos años que los hombres nuevos de América comenzaron a ponerse en contacto, a estrechar vínculos de comprensión intelectual y sentimental y a concertar programas de acción, que la perplejidad de la hora relegaba a un futuro impreciso y lejano.

En el transcurso de estos años se ha realizado — es cierto — la única obra seria de aproximación entre los pueblos de América Latina, hasta hace muy poco aislados y recelosos, cuando no recíprocamente hostiles; pero los adolescentes de ayer son hombres hoy y, sin embargo, los programas de entonces siguen siendo, todavía, vagas perspectivas filosóficas, políticas, sociales o literarias, sin que la urgencia de la realización perturbe la placidez de los ensueños largamente planeados, pródigamente explicados y sonoramente proclamados a todos los vientos.

Cuando en el año 18 de este siglo se produjo la irrupción juvenil, teníamos el derecho de rechazar, por maligna, toda interrogación acerca de los propósitos o de las tendencias que orientaban el impulso y precisaban su finalidad. Evidentemente, hubiera sido prematura la respuesta, que no intentó siquiera el balbuceo de la intuición,

apagado mil veces por el grito apremiante y heroico de la lucha, pero nos vamos acercando a la terminación del segundo lustro y se aproxima la hora de responder.

Bien está la progresiva consolidación de los vínculos fraternales que nos unen a todos los hombres de la América nueva. Bien está la protesta calurosa y arrogante — pero lírica al fin — contra la torpe concupiscencia de los tiranos, y bien está, por último, la resistencia perseverante y enérgica que oponemos a la glotonería imperialista de yanquilandia; pero todo eso no basta. Es necesario que orientemos positivamente nuestro esfuerzo hacia algo, en favor de algo.

Ir contra la dictadura y el imperialismo no constituye un verdadero programa de acción. Es preciso que no confundamos. Ambas actitudes son únicamente, reacción, contra la acción regresiva que otros intentan; breves desvíos de significación secundaria.

Hay quien opina que, en el combate, la mejor táctica para la defensa es la ofensiva, y se podría glosar la afirmación, diciendo que, en la lucha perenne de lo nuevo contra lo viejo, la mejor manera de destruir consiste en crear.

Por otra parte, no en todos los pueblos de América asumen formas ostensibles los peligros del imperialismo y de la dictadura, de suerte que ambos serían, por mucho tiempo, un estímulo débil y escaso, incapaz de congregarse a la nueva generación y de concitar su actividad.

La lucha contra la dictadura y el imperialismo son, por el momento, el reverso inevitable e ineludible de la medalla; pero solo el reverso, porque no es iniciativa nuestra, porque no nace de nosotros mismos, porque no lo proyecta nuestro propio espíritu, porque no lo modela la inspiración creadora de nuestras propias manos. Conviene que vayamos advirtiendo que corremos el riesgo de adquirir el hábito estéril de la actitud defensiva y protestante y, como consecuencia, de caer en el vicio hereditario de la reclamación.

Profundizando el análisis, llegaríamos, tal vez, a la convicción de que el peligro de la dictadura proviene de la naturaleza individualista del Estado y de su defectuosa organización democrática, que hace del número el árbitro de todo, y que el peligro del imperialismo proviene del régimen económico liberal-capitalista, que hace posible y hasta lícito el abuso de los fuertes, que utilizan en su particular provecho la riqueza social. Y esta convicción nos llevaría a procurar la solución de ambos problemas fundamentales; los otros serían resueltos por añadidura' como dice la Biblia.

Es indispensable que comencemos a trabajar positivamente en la realización de una obra común, reclamada ya de un modo concreto por el espíritu del siglo y conviene que vayamos abandonando las posturas románticas, persuadidos de que el idealismo no reside en la gallardía de los gestos, en la sonoridad de las palabras, o en la elegancia refinada de las doctrinas estéticas, sino en la labor abnegada y paciente de todos los días.

Recordando que el primer estallido se produjo en los claustros universitarios, correspondería, en primer término, y como primera etapa, dirigir nuestra acción conjunta y coordinada hacia la orientación de la cultura, que indebidamente detenta la Universidad oficial.

Fruto genuino del Estado individualista y de la intriga politiquera, la Universidad latino-americana sigue siendo, a pesar de la reforma triunfante en apariencia, nada más que una venerable y vetusta mistificación, especialmente en aquellas disciplinas que trascienden a la vida social y que pretenden regir sus aspectos políticos, jurídicos y económicos.

Si no vacilamos en hablar con absoluta franqueza, forzoso nos será reconocer que casi todo el problema cultural planteado por la reforma universitaria finca en la orientación y en el carácter de la enseñanza de las cien-

cias jurídicas, sociales y económicas, de las cuales se irradia todo el dinamismo de la renovación.

Hasta ahora hemos luchado con resultados precarios — debemos reconocerlo sin ambages — por reformar las universidades oficiales, y es cosa de pensar si vale la pena esforzarnos en renovar estas instituciones caducas, sin espíritu ya, y sin otro porvenir, probablemente, que el de fabricar profesionales, urgidos por el afán de lucro, con exclusión total del afán de cultura.

Sin renunciar del todo a la reforma de las universidades oficiales, inyectándoles siempre que podamos la savia efervescente de la vida nueva, deberíamos crear la nueva universidad o, mejor dicho, restaurar la más antigua universidad conocida, la universidad libre, orientada y dirigida por verdaderos maestros, en las que vuelva a haber maestros — no profesores rentados — y en las que vuelva a haber discípulos — no alumnos ansiosos de obtener un título profesional.

Alguna vez he pensado que si reapareciese en este siglo y entre nosotros un discípulo de Pitágoras o de Platón, se quedaría sin comprender este nuestro empeño de convertir las escuelas profesionales del Estado en emporios de cultura superior, y se preguntaría, estupefacto, porqué aceptamos la imposición de profesores oficiales del escalafón administrativo domesticados, y trabados por el corral de la mentalidad gubernativa y de los intereses gubernativos, cuando podríamos escoger, libremente, a los que enseñaran con desinterés y nobleza, sin someter su verdad fecunda y alta al control presuntuoso de graves académicos conservadores, parapetados en la rígida comicidad de su solemne gesto magistral.

La desprofesionalización de la enseñanza oficial universitaria es un imposible, y quizás un absurdo. Mi experiencia de alumno y de profesor me autoriza a declarar que el noventa por ciento de los estudiantes sólo se interesa por la obtención del título profesional, sin adquirir

más que un simple barniz de cultura, indispensable para el mantenimiento del decoro universitario; como, asimismo, que el diez por ciento restante se distingue y se destaca luego por lo que ha estudiado y aprendido fuera de la universidad.

Si la universidad oficial no es capaz de reformarse, fijémosle, de una vez por todas, su papel de organismo burocrático, expedidor de diplomas, y su función de impartir el conocimiento técnico, necesario para ejercer profesiones u oficios; y, en lugar de perder nuestro esfuerzo procurando reformarla, creemos otro organismo espontáneo y desinteresado, que nazca de nuestra iniciativa cordial, que reciba el calor de nuestra sangre joven, que lleve el sello de nuestra espiritualidad y que ponga a prueba, en esta hora histórica, la verdadera eficacia de nuestro dinamismo renovador y constructivo.

Ninguna acción es más fecunda en sugerencias y enseñanzas que la realizada cooperativa y solidariamente por un esfuerzo común, producto de afinidad selectiva, y tendiente a una finalidad común, por cima de los intereses particulares inmediatos. El esfuerzo popular espontáneamente concertado tonifica, depura y fortalece la conciencia social, y debemos buscar en él la influencia saludable que nos haga abandonar definitivamente la tradicional obstinación — también hereditaria — de pedir todo al gobierno, de esperararlo todo del gobierno, de echar al gobierno la culpa de todo.

Dejemos librada a las universidades oficiales la tarea de formar ingenieros, médicos, abogados, etc., mas disputémosles de frente la altísima misión de formar hombres, de formar grandes hombres. Dejemos a las universidades oficiales la tarea pedestre y exigua de enseñar la ley; mas disputémosles la misión de rectificarla en nombre de la justicia, sin contemplar los particulares intereses creados que traban el libre juego de la voluntad social. Dejemos a las universidades oficiales el triste privilegio de enseñar

la ética en los libros; mas disputémosles la misión de enseñarla en la vida, en el amplio escenario de la vida. Dejémoslas impartir el saber, dosificado y lastrado burguesamente; mas disputémosles la orientación de la cultura puesta al servicio de la sociedad y penetrando su íntimo sentido. Dejémosles la multitud anónima, dispuesta de antemano a marcar el paso, con la renuncia anticipada de su personalidad; mas disputémosles los altos espíritus y los grandes caracteres. Dejémosles la masa amorfa de los inscriptos por obligación y por interés, mas disputémosles, por último, a todos los que busquen un ambiente homogéneo de labor cordial, de solidaridad activa y efectiva y de fecundo amor.

Que sea ése el anverso de nuestra medalla. Emancipémonos de la tutela burocrática y construyamos con nuestras manos nuestro propio hogar espiritual, si queremos ser los obreros forjadores de un nuevo ciclo de cultura.

El dilema es terminante, perentorio: o estamos llamados a orientar, creando, o nos conformamos con ir a la zaga de los que nos preceden, disimulando nuestra impotencia bajo el rezongo de comadres, que será pronto nuestra inútil protesta.

Y termino, compañeros y amigos, formulando votos para que la próxima ocasión en que nos halleemos reunidos departamos largamente, no sobre lo que vayamos a hacer, sino sobre lo que hayamos hecho. Por ahora, enarbolemos el estandarte de la cultura frente a la Universidad y contra la Universidad. La dictadura y el imperialismo huirán, a nuestro paso, como dos sombras.

(Conferencia leída por su autor en la Universidad de Montevideo, el 22 de Julio con motivo del Centenario del Congreso bolivariano).

Un libro Notable ⁽¹⁾

POR
ENRIQUE V. GALLI

LA literatura jurídica y sociológica del país, se ha enriquecido en forma notoria con la aparición de la obra del Dr. Juan Carlos Rébora, titulada «La Familia», en la que el autor desarrolla con gran precisión de concepto y conocimiento profundo de la materia, el estudio integral de la institución básica de la sociedad.

Un lenguaje claro y conciso y un método riguroso, que recuerdan las buenas obras francesas de derecho, aumentan el interés por la lectura, despertado ya por la forma original en que el tema se desarrolla en todos sus aspectos. No podría decirse que el autor haya sacrificado una verdad a un pasaje literario, y la amenidad que agrega la cita erudita o el recuerdo oportuno, no van en desmedro de la formalidad y solidez de la obra.

Posiblemente el tomo segundo, más dedicado al estudio de la fase legal de la institución, se resiente un poco de los paréntesis que dificultan la lectura y que se salvarían transportándolos al pie en forma de notas, aunque, demás está el puntualizarlo, tampoco afectan el ponderable conjunto.

Obra de aliento, fijará rumbos a la producción jurídica nacional, que cuenta con pocos tratados de señalada importancia, llamados a consolidar una saludable reacción

(1) «La Familia» por el Dr. Juan C. Rébora.

contra el sistema de nuestros autores de derecho que podríamos llamar clásicos, los cuales no pudieron apartarse del orden de materias fijado en los códigos, nunca expuesto con criterio científico, y empequeñecieron su labor con la explicación escueta de las disposiciones legales y la opresión del articulado detallista y disperso, perdiendo el concepto integral del conjunto.

El derecho, como fenómeno vivo que sigue el ritmo marcado por la evolución sociológica, no está solamente en la ley escrita; tal vez es allí donde menos se lo encuentre como material de investigación superior, pero un criterio aún generalizado en este país, en el que todo hombre oculta bajo la vestidura humana a un leguleyo, supe dita la ciencia del derecho a los cánones del derecho positivo; por eso debe con tanta mayor razón señalarse el esfuerzo que el libro del doctor Rébora importa, desde que una visión más amplia que la de la ley y la del derecho, no descuidadas por cierto, han llevado al autor hasta el análisis sociológico y le han permitido presentar el estudio más completo e importante que hasta el presente haya podido escribirse.

Se puede ser un buen expositor de la ley y un intérprete erudito del derecho escrito, se pueden conocer los antecedentes legales, la explicación que dá la doctrina y la aplicación que hace la jurisprudencia, pero así solo se tendrá un buen abogado, un gran abogado, nunca un juriconsulto. Conviene señalar la reacción que la obra del doctor Rébora reafirma.

Desde el momento en que el legislador vuelca cualquier principio legal en el molde cerrado de una disposición obligatoria — y no debemos olvidar que el sufragio universal hace legisladores no de los ciudadanos más aptos —, cristaliza el derecho, aunque el fenómeno jurídico no se detenga, y si el desarrollo en la cátedra o en el libro se limita al estudio de la ley, el profesor o el

tratadista trabajan con una base falsa, porque pierden o nunca han tenido la noción de la realidad.

Cuando la sociedad plasma sus instituciones en orden al factor dominante que en un momento dado regula o dirige sus actividades, cuando un acendrado espíritu de moral religiosa o un concepto amplio de liberalidad, cuando los días prósperos de la riqueza fácil o los grandes sacudimientos de las crisis económicas marcan jalones en la evolución del derecho, no puede negarse que interesan la atención del legislador, pero tampoco es posible ocultar que pasan inadvertidos para él, sino revolucionan o adquieren innegable notoriedad, aunque socaven las instituciones y alteren su fisonomía con el choque sordo del contacto incesante.

La ley permanece inmutable, una garantía formal de igualdad defiende a los individuos de cualquier diferenciación en el sistema, apenas alguna resolución pretoriana se revela contra el principio uniforme, y mientras tanto la realidad es otra. Descubrirla, sistematizarla, robustecer sus puntos débiles cuando son fundamentales y combatir sus rasgos definidos si son peligrosos, frente a un principio de filosofía superior y humana que los regule, esa es la verdadera obra del jurisconsulto-sociólogo. Este es el caso del doctor Rébora, que ha sabido salir a la calle cuando ya había profundizado su preparación y disciplinado sus aptitudes en su gabinete de consagrado y de estudioso.

Nadie niega la gran importancia de la ley escrita, pues bastaría para demostrarlo la circunstancia de su adopción universal; no se desconoce tampoco el valor que su obligatoriedad representa en la formación del carácter individual como medio de asegurar el orden social; solo se pretende negarle prepotencia y exclusividad como exponente de la vida jurídica, remarcando los demás factores que la completan y que a veces llegan a sobreponérsele,

El doctor Rébora ha llegado a la convicción, de que la

institución de la familia parece atravesar por una intensa crisis en todos los países de la civilización europea de occidente y con un espíritu nacionalista que lo honra, se ha abocado al estudio del problema en la sociedad argentina, sin descuidar por cierto sus proyecciones universales. Ha analizado la organización legal desde sus antecedentes y hasta la práctica de su ejercicio, descubriendo sus fallas y sus lagunas; ha contemplado el problema económico y sus efectos contrarios a la unidad de la familia, ha buscado las causas que dislocan el hogar como centro de afecciones y ha expuesto los remedios con que podría combatirse el mal, planeando una verdadera obra reconstructiva del núcleo familiar, que abarca todos los órdenes de factores, ya sean económicos, morales o jurídicos, capaces de devolverle su fuerza y cohesión.

La obra comprende dos volúmenes: el primero consagrado a la parte general, trata la familia considerada como núcleo, el segundo, especializado, se refiere a las relaciones individuales como expresión del núcleo familiar.

El aspecto general de la cuestión, desenvuelto en el capítulo primero, estudia, al referirse a la familia en el derecho y en la vida, las importantes cuestiones de la unión sexual, la función maternal, los factores psicológicos, los elementos económicos, comunitarios o individualistas, la influencia del medio, el matrimonio como institución privada, como sacramento y como institución social, la noción arquitectural de la familia, algunas formas particulares de ésta y la influencia que en ella tienen las doctrinas comunistas, el interés social y el orden público.

La condición social de la mujer "que es el hecho del cual desprende su carácter la organización general de la familia", está también tratada bajo todos sus aspectos. En forma elevada y ecuánime, sin dejarse arrastrar por la peligrosa unilateralidad de las teorías extremas, ataca el autor la evidente situación de inferioridad en que la mu-

jer se encuentra. Al concepto ya clásico de su deber de castidad, opone la interesante y sólida teoría de su derecho a la castidad y se detiene a enunciar la forma práctica de asegurar su defensa y la represión de los ataques llevados contra ella inspirado en la jurisprudencia francesa, tan pródiga en soluciones equitativas como al margen muchas veces del rigorismo legal. Analiza las iniciativas tendientes a suprimir la situación de dependencia de la mujer casada y formula fundados reparos al proyecto actualmente a consideración de la Cámara de Diputados de la Nación y que sería de esperar, no fueran desoídos.

Luego de un capítulo dedicado al estudio integral de la familia en el siglo diez y ocho y otro especial sobre la familia argentina, desarrolla en el título tercero la reconstrucción, el reconocimiento y la determinación del grupo familiar, dedicando gran atención al estado de familia, sobre todo de la familia natural y del concubinato, abarcando luego las relaciones del núcleo familiar con el Estado o terceros y de sus componentes entre sí, para concluir el volumen con varios capítulos referentes a los elementos subjetivos, patrimoniales y afectivos que lo determinan.

La segunda parte desenvuelve la institución del matrimonio, sus efectos generales y las relaciones personales y patrimoniales que crea; luego el derecho del hijo, las diversas clases de filiación, la flagrante injusticia en que viven los hijos naturales y más aún los adulterinos y los incestuosos alcanzados por una culpa que solo podía comprender a sus padres, surgiendo atinadas reformas que resuelvan su desoladora situación.

También se estudia la paternidad, las obligaciones y derechos que entraña, el desplazamiento de la potestad paternal y la transferencia de sus poderes con la tutela y el patronato del Estado.

Un título final con dos capítulos, comprende una gene-

ralización de posiciones y el retorno a la visión del grupo familiar.

Complementa la obra un admirable prólogo, verdadera síntesis del desarrollo posterior, en el que se expone el punto de vista con que el asunto ha sido estudiado. Anticipa, por sí solo, las bondades del texto y compromete un interés que la lectura no defrauda.

La naturaleza misma de este comentario, no permite referirse extensamente al contenido del libro, pero obliga a todos aquellos que no sientan las ventajas de dejarse arrastrar como el rebaño, a meditar sobre los problemas que se plantean, algunos de ellos perentorios, y las soluciones que se enuncian o se sugieren.

Sin duda alguna, el legislador no puede someter a reglas la actividad integral de la vida en sociedad, pero en sanciones parciales la reglamenta, la arranca muchas veces de su cauce natural y la resiente en sus elementos más íntimos. Cuando inspirado por un concepto igualitario extensivo, impone la enseñanza laica y obligatoria, persigue evidentemente una uniformidad general y plasma una idiosincrasia nacional con los elementos dispersos que recoge la avalancha inmigratoria, pero la gran familia del estado mata el núcleo del hogar, debilitando vínculos de cohesión al atenuar la dependencia con una libertad anticipada del niño.

Cuando se abre el mercado económico al trabajo de la mujer y se lo defiende con leyes protectoras, se afianza ciertamente su condición social, pero se estaría distante de que la fábrica robara al hogar una madre, para dar solamente un nuevo abanderado a la riqueza y llegar a la subordinación económica de la Rusia Soviética, en donde la madre, después de llenar la función fisiológica de dar vida al fruto de su vientre lo entrega al estado, que toma sobre sí la misión total de dirigir al niño.

La tutela oficial de los menores, los patronatos y asilos, salvan ciertamente a la niñez desvalida, pero esta función

que debió ser excepcional y la realidad obliga a ampliar diariamente, anula valores morales fundamentales, por que el freno que para el pecado podía ser la amenaza latente de los deberes que la procreación entraña, desaparece cuando se sabe que solo se darán hijos al estado, sin ninguna responsabilidad hacia los padres, libres siempre de vivir para el instinto el momento fugaz de la sensualidad desenfrenada.

Nuevos problemas, como el de la familia adulterina ante la liberalidad de las leyes inmigratorias, que desarticulan hogares extranjeros atrayendo a sus jefes con el aliciente de una prosperidad más o menos inmediata, pero sin liberarlos de los preceptos cerrados de una legislación inflexible, que pretende ahogar imperativos fisiológicos con la ignominia de una descendencia repudiada; otros como el de la bigamia pseudo legalizada por la diversa legislación que sobre el divorcio rige en ambas márgenes del Río de La Plata; la interesante cuestión del resarcimiento del daño moral, todas han sido presentadas en su aspecto más fundamental.

La obra del doctor Rébora, reclama una labor complementaria que no malogre sus frutos. Con efectos de emplazamiento, el Legislador tiene la palabra.



Romain Rolland y la nueva generación Latino-Americana

POR

V. R. HAYA DE LA TORRE

La América Latina no ha sufrido a la gran guerra en la carne de sus pueblos, pero su juventud sacó de esta imensa tragedia una profunda lección de historia. En tanto que nuestras burguesías nacionales alegrábanse grandemente de que olas de oro — precio maldito de las de sangre — hubiesen llegado a llenar sus arcas, gracias al mercado magnífico que abría la hecatombe a las riquezas naturales de nuestras tierras, un espíritu nuevo agitaba la conciencia de la juventud latino-americana. Bien pronto ella se libertó de la fascinación wilsoniana y reconoció en aquel que hablaba apostólicamente a la Europa de paz y de libertad, el mismo hombre de gobierno en nombre del cual pueblos sin defensa de la América Latina habían sido subyugados a cañonazos y al precio de masacres incalificables en Santo Domingo, en la América Central y en México. Nuestra generación descubrió enseguida las causas imperialistas de la gran guerra, comprendió, al ver la gran expansión de nuestra burguesía feliz con su botín trágico, que la razón de tantos horrores estaba en el sistema económico del mundo, y presintió la abdicación moral de Wilson y con ella, «la

ruina del gran idealismo burgués que aseguró, desde hace un siglo y medio, apesar de todos sus errores, el prestigio y la fuerza de la clase dirigente». (1)

La Revolución de Rusia, «libre y liberatriz», y el Tratado de Versalles «infectado por el bismarckismo», señalaron las dos vías abiertas por la guerra a la conciencia del mundo. O la rebelión enérgica y justiciera contra el pasado de nacionalismo, de imperialismo, de explotación y de mentira, o la continuación de nuestra marcha por las viejas rutas de dolores infinitos. En cada uno de nuestros países, formados en la escuela de la ideología burguesa de Europa, las clases dominantes ven en la guerra una exaltación gloriosa del nacionalismo, del militarismo y de los odios patrióticos. La fraseología misma de la gran prensa europea era reproducida por nuestros viejos intelectuales, hombres políticos y profesores. Los hombres de la antigua generación latino-americana no vieron en la guerra otra cosa que la afirmación del poder de los ejércitos y proclamaron con más optimismo que nunca la victoria de sus sistemas, realzado por el vocabulario de Wilson y que ellos se empeñaron en imponer por todos los medios en las veinte pequeñas patrias en las cuales está dividida, gracias a los nacionalismos importados, nuestro gran continente latino-americano.

Pero la juventud sintió en ella la voluntad heroica de salvar a nuestros pueblos del destino de los pueblos de Europa. Desde 1918 resonó el grito de revuelta de nuestra nueva generación latino-americana en oposición declarada con la vieja ideología burguesa de las clases dominantes. Viendo en las Universidades el foco de irradiación y la mejor tribuna de esta ideología, la juventud las atacó revolucionariamente, apelando a nuevas normas culturales. En todos los países latino-americanos ella se agitó con el mismo propósito de revuelta y de renovación.

(1) Romain Rolland. *Los Precursores*. Nota a la carta abierta al presidente Wilson.

Al llamado de la juventud, muchos maestros ilustres de la pasada generación, tales como Vasconcellos, Ingenieros, Palacios, Varona, vinieron a ella y confundieron sus banderas. Al mismo tiempo los hombres de ayer, los militantes de derecha se unieron contra nosotros y la profunda separación de las dos ideologías, fué marcada con sangre: En Chile, Perú, Bolivia, Cuba, Panamá, en muchos países de la América Latina, el furor nacionalista de las clases que dominan todavía, ha sacrificado numerosas vidas de adolescentes bajo el pretexto del «orden y del patriotismo.»

Cada día más vasto, cada día más en contacto con la realidad social de nuestros pueblos, percibiendo cada día con mayor claridad la amenaza de conquista que llega del imperio de los Estados Unidos, comprendiendo la urgencia que existe de destruir fronteras que traicionan nuestra voluntad de unir la América Latina en una sola federación, el movimiento de la juventud que desde hace siete años manifiesta su espíritu insurreccional en la Argentina, entre los muros seculares de la Universidad de Córdoba, muestra ya la fuerza de una nueva conciencia latino-americana que se concreta cada vez más como un anhelo de justicia social y de unidad de nuestros pueblos que deseamos sustraer a la garra imperialista.

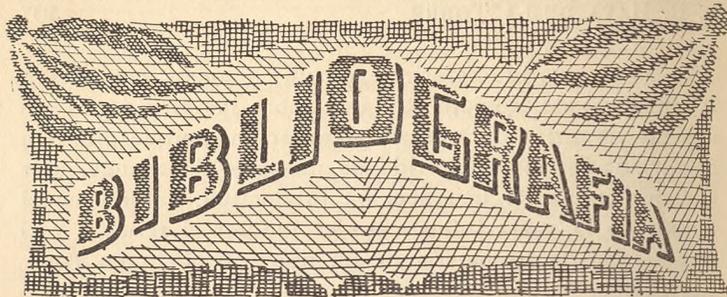
Desde el comienzo de esta lucha, desde los primeros indicios de su revuelta, la juventud latino americana ha sentido la solidaridad y el estímulo de los grandes espíritus. La influencia del pensamiento de Romain Rolland sobre nuestras primeras reacciones es innegable. En los días de la «revolución estudiantil» ¿quién de entre nosotros no ha oído resonar en los debates agitados de nuestras asambleas juveniles, el nombre del autor de Juan Cristobal? ¿Quién de entre nosotros no ha sentido el orgullo de ver lanzar contra nuestra generación los mismos insultos con que la histeria nacionalista intentó enlodar a Romain Rolland? Pocas obras y sobre todo pocas

vidas europeas se hallan tan cerca de la insurrección de la juventud latino-americana. Nosotros hemos visto siempre a Romain Rolland bajo los rasgos de un admirable insurrecto y cuando en 1922 Jorge Federico Nicolai llegó a la Argentina, llamado a tomar posesión de una cátedra por la revolución triunfante de los estudiantes de Córdoba, encontraron algo de la obra de Romain Rolland, ante la figura de «precursor» del gran hombre de ciencia. Traducidas a nuestra lengua las obras de Romain Rolland, ¿qué estudiante de aquellos tiempos no las apretaba bajo su brazo o no las leía a hurtadillas en el curso del pesado profesor que explicaba el Derecho Romano y el Derecho Eclesiástico en las universidades pre-revolucionarias?

Pero entonces Romain Rolland ignoraba todavía a la América Latina. Tal vez no conociese de ella sino aquello que la ideología burguesa hacía conocer de nuestras democracias. Los intelectuales de la vieja generación latino-americana pintaron siempre nuestra América a Europa como sumisa, y esto sin que nosotros pudiésemos elevar nuestra réplica. Más tarde Romain Rolland conoció el movimiento de nuestra generación al saber que una vez todavía la sangre de la juventud rebelada había corrido cuando el sacrificio heroico que sufriera la del Perú por nuestra causa, en mayo de 1923. Supo al mismo tiempo Romain Rolland que la obra de la Revolución de México, tan tendenciosamente desacreditada por la prensa norteamericana, significaba una vasta tentativa social y cultural de nuestros pueblos. Una carta de Romain Rolland a José Vasconcellos, el gran profesor mexicano, fué publicada en 1924. Romain Rolland saludaba con una admirable emoción la causa de la América-Latina, el espíritu de su nueva generación, el deseo ardiente de salvar nuestros pueblos de la nueva conquista. Desde entonces Romain Rolland es el gran amigo de nuestra causa, su mejor amigo en la Europa preocupada e indiferente.

Yo no he querido referirme de una manera concreta a la influencia de Romain Rolland sobre las fracciones puramente literarias de nuestra generación, porque hubiera sido particularizar el sentido de nuestras líneas que, más que en nombre de una sección intelectual, hablan en el sentido de la vasta influencia ejercida por el rebelde y el artista sobre la formación de un nuevo espíritu en América Latina.





ANDROVAR

(Poema dramático)

Por PEDRO PRADO. Editorial Nascimento. Santiago de Chile

PEDRO Prado es un hondo poeta chileno, de fina pluma y rico estilo, que sabe trazar páginas admirables por su modelado e imágenes sutiles, en medio de las cuales parecería discurrir su pensamiento religioso. "Androvar" es un poema dramático, irrepresentable, de acción muy lenta y de dibujo un tanto incoherente.

En algunos momentos de la trama, el autor desvíase del eje de la misma, atraído por las derivaciones de pensamientos accesorios y cuando vuelve al tema predominante, véase obligado el lector a retomar los hilos, reconstruir la malla del relato, dejando al margen los pequeños desvíos, que bien podrían ser finos bordados sobre la tela traslúcida y flexible de la narración.

Aguijonea al protagonista de este drama (Androvar) punzante deseo de ver el más allá de las cosas naturales. Identificado platónicamente con su discípulo Gadel, vagabundea por el mundo buscando la "busca", si así puede traducirse su anhelo de llegar al conocimiento esencial, extrahumano de los seres. Jesús, en su predicación terrena por campos de Judea, sálele al paso y oye humildemente los deseos de Androvar, que reputa superiores a las fuerzas humanas. Maestro y discípulo — este último es un apéndice, "una prolongación de mí mismo", según palabras de Androvar — ruegan al Salvador les conceda la gracia de fundir en una, sus dos existencias. Transfundir sus conciencias. Jesús accede. Es de este modo que Androvar descubre, mediante la fusión alcanzada, el amor que su discípulo profesa a su esposa Elienai, que ama también a Gadel; y no escapándosele que su

discípulo y él son, en virtud de la gracia recibida, fundamentalmente una misma persona, una sola conciencia, no clama contra la infidelidad del querido discípulo ni de su esposa. En adelante, lo que uno y otra piensen y hagan, él lo conocerá a través de la "conciencia común" que los une indisolublemente.

Androvar es un temperamento triste; su discípulo optimista, feliz con el amor de Elienai. Recuérdese que cuando Jesús concede la fusión, maestro y discípulo canjean sus tesoros interiores. Uno da amargura; otro felicidad. Esta mezcla de luz y sombra alivia a Androvar, quien hace esta reflexión: "Cómo se descolora el rojo vino del amor con el agua clara y fría de la meditación; su mezcla, que apura sedienta el alma insaciable, es capaz de apagar por un instante esta "sed humana, como no lo hacen aislados ni el vino ni el agua".

El adulterio se produce y Androvar, esposo engañado, es mudo testigo, a través de la conciencia, de su vergüenza. Razones sobre su identidad con el discípulo, aquíétanlo, serenán sus pensamientos.

Esta situación es infrahumana, fuera de las lindes más remotas de la individualidad humana en goce pleno de sus facultades; excluyendo, claro está, los degenerados, los locos o irresponsables.

Es problema secular del hombre ser ubicuo; desear, a la vez, andar por todos los caminos y cara a todos los horizontes. Vieja sed del agua de todas las fuentes, tortura cósmica del hombre, que no transita por los campos del espíritu. Un progresivo adentramiento espiritual, va borrando del ser humano los límites físicos que son ilusoriamente insalvables. La dilatación de la conciencia individual, enriquecida continuamente, transfórmase en colectiva. El Hombre lleva dentro de sí la humanidad y logra la suspirada "unidad colectiva". Todos los fervores y pasiones del mundo tendrán eco en su corazón. Pero volvamos al relato del drama.

Herido el discípulo, probablemente por bandidos, durante la noche, según una ligera referencia dialogal, Androvar siente los dolores del herido; se desangra por las venas de Gadel. Al mismo tiempo, Elienai, la esposa adúltera, sufre subconscientemente el dolor del esposo y el amante y corre desolada — no sabemos de dónde viene — en auxilio del herido. Androvar se ha apresurado a romper su túnica para vendar a Gadel; sabe que por las bocas abiertas en la carne joven de éste escapa su propia vida. Su acción no es piadosa como podría suponerse de primer momento; es sencillamente de su instinto de conservación.

Mientras atiende al herido, Elienai corre a través de rocas y sendas tortuosas, cayendo varias veces. Androvar, en razón de la gracia concedida por Jesús, sufre los dolores del discípulo y la fatiga de la esposa. Aguanta, además, su propia tragedia.

Es en estas circunstancias, que aparece Jesús.

El herido desfallece; la mujer, rendida, hállase a los pies de su esposo. Estos dos últimos claman al Salvador.

Androvar, el insaciable, el insatisfecho — como le ha llamado Jesús al conocerle — pide, lloroso, ser despertado; volver a ser, como antes, unidad reducida.

Jesús no puede deshacer lo que ha concedido en nombre de su Padre. Al otorgar la gracia había prevenido a Androvar que su anhelo estaba por encima de las fuerzas humanas.

Androvar replica: "Rómpe-se mi conciencia... estalla! La montaña que cae sobre nosotros... la montaña!

ELIENAI.—Aparta la luz espantosa que nos ciega.

JESÚS.—Escogieron atributos divinos, contando sólo con débiles fuerzas humanas.

ANDROVAR.—¿Vas a dejarnos vivos y con esta carcoma de fuego, que nos corroe el alma misma?

JESÚS.—Vosotros lo quisisteis... Viviréis atados a la muerte. Comprenderéis el misterio, sin poder expresarlo. ¿Dónde las palabras capaces?

Padre mío! lo hecho en tu nombre ¿cómo deshacerlo? Los hombres, todos, insensatos, ignoran lo que valen sus descos!

Androvar: en esa mujer que es tu propia imagen, procrearás larga descendencia, nuevos seres para siempre señalados por la angustia de ser dueños de revelaciones imposibles".

Aquí termina el drama. El castigo al hombre, recuerda al aplicado por Jehová a Adán y Eva, según la fábula bíblica. Quizá, también, recuerde a Prometeo.

Así soluciona Prado el eterno problema de la inquietud cósmica del hombre, en su propósito de superación. Sábese encerrado en los ámbitos de su soledad, asomado al mundo a través de la ventana de sus palabras y de sus gestos — a veces más expresivos éstos que aquéllas; — tiene noción de que sus anhelos llegan, por tales vehículos, fragmentados al alma del oyente. Nadie podrá interpretar todos sus impulsos, medir sus ansiedades, aquilatar su amor. Prisionero dentro de la jaula del propio yo, aportará a la vida nada más que la fugaz sombra de sí mismo.

Duele que Prado llegue a esta conclusión casi pesimista, en un alto sentido espiritual. Con la pluma que posee pudo, de haber calado más hondo en su conciencia, arrastrar a la superficie más maduros frutos.

Falta, en este poema dramático, substancialidad vital, dinámica, vida misma espiritual.

Artísticamente está bien logrado; es una bella pieza literaria. Filosóficamente un intento, nada más.

Esperamos que nuevas excursiones del autor por el oscuro tembladeral de las causas trascendentales, sea más provechosa y nos brinde en vez de frutos amargos o negativos, preciosas luces orientadores en el negro desfiladero...

AGUSTIN P. RIVERO ASTENGO

LA ASAMBLEA DE LA BOHARDILLA

Por ALBERTO GERCHUNOFF. Editorial Gleizer. Buenos Aires, 1926.

EN la bohardilla del bibliófilo impenitente aparecen y dialogan unas cuantas sombras surgidas del mundo milagroso de sus libros. Sus voces revelan la unción devota del animador que las evoca porque su cariño es hondo y comprensivo como para reconocerles un espíritu y un pensamiento inmortales que se pondrán en evidencia al revivirlas en los escenarios nuevos.

Es la reencarnación de algunos arquetipos de las letras clásicas, representativos de ayer y de todos los tiempos, que invitados a moverse en el ambiente de nuestro tiempo y de nuestro país, ofrecen aspectos inéditos de su personalidad tradicional. No son siempre éstas las grandes figuras heroicas loadas como símbolos expresivos de divinidad humana. Asistimos, más bien, al ensayo de rehabilitación histórica de ciertos personajes cuya fama proviene de su carácter significativo de lo grotesco o de lo innoble. El evocador que ha visto con lente moderna y argentina estas viejas vidas de sus libros, es de los que llegan a amarlos todo porque todo lo comprenden. Participa sin duda, de la idea calurosamente sostenida por Unamuno al ocuparse de Don Quijote, según la cual los héroes de la ficción poseen una existencia propia y susceptible de exégesis personales que los independiza del libro de sus aventuras y de los puntos de vista exclusivos del biógrafo originario. Así nos da Gerchunoff la propia interpretación de un Jourdain que no admite la sátira despectiva y regocijante de Molière, ya que es en los tiempos nuevos un triunfador meritorio, o nos lleva a departir con un reaparecido Shylock que lejos de representar el sórdido personaje de la comedia de Shakespeare, justifica su éxito contemporáneo e impone la defensa de su triste estirpe a la luz de la justicia histórica.

Jourdain, el negociante enriquecido que se preocupa tardía y ridículamente de asimilar formas de cultura y gentileza, aparece como el hombre necesariamente dominador en la civilización materialista y con particulares motivos en el país joven, sin antecedentes nobiliarios, que está en el período de la acción impulsiva y cuya historia

resume el esfuerzo primario de los advenedizos. El potentado de hoy se defiende con eficacia de su notoriedad de tipo burlesco, al punto de exclamar: "¡Lástima que no viva Molière! Molière adulaba al rey. Era el más indicado para glorificar al sucesor de los reyes".

Shylock — que ahora encabeza la trilogía bancaria "Shylock, Tubal y Martínez" — reaparece también para desautorizar su fama de sujeto repudiable. En el corazón de los negocios se oculta un fondo de poesía estimulado por las situaciones de riesgo que suelen alcanzar hasta las posibilidades angustiosas de perderlo todo. El es suficientemente rico como para darse a un opulento descanso, pero no puede prescindir del ejercicio de su deporte favorito. Pesa a su alrededor una corriente de condenación arbitraria. Antonio — aquel caballero veneciano con quien mantuviera el pleito clásico — no tuvo más virtud que la de ser, por su intermedio, y nada honradamente, el prestamista del gobierno. Si quiso que Antonio le pagara su deuda extrayéndose una libra de la propia carne, la exigencia no obedeció al interés material mezquino, sino que pretendió ponerlo en ridículo para vengarse de los reiterados ultrajes del noble señor que vivía como príncipe y negociaba como genovés. Además, el afán de la usura no está en la sangre judía, sino que fué la consecuencia del impedimento que pesó sobre la raza para ejercer toda suerte de profesiones lícitas a partir de las guerras religiosas. El judío se convirtió por necesidad en el banquero de la Edad Media. Era su única defensa de esclavo. Con todo, hoy le consuela profundamente el no haber tenido las virtudes de sus enemigos.

Shylock, al igual que Jourdain, como que encarnan dos aspectos típicos del hombre de fortuna, representan figuras prominentes en la sociedad de hoy, que los necesita en sus mejores círculos, y forman el tronco de la familia prestigiosa, aunque el desprecio o la envidia murmuren a menudo a sus espaldas.

En otro plano asistimos a la reencarnación contemporánea de Carlos Marx. En el curso de la reciente entrevista el autor de "El Capital" se revela no menos apasionado de los poetas que de los conflictos económicos y hasta insinúa que los dulces ojos de la jovencita contra quien enderezara sus encantados madrigales — socialmente superior a él — lo llevaron a librar batalla contra los gigantes de la plutocracia. El sentimentalismo de Marx se destaca por encima de sus concepciones sociológicas. Y, desde luego, su personalidad y su doctrina cobran notable calidez de simpatía surgiendo de esa atmósfera idealista.

Pasemos a un capítulo de la Biblia: "Y dijo la Serpiente". La que fuera instrumento maligno para obrar en el ánimo de la primera mujer y del primer hombre, explica la virtud de su astucia diciéndose

"la fuerza escondida que corrige los errores de Dios". ¿De qué hubieran valido al hombre todos los bienes de la creación si la falta de conocimiento le impedía enseñorearse de lo existente? Ella, la tentadora, "redimió al hombre de la felicidad taciturna, sin ayer y sin mañana en que vegeta la planta y deglute el cerdo". Y el comentar, que ha trazado una página de colorido magistral, concluye invocando: "Bendito seas, señor. Serpiente enroscada en el divino tronco del árbol del Bien y del Mal, del árbol de la Vida, par de la Muerte, bendita seas, porque te debo el beso de que nací y el beso de los que de mí nacieron y nacerán".

Y — saltando capítulos no menos admirables — ¿qué no descubrirá de santo en un ocasional advenimiento de "el hombre de las manos luminosas" el pensador que espiritualiza y eleva con su mirar comprensivo las imágenes menos nobles?

Jesús — un Jesús que suma a su dulzura dolorosa el gesto escéptico del hombre moderno y a quien agobia la cruz de la irredimible miseria humana; un Jesús arrepentido de la esterilidad final de su sacrificio quijotesco — se presenta en el café de la cosmópolis donde se realiza la reunión habitual de los judíos, y remata la amargura de su última parábola con esta confesión estupenda:

"Gusto venir a este sitio. Les he perdonado, porque no sabían lo que hacían conmigo. ¿Acaso fueron los únicos que me crucificaron? Me consideraron el signo de su desgracia. Yo les amo porque sufren, porque en mi nombre se les humilla. Me niegan, pero ellos, por lo menos, me comprenden, puesto que todavía me amparan".

ALFREDO FERNÁNDEZ GARCÍA

DOSTOIEVSKI, RENAN, PEREZ GALDOS

Por ARMANDO DONOSO. (Biblioteca Calleja.—Madrid).

EL humanista chileno, D. Armando Donoso, ha reunido cinco trabajos de un positivo valor literario, en los que estudia la personalidad de Dostoievski, Renán, Pérez Galdós, Espronceda y Américo Castro.

No ha tratado a Espronceda sino en la época de su juventud y, mejor, durante el proceso amoroso del poeta con Teresa, y por cierto que Espronceda no saca ventajas del recuerdo; pero en cambio realiza un trabajo notable al estudiar a Renán y a Dostoievski, lo mismo que acierta con el ensayo dedicado a Pérez Galdós.

D. Armando Donoso es autor de varias obras destacadas por la crítica. Le debemos considerar entre los humanistas más fuertes de Amé-

rica y el sólo enunciado del padrón de sus ensayos ya lo indica entre los trabajadores extraordinarios.

Nos interesa especialmente del libro que ha publicado ahora, el estudio sobre el exégeta Renán. El señor Donoso analiza con preocupación científica a los autores que trata y muy especialmente a Dostoievski y Renán. No empieza por la referencia estética o la ética de las obras, sino por realizar una investigación cronológica de los sujetos. Estudiada la persona moral, adentra a la figura intelectual, relacionando estrechamente al individuo con la obra.

Para el señor Donoso no ha podido ser extraño, con ese concepto preciso del "deber" del crítico, — que dió tanta importancia a la obra de Sainte Beuve, — ni el ambiente ni los medios en que desarrolló sus actividades el autor que comenta. Cuando llega a la consideración de las ideas filosóficas y del tipo moral, lleva al lector al principio del asunto y nos revela las influencias a que obedecieron los escritores estudiados. Pone así de manifiesto su envidia artística y erudición. En punto de parecidos toma los asuntos con generosa seriedad que la hace admirable. En el caso de Espronceda, por ejemplo, no pretende que el poeta español sea, como lo afirmaron otros biógrafos que cita, un remedo de Byron. Sobre el reflejo del poeta inglés, el español ha creado formas y volcado luces que aseguran en él un gran poeta que lo mismo pudo agitar y exaltar sus musas sin la emoción recogida en las lecturas de Byron.

La última parte de su libro, que dedica a unas anotaciones sobre la campaña filológica realizada por Américo Castro, contiene reflexiones atinadas, y muy útiles, relativas al propósito de la redacción del Diccionario que abandonó Cuervo, "desconsolado ante el escaso valor de las fuentes literarias castellanas"; y manifiéstase optimista, pues espera que surja algún Murray o algún Webster que construya en España la obra que venció a Cuervo.

El señor Donoso escribe con naturalidad porque conoce los asuntos que trata. No hay esfuerzos vanos, no hay retórica, porque nada se emplea mejor y más naturalmente que el conocimiento de la cosa cuando de la cosa se está bien enterado. No teniendo fallas que ocultar, D. Armando Donoso desarrolla sus temas con una soltura elegante, que conquista de inmediato el pensamiento. Aparte la contribución documentaria, que es significativa, el libro de D. Armando Donoso es notable por la claridad de sus referencias y la perfecta armonía con que ha establecido la relación de hechos, antecedentes morales y circunstancias sociales con que se ligan los hombres y las obras que valen tan importantes ensayos.

FÉLIX ESTEBAN CICHERO

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES Y EL DERECHO POLÍTICO

Por ADOLFO POSADA. Editorial Caro Raggio. Madrid, 1925.

EL profesor Adolfo Posada, en este volumen no exento de interés, ha contribuido con su valioso aporte a la abundante literatura relacionada con la Liga de las Naciones. En él describe el mecanismo de la entidad, partiendo de sus orígenes diplomáticos, y se propone convencer al lector que en Ginebra — con inevitables tropiezos, por cierto — se está organizando la paz del mundo; dedica abundantes páginas a la Oficina Internacional del Trabajo, anexa a la Liga, y elogia la personalidad y la labor de M. Albert Thomas. El estilo del libro es fluido y agradable, y a través de sus páginas percíbese el amplio fervor humanitario de su autor — mezcla de elevado liberalismo y explícito "reformismo" socialista.

A nuestro juicio la obra del profesor Posada, no obstante los méritos que acabamos de señalar, adolece del grave defecto que consiste en silenciar una larga serie de hechos que arrojan el más merecido descrédito sobre la institución de Ginebra; a causa de ello el lector desprevenido queda con la impresión de que la Liga, imperfecta aún, está en vías de franco progreso y perfeccionamiento. Tal no es, empero, la realidad, y en este sentido el libro que comentamos es anticientífico: no refleja la verdad de la situación. Lejos de tender a universalizarse, en efecto, la famosa Liga tiende a disgregarse. Estados Unidos y Rusia persisten en su irreductible oposición, y ya se anuncia que Brasil, y probablemente España, se alejarán de Ginebra.

El autor de "La Sociedad de las Naciones y el Derecho Político", además, deja ver con demasiada claridad el carácter tendenciosamente "socialista" de sus puntos de vista. Admirador de Thomas, no podía dejar de rendir su homenaje a las altas virtudes de la burguesía, que aquel ex-ministro de municiones sirve tan inteligentemente desde su oficina de Ginebra. Escuchémosle: "La burguesía, amplia y compleja clase social, si, por una parte, ha representado y representa el más serio obstáculo al avance evolutivo del filantropismo jurídico y ético que late en la política social, provocando catástrofes como el sovietismo e intranquilidades como la amenaza sindicalista o comunista y la reacción fascista, por otra parte... ha funcionado y debe funcionar como acicate y como freno. Pero, aparte de eso, el burgués es, a menudo, el personaje sufrido, resistente, abnegado (sic), diligente, que se consume en el trabajo rudo, que gana el pan con el sudor de su frente (sic)... Y él, el burgués, el buen burgués, es

quien ha abierto camino a las reivindicaciones de todos los humildes, desamparados, desposeídos, explotados..." No hay duda de que M. Thomas agradecerá profundamente al profesor Posada el apoyo ideológico que le brinda al inclinarse, reverente, ante la burguesía, admirable y "abnegada" clase social...

Un autor que se expresa de ese modo, tiene que ser, por fuerza, partidario entusiasta de la Liga de Ginebra, de cuyo éxito dependería en gran parte, en efecto, la conservación del poder que actualmente detenta la clase capitalista mundial.

ARTURO ORZABAL QUINTANA

CÁNTICOS DE RAQUEL

Por RAQUEL ADLER

EL caso, por demás frecuente en nuestra América, del escritor que se debate entre la desproporción de sus medios expresivos y arquitectónicos con el juego imaginativo y la intención creadora, repítase una vez más en esta poetisa.

La causa radica a veces en que se libra a la intuición buena parte de lo que debe ser obra del estudio; y en otras ocasiones, a la falta de orden y método en el estudio y en la producción, como así mismo al desconocimiento del poder de los propios medios. El sentido de la medida, tan de manifiesto en los escritores franceses, no es patrimonio de los nuestros. Poseyéndolo se llega inmediatamente a la elegancia, porque ésta consiste, como decía alguien, en no desentonar nunca. Que cada uno beba en su vaso, por pequeño que sea. Y que cada uno sepa acordar su canto con su instrumento, por humildes que ambos sean. La flauta primitiva del pastor y su canción de tres notas, puede encerrar tanta armonía y belleza como el complicado instrumento musical de Pratella.

Pocos se conforman con limitarse y menos con la disciplina del estudio. Los efectos son flagrantes en las obras dadas a las prensas por quienes las publican bajo la presión de urgencia. Raquel Adler, lleva publicados tres libros y cada uno de ellos marca una pequeña superación. Si la impaciencia de la autora por publicar fuese menos violenta y esa su inquietud espiritual que se complace en revelar, la desviara hacia la necesaria maceración de la forma y a poner un poco de orden en sus medios expresivos arquitectónicos, Raquel Adler podría avanzar a pasos más rápidos que los marcados por sus obras hasta la fecha.

Así desaparecería la oscuridad de que adolecen sus composiciones, la dureza del verso, la pobreza del léxico.

Raquel Adler es joven y bella. Esto es un grave inconveniente para su arte, pues no todos querrán ser francos con la escritora por tal de alcanzar una sonrisa de la mujer.

Nosotros, a riesgo de ensombrecer su rostro, le damos una opinión sincera, porque pensamos tiene elementos, en su firme voluntad y en su femenino temperamento, para corregirse y entrar en lucha hecha de más sólidas y poderosas armas. Su misma juventud debe darle, sofrenando su impaciencia, la seguridad de que dispone de tiempo para entrar en el camino de la perfección.

E. SUÁREZ CALIMANO

D. ANTONIO COLBACCHINI

Misionero Salesiano: *F. Bororós Orientali "Oranimugudoge" del Matto Grosso (Brasilé)*. Torino, 1926. XII + 251 (1) + (210) (2) págs.

HEMOS sentido una verdadera alegría al conocer la importante obra, brillantemente presentada e ilustrada, que ofrece la labor paciente e infatigable de un misionero salesiano. Existen ya otras publicaciones de la misma índole, debidas a las investigaciones de otros religiosos de la misma congregación que se refieren a la Patagonia y la Tierra del Fuego. A la notable falange de los PP. Beauvoir, Cojazzi, Carbajal, Agostini, etc., etc., apreciados por la etnografía argentina, agrégase ahora el nombre del misionero Colbacchini que nos informa respecto a la vida física y moral de un pueblo apenas conocido del Matto Grosso: los indios bororó. Desde que el eminente explorador alemán Dr. Carlos von den Steinen estudiara, por vez primera bajo puntos de vista científicos, aquellos aborígenes que a su vez representan uno de los escalones más bajos de la escala cultural humana, nadie ha podido ocuparse de ellos. He ahora la gran obra de Colbacchini, destinada a aclarar cual relámpago la vida de nuestros amigos, destinados por una cruel suerte a perder todo lo que los hizo interesante para el estudioso de la raza blanca.

Claro está que con iglesias, sacerdotes y el culto de la religión cristiana, bien pronto quedará destruída la vida propia de un pueblo primitivo; pero nadie podrá luchar contra las leyes de un transfor-

mismo que parece inevitable. Debe, pues, apreciarse tanto más la obra de uno de aquellos conquistadores espirituales que al destruir, irremediamente, la cultura propia de los indios, no ha tardado ni un momento para salvarla, en moldes de letras y estampas, para el porvenir. Esto es lo que representa el gran valor del libro que acaba de aparecer.

De las cinco partes que lo componen, la primera está destinada íntegramente a la etnografía en sentido general, como ser: divisiones de la tribu, matrimonio, vestidos, adornos, alimentos, armas, caza, pesca, creencias religiosas, costumbres sociales y políticas, muerte y sepultura; hay también un capítulo dedicado a detalles físico y psicológicos, p. e. memoria, temperamento, tratamiento del enemigo, sentido estético, etc., todo con buenas ilustraciones a veces en colores. La parte segunda, sumamente interesante, está destinada exclusivamente a la mitología, materia poco apreciada actualmente en la Argentina pero de gran importancia. Destácanse ante todo los mitos del sol y luna considerados como hermanos mayor y menor respectivamente, ecuación que incorpora a los bororós, como era de suponer, en la gran corriente mitológica que corresponde al Este de Sudamérica y termina en el territorio argentino del Río Negro donde hemos apuntado, de boca del último indio puelche, un mito análogo.

No menos interesantes son las fábulas donde desempeñan su rol los representantes de la fauna brasileña. Ofrecen muchos motivos "etiológicos", quiere decir que explican ciertas peculiaridades de animales y plantas que llaman la atención del hombre primitivo, por medio de un acontecimiento mitológico (la voz áspera del loro, p. e., es debida a la circunstancia de haberse tragado un niño la fruta caliente del mangabero; desesperado de escupirla fué trocado en loro que sigue gritando kra, kra, kra). La tercera parte ofrece un estudio gramatical muy amplio del idioma bororó, completado en la parte IV por la reproducción de los textos originales cuya versión italiana ya fué comunicada en la parte segunda. La quinta y última al fin contiene los textos originales de los cantos religiosos con su correspondiente versión. Lo que falta todavía es el vocabulario, prometido ya por un nuevo libro de pronta aparición, del cual se ocupará el eminente filólogo profesor Alfredo Trombetti.

Deseamos que la benemérita labor del padre Colbacchini encuentre también en Sud América el aprecio del cual se ha hecho acreedor el estudioso misionero salesiano y la congregación que ha editado su libro.

R. LEHMANN NITSCHKE

ANTOLOGIA DE LA POESIA ARGENTINA MODERNA

Ordenada por JULIO NOÉ. Edición de "Nosotros". Buenos Aires 1926.

No recordamos en qué página de las *Conversaciones* Goethe recomienda no leer a los contemporáneos. El gran celoso de su serenidad espiritual que fué Goethe encontraba ésto inútil, intranquilizador y peligroso. Nuestro tiempo está demasiado cerca de nosotros para que podamos ver a la perfección las fuerzas que lo mueven y juzgarlo con entera imparcialidad. Hay ideas que están en el ambiente y son patrimonio común, problemas que arrastran el interés general, cierto grado de temperatura espiritual tan propio del que ejecuta como del que analiza, formas de sentimiento y de expresión de las que toda la humanidad está enamorada momentáneamente, palabras en boga. Emerson, por su parte, opinaba lo mismo: tenía en cuenta los entretelones de la popularidad, el prestigio merecido o no que otorgan los grandes diarios, la opinión general que tiraniza y nubla la visión del crítico, la buena fe del público, la mala fe de los colegas, el elogio desmesurado de los amigos y de los deudores, la censura violenta de los enemigos y de los envidiosos. ¿Cómo permanecer sereno en medio de este gran torbellino? El tiempo, que es el gran justiciero, suele hundir en su indiferencia nombres que una hora llenaron el mundo y levantar otros que fueron desconocidos o negados. Y lo que el tiempo ha respetado y engrandecido, indudablemente, es una lección eterna de sabiduría y de buen gusto.

Vienen a nuestra memoria los pensamientos de Goethe y de Emerson al recorrer las páginas de esta *Antología*. Julio Noé ha reflejado aquí el movimiento poético del cuarto de siglo que acaba de pasar. Su labor ha sido tan desinteresada como dificultosa. El propósito que le ha guiado a ejecutarla, el de fijar nuestra actualidad poética, ha sido el escollo insalvado e insalvable. Casi todos los poetas que figuran en las seiscientas páginas del volumen viven y trabajan aún y tratándose de un gremio tan susceptible y descontentadizo como es el de los poetas, en el apremio de poner a uno había que ponerlos a todos. Así, pues, están todos, regulares y malos.

Porque Julio Noé titula *Antología* a su trabajo y hay en él muchas páginas que no caen en el verdadero sentido de la palabra: abundan las piezas que no son dignas de antología ni mucho menos. No se pueden pedir maravillas donde todo el mundo sabe que escasean, pero eso no justifica lo malo y lo malo no está bien, ni aún por ironía, donde por principio todo ha de ser bueno. Una revisión depuradora, una *antología* de la obra hecha por el propio autor, a buen seguro que

reduciría considerablemente su extensión y borraría del índice a más de uno de los poetas que figuran.

En realidad la obra es una serie de antologías. El autor hizo una de cada poeta — son ochenta y ocho los representados — con el visto bueno de los mismos. Esta elección por separado hecha según el gusto del autor y del poeta tiene sus peligros: se elige la composición más bella, la que más conmueve, en último recurso la menos mala. Aparte de la razón de gusto personal, que es la más y la menos convincente de las razones, existe el hecho de que la composición que más gusta puede en ocasiones no ser lo más representativo de la obra de su autor, lo que integralmente no revele mejor su espíritu y una antología es obra para el futuro en la que el poeta ha de estar visible en toda la potencia de su talento.

En el trabajo de Julio Noé hay poetas que no lo están. Ejemplo: el mismo Lugones, que es el más ampliamente considerado. Lo que hay aquí de Lugones es su habilidad descriptiva, su facilidad de rimador, su modernismo. Su fuerza, que vale en nuestra opinión tanto como todo lo señalado, queda afuera, porque *Las montañas del oro* apareció en 1897 y el año aquel perteneció al siglo pasado.

¿Por qué tanto hermetismo en la elección del tiempo? Partiendo de 1900 resulta que el movimiento actual viene a ser un problema nuevo, libre, sin relación alguna con la obra vieja. ¿Es que la poesía actual estará tan lejos del siglo anterior como lo pretende? ¿No le deberá nada?

En este libro que tiene tantas páginas perdidas hubiera sido fácil presentar la pregunta y la respuesta. En los últimos años del siglo pasado se produjeron obras bellas y fuertes, conciliadoras entre la vieja sensibilidad romántica y esta que la gente se empeña en llamar sensibilidad nueva que a alguna parte ha de ir, pero que nadie sabe todavía adónde. El problema, tan interesante, quedó a un lado. Es lástima, porque de esa manera se tendría el testimonio de cómo en nuestro país murió el siglo XIX y cómo nació este siglo XX que está en pañales. Se hubiera caído en la historia literaria, es cierto; pero eso no restaba a la obra de Julio Noé valor de Antología.

Dijimos al empezar que aquí figuraban todos: buenos, regulares y malos. Para evitar confusiones sin duda — porque puede darse la pícara casualidad de que alguna composición de alguno de los malos sea o parezca ser mejor que todas las de los buenos — el autor ha echado mano al recurso de asignar a cada poeta un número de páginas de acuerdo con su valía. Así, Lugones tiene 54, Banchs 18, Capdevila 17, Fernández Moreno 17, Arrieta 11, Alfonsina Storni 9. (La línea que separa a los buenos de los regulares estará en el 11, en el 10 o en el 9?).

Esta manera de hacer resaltar a *sus poetas* no nos satisface del todo. La primera parte, dedicada enteramente a Lugones, nos da un poeta monumental a cuyo lado todos los demás son unos viles patanes. El recurso se nos antoja pobre: un poeta de verdad se impone con un solo verso.

De todas maneras aquí hay un cuarto de siglo de poesía. (¿De poesía?). La visión de este cuarto de siglo queda fijada. Cerramos el libro y pensamos:

—Muchos esfuerzos personales, mucha valentía, mucha buena intención; pero ¡qué falta de orden, de elevación, de más allá, de pensamiento alto! Los grandes problemas del espíritu, las grandes inquietudes, el amor verdadero, el dolor verdadero, ¿dónde están? El poeta que tenga la inquietud eterna, la sed insaciable de belleza, el poeta que sienta en sí el fuego sagrado de que la época se ríe, ¿está o no está?

Acaso está y es muy posible que Julio Noé no haya puesto a su disposición más de 9 páginas.

M. LÓPEZ PALMERO

DON SEGUNDO SOMBRA

Por RICARDO GUIRALES. Editorial Proa.

EL gaucho habrá sido o no lo que la crónica y la leyenda nos han transmitido como la expresión de una entidad social histórica; habrá sido o no una rémora para el progreso y la civilización argentina; sus condiciones negativas de adaptación al medio y su resistencia a toda transformación habrán contribuido, si ello es verdad, a su desalojo y extinción; pero es un hecho innegable, cierto, incontrovertible, que el gaucho vive en el alma argentina como el genio representativo de la tradición y del nacionalismo.

El génesis de nuestra literatura, que se tipifica en las formas rudimentarias de Hidalgo, para concretarse en una concepción más elevada en Ascasubi, y perfeccionarse en la estética superior de Hernández, nos revela que el gaucho ha sido un factor cultural trascendente en los distintos órdenes que caracterizan toda civilidad, ya sean ellos la organización democrática, el régimen económico o la estructura jurídica que rigen el cuerpo social. Los gauchos han hecho todo eso y más que eso en el proceso de nuestra civilización y cultura, pero nuestra bibliografía que no es, por desgracia, abundante en el análisis de la influencia decisiva que este tipo ha desarrollado en el amplio campo de su actividad, nos lo presenta siempre como el genio de la

rebelión — que es la reacción contra toda tentativa represiva de la libertad — o como la expresión gráfica de la indolencia, o como elemento retrógrado a toda idea de mejoramiento social. Pero opuesto a esa concepción del gaucho, arbitraria y falsa, y rompiendo el prejuicio secular que pesa sobre él, los nuevos escritores, explotando el rico filón de su psicología, realizan en el presente la obra justa de su reivindicación. Don Ricardo Güiraldes entre ellos, acaba de lanzar a la circulación un interesante trabajo literario que ha de obtener, si nos atenemos a su rápido y rotundo éxito, una extraordinaria ponderación en la bibliografía gauchesca.

“Don Segundo Sombra” se incorpora, con su vigorosa figura, al gran cuadro agreste de nuestras costumbres, en que posan su actitud atractiva y simpática, los predecesores en la leyenda: Santos Vega y Martín Fierro.

Profundo conocedor del ambiente, con el que parece identificarse; observador penetrante y sagaz de la sutileza espiritual del gaucho, cuya idiosincrasia se mantiene llena de sugerencias para quien con él convive, el señor Güiraldes compendia en los capítulos de su libro la vida episódica de una de las más características actividades del hombre de campo: el resero. Para quien conozca en su cruda realidad lo que esto significa y analice los particularísimos aspectos que el desenvolvimiento de esta labor presenta, hallará en la descripción y en el relato una elocuencia difícil de superar, por el realismo sencillo y parco, por la expresión justa, por la certeza del detalle en que el autor desliza su emotividad, con el tono armónico de su ritmo interior, tan personal como espontáneo.

La pulpería, el arreo, la riña de gallos, las carreras, la fiesta de navidad que constituyen los capítulos salientes de la objetividad en que accionan con amplia libertad los distintos tipos advertidos en el conjunto de la vida común de la campaña, son cuadros clásicos en la pintura de nuestras costumbres, pero hasta ahora faltaba quien,virtiéndolos al lenguaje corriente y comprensivo, nos hiciera vivirlos en la atmósfera de un realismo que, si bien tiene crudezas insospechadas, penetra en la comprensión, recta y profundamente.

El arte de este escritor consiste precisamente en la absorción total que realiza sobre la atención del lector, y es oportuno señalar aquí el fenómeno reiterado de que la lectura de su libro se vivifica de una vez, como si sus páginas nos infiltraran una avidez insaciable por insumir su frescura, que altera la cálida sugerencia de un episodio dramático o la vivacidad espiritual y ágil del diálogo bien trabado.

La metáfora, bien concebida en el realismo, es novedosa y de una graficidad sin esfuerzo, como cuando dice: “Me cayó la noche encima como una parva sobre un chingolo”.

Sin que pueda apuntarse como un defecto capital, la frase inusitada y cruda, fácilmente reemplazable por el eufemismo retórico, se desliza sin necesaria presencia, así como alguno que otro error de detalle en la ubicación de las vísceras de un ovino, o en la forma en que se quiebra un animal enlazado.

Por lo demás, el libro del señor Güiraldes aparece en oportunísimo momento. Un difundido órgano de publicidad realiza en estos días una interesante encuesta sobre la personalidad del gaucho. Al interrogante, abierto en síntesis, responden los escritores de más densidad en el presente, y al advertir la anarquía de opiniones vertidas a ese respecto, “Don Segundo Sombra” podrá darles la espalda, dejándolos en el cartel, en la misma actitud en que sume a su ahijado cuando el numen de la libertad lo lleva hacia la eterna ambulación.

Para comprender al gaucho, hay que sentirse gaucho; condición social que es infinitamente superior por su hidalguía, por su generosidad, por su elevación y entereza moral a la de los que blasonan una cultura que les impide, por sensualidad e inconfesable egoísmo, hacer una gauchada. Y la gauchada tiene entre nosotros una acepción de hombría, de servicialidad y de valor personal igualable, pero no siempre superado. Lo que otros hagan lo hará también uno de los nuestros con menos elementos y con más decisión, siempre que en el fondo de su espíritu se mantenga latente eso que, sin precisarse de una manera concreta, constituye la modalidad del gaucho; vale decir, el atributo esencial del argentino.

J. G. FIGUEROA BALCARCE

VIDA Y OBRAS DE ANGEL GANIVET

Por MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO. Editorial Sempere. Valencia

EN la literatura y, en general, en toda la cultura española, falta aún la rigurosa valoración, la ordenación crítica de personas y obras que destaque cada perfil, exactamente recortado, en el puesto justo. La personalidad eminente se impone siempre, más o menos, por sus méritos propios. Pero cuando su nombre resuena en muchedumbres incultas, sin directores suficientes en número y dotados de autoridad y capacidad crítica, sus verdaderas excelencias no son apreciadas, y para justificar el renombre se imagina ótras de acuerdo con las inclinaciones de la masa. Para la Edad Media, Virgilio fué un nigromante; para el vulgo, Quevedo es un burlón soez. La gloria cervantina la explica la gente iletrada, y aun muchos que presumen de letrados, por muchas razones, todas ajenas a las legí-

timas: Por un cúmulo de conocimientos arcanos en Cervantes, trabajosamente sacados a luz por eruditos maniáticos, cuando aún no había un libro válido de interpretación del *Quijote*; por supuestas maravillas de estilo, que se ejemplifican con los pasajes más artificiosos y menos cervantinos, a veces con los *pastiches* arcaizantes del texto; por mil extrañas imaginaciones en torno a Cervantes y su héroe, todo laboriosamente estudiado, mientras, repito, faltaba el más elemental ensayo de crítica estética y psicológica, la monografía que tiene en Francia cualquier escritor de cuarto o quinto orden.

Que Gabinet había llegado a convertirse también en un mito, lo sospechábamos después de lecturas demasiado atentas, y el libro de Fernández Almagro viene ahora a corroborárnoslo. No se vea en esta afirmación menosprecio hacia el nervioso original ensayista granadino, sino la comprobación de que circula una imagen cuya poquísimo conforme con su figura real. En este caso, a la causa general de toda mítica transfiguración, que tratándose de hombres de pluma es no leerlos o leerlos sin la cultura y virtud crítica suficientes, se agregan otras especiales. La principal es la obsesión del problema nacional, agudizada en España en la época en que se forja el renombre de Gabinet, y la creencia, por el simplismo dogmático natural del pueblo, que este o aquel hombre predestinado posee la solución, hecha y perfecta. Acaso también admiraciones demasiado fervorosas, como la de Navarro Ledesma, que se convirtió en oficiante de su culto, han contribuido a mantener ante el escritor y sus obras una nube de incienso tras la cual no se veía claro. De lo borroso e infiel de la común efigie ganivetiana atestigua un suceso no muy lejano, el acto de protesta contra el Directorio en que se convirtió una ceremonia conmemorativa de Gabinet celebrada en Madrid. Cualquier oportunidad es buena para protestar contra un régimen basado en la supresión de los derechos primordiales del hombre civil. Pero no era la mejor, sin duda, aquella en que se honraba la memoria del escritor cuyo sistema de gobierno sintetiza así Fernández Almagro (pág. 128): "... esencialmente conservador: autoritario en cuanto a las relaciones del ciudadano y del Estado; capitalista, respecto a la servidumbre del trabajador". (Véase también los fragmentos del *Epistolario* transcriptos en las págs. 117 y 118).

Analizando hábilmente la vida, los escritos, las ideas de Gabinet; apuntando las fuentes probables de las últimas, Fernández Almagro ha preparado más que otro alguno la valoración final del autor de *Granada la Bella*. No es su libro el definitivo, como él mismo confiesa con simpática modestia, y para serlo le falta ante todo un intento de reconstrucción y estimación total del escritor, la síntesis de sus ciertos análisis. Abundan en él los puntos de vista nuevos y sugestivos,

vos, y no faltan digresiones oportunas destinadas a situar a Gabinet en su tiempo y su escenario, para establecer su posición relativa; en algunos de estos *excursus*, desarrollados con información segura y amplia, y personal criterio, hay páginas muy felices. Y todo el libro, excelente, es uno de los más agudos y vivaces entre los que hayamos leído últimamente en español. — F. R.

A PROPOSITO DE "TIERRA FRAGOSA"

Tucumán, mayo 28 de 1926.

Sr. Julio V. González. — Buenos Aires.

De mi mayor consideración:

DEBO a su prosa ágil y fuerte, el bien de haber vivido con el fondo del alma la vida de La Rioja, que mi condición de norteño me hacía ya presentir. Es que Vd. ha sabido superar dos formas viciosas de la prosa a que estamos tan acostumbrados: el objetivismo sin alma, que se ha dado en llamar realismo, y el subjetivismo sin cuerpo que se debate en el vacío. Alma y cuerpo tiene su prosa, como la realidad, y por eso es ella en verdad realista.

Su libro quedará como uno de los documentos mejores de la vida provinciana actual en el interior del país, tan rica de carácter y de tradición y tan interesante en este momento patético de su historia, en que una civilización nace y desaparecen los vestigios aún vivientes de otra. Lo que se ha dado en llamar nacionalismo, encontrará en su obra substancia generosa de que nutrirse.

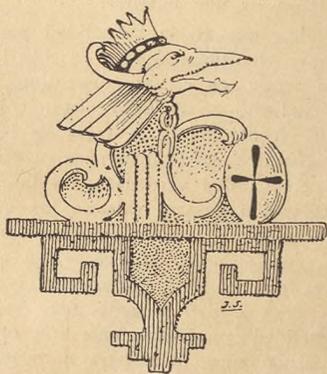
He dicho una palabra que en la actualidad parece suscitar vitales problemas, a juzgar por el último número de SAGITARIO: la palabra nacionalismo. En mi sentir, en el caso argentino, a pesar de algunas desviaciones, el nacionalismo no es un egoísmo colectivo que aspira a construir una muralla fronteriza, ni se trata de hacer revivir la vida colonial o española. Nuestro nacionalismo no es otra cosa que el sano afán de tener una personalidad verdadera. La imitación a otras colectividades, de que ha vivido nuestro país en las últimas décadas, a la que tanto debe, ha tenido el inconveniente de darle una personalidad superficial, insegura, fluida, incapáz de crear, de poner su sello en su obra, como lo quiere una cultura. Porque la creación es función de las entrañas; no se crea verdaderamente sino en el fondo del alma. Debajo de la personalidad superficial, vive aún otra profunda, que se pone en evidencia cuando suena a nuestra vera un aire nacional. Allí

está presente el pasado secular, como lo está debajo de las tierras de aluvión en las formas arquitectónicas y escultóricas en que, en la piedra, se expresó una civilización. Sería ello sacrílego e inconveniente. La tierra y los siglos nos devuelven tronchadas las columnas, sin brazos los torsos, sin cabeza los cuerpos, carcomidas las superficies, estropeadas las formas. No vuelven estas a la luz para deleite de los sentidos. Vuelven para ser recuerdo, evocación, espiritualidad. Así también (dicha) personalidad profunda. Emerge ella a la luz de la conciencia no para la vida de los sentidos sino para ser música, canto, obra de arte, evocación, vida espiritual. No pretendemos hacer revivir formas caducas, no queremos vivir nuevamente la vida gauchesca, colonial o española. Queremos crear otras formas, crear con las entrañas, que es verdadero crear. Lo que fué no es sino una pequeña parte de lo que pudo ser, una de las innumerables promesas de la semilla, que el azar permitió que se realizara, quizás la más mezquina de todas. Queremos, en una palabra, que se cumpla en nosotros la mejor promesa de nuestra simiente, queremos poner nuestro sello en nuestra obra, queremos tener una verdadera personalidad, ser patria de una verdadera cultura.

Tal nuestro nacionalismo. A la luz de éste, su libro adquiere un sentido profundo, que me complace en señalar.

Con mi mayor aprecio.

ALBERTO ROUGES



GREGORIO MARAÑÓN

CeDInCI



Universidad y Pensamiento

La cuestión social

EL atentado cometido en la persona del profesor Jiménez de Asúa, ilustre penalista español, y del Dr. Marañón, famoso médico y hombre de ciencia, por el gobierno de Primo de Rivera y la escasa o ninguna protesta de las universidades, ha planteado un problema que no puede ser eludido por los que anhelan el respeto a la personalidad y consideran que la universidad no puede ser una dependencia absoluta de los poderes gubernativos al extremo de convertirse en un simple canasto de notas. Dejar pasar en silencio el atropello a un profesor que considera incompatible la función de catedrático con la sujeción a un poder arbitrario y tiránico, implica solidarizarse con quien coarta la libertad de pensamiento y de expresión. Acontecimiento tal en la universidad significa que el profesor que investiga no puede exponer al alumnado el resultado de sus trabajos, ni el filósofo sus teorías: uno y otro esperarían que se les indique o verifique por parte de quienes están en un plano mental inferior lo que han de exponer desde la tribuna universitaria. Sincrónicamente ello supone un profesorado sin ideas y sin luces propias que obra por inspiración de los directores de la política y de la banca, a

los cuales ha de rendir fiel pleitesía. Circunstancia esta realmente grave no debe ser silenciada, sobre todo porque asume contornos de verdadera sistematización.

El atentado a los profesores que no se ajustan a cierto canon de misoneísmo dominante es más frecuente de lo que parece. No siempre reviste los contornos asumidos por el caso de Jiménez de Asúa y otros, donde un tirano invade sin restricciones de ninguna especie el campo que está vedado a su ignorancia, pero la guerra sorda y tenaz a los profesores que no comulgan con las ideas o intereses dominantes, siempre inmediatos, va en perjuicio directo de la expansión de la cultura y del pensamiento. Y esto ocurre de antiguo. Notoria es la tiranía que sobre el pensamiento del profesorado ejercía en Francia Victor Cousin en concomitancia con las viejas ideas políticas y religiosas que detentaban el poder social. Es la consecuencia del divorcio que los poderes quieren establecer entre universidad y pensamiento.

El concepto alentado por la casta gobernante, que considera al profesor como una máquina que devuelve un acervo de conocimientos que previamente ha recibido, no debiera persistir un solo instante si el temor a la pérdida de prebendas, adquiridas con una condenable sumisión cortesana, no inhibiese las manifestaciones más nobles de los hombres que creen poseer el tesoro cultural de la nación. No olvidemos, sin embargo, que es la consecuencia del sistema. No preocupa a la universidad plasmar «hombres», como expresa Giner de los Ríos, sino formar eruditos. No saldrán de sus aulas, que a propósito se mantienen oscuras y frías, criaturas de pensamiento audaz y aptas para vibrar al conjuro del espectáculo desbordante de la vida en sus manifestaciones más variadas: saldrán razonadores chatos, cuidadores de la conservadora diosa razón, que nunca prohija las veleidades del pensamiento, cuyas alas de sería envergadura aspira cortar para que su vuelo sea «cobarde y rastrero». Si acaso algun indivi-

duo resulta rebelde a moldeamiento tal y quiere someter al contralor viviente de la lógica la razón de ser de instituciones perniciosas y absurdas, puede estar seguro de que su reino no será de la universidad; quedará al margen, porque solo fuera de ella le será posible acentuar vigorosamente los rasgos propios que lo distinguan. El poder oficial no permite la permanencia en su claustro del «hombre». El «hombre» es lo que no se puede soportar, ha dicho Unanuno, y el inquieto pensador fue alejado a causa de su ~~At~~ecia individualidad; lo que no se tolera es el «hombre» que pone en duda la estabilidad de las instituciones vigentes y que de seguida del análisis las ataca porque ha descubierto que son el pedestal de una minoría detentadora de la riqueza colectiva y obstáculo seguro del progreso social, ya que progreso social efectivo es el derecho de todos a disfrutar del producto de su trabajo.

Unamuno, Jiménez de Asúa en la España actual... Poco cuesta evidenciar el divorcio, ya apuntado, entre universidad y pensamiento. Por eso Schopenhauer, que no fué, como se pretende ahora con Unanuno, un malhumorado, atacó rudamente a las universidades alemanas. Por eso Comte tuvo que ganarse la vida en modestas lecciones de matemáticas... Por eso el filósofo renovador de la ciencia social y de la historia, Carlos Marx, a pesar de haberse preparado para la cátedra vivió siempre al margen de las universidades, y hasta de su patria, porque no se toleraba la vivisección que hizo de las sagradas instituciones.

Verdad es que estamos en el siglo XX y que muchos años han transcurrido desde los hechos que apuntamos. La historia se repite. Cierto, igualmente, que hemos traspuesto los siglos XVIII y XIX, tan fecundos en progresos de todo orden; y erraríamos, no obstante, si quisiéramos pretender, como imperativo, que no se avasalle lo que menos debe ser avasallado: el pensamiento, la expresión

de las ideas. Bien sabemos que tal aspiración no será realidad hasta que algunas metamorfosis sociales profundas acontezcan. Que será así lo revela plenamente la misma posición de los decanos y sectores de las universidades y facultades de países «democráticos», como el nuestro, que si todos los días hablan de libertad de pensamiento, no osan emitir una débil protesta cuando ella es coartada brutalmente. Lo corrobora también la equívoca pasividad universitaria frente a la invasión de la espada y de la estulticia. ¿Libertad de pensamiento? Si, se entiende la libertad de pensar y hablar dentro de las conveniencias de la clase capitalista y justificando sus depredaciones; ir más allá es adentrarse en lo que la burguesía no permite que se toque. «La burguesía impide a sus economistas, filósofos, moralistas, historiadores, sociólogos y políticos el estudio imparcial del problema social, dice Lafargue, y los condena a buscar razones que puedan servir de justificación a su fenomenal fortuna».

Evidénciase de tal suerte la aseveración de que la universidad no sólo dista mucho de ser la que gesta o anuncia las renovaciones más fecundas en la ciencia o en la vida, sino que ni siquiera alguna vez, como por casualidad o error, se apareja a ambas: marcha a la zaga. ¿Y puede acontecer de otro modo si sus hombres no se rebelan contra la pretensión desoladora de los gobernantes empeñados en sofocar la autonomía científica y filosófica? Y al adoptar la posición crítica hay que observar que la burguesía no puede mantener un profesorado que someta al contralor viviente de la lógica la razón de ser de instituciones vetustas, perpetuadas para beneficio de una casta explotadora, pero sin justificación ante la economía y la filosofía que no sean expresión del interés de esa misma casta; es decir, ante la economía y la filosofía que realmente pueden considerarse como tales porque se vinculan al interés de la mayoría social de los productores, constituida por el proletariado, y se afirman como la ex-

presión de sus necesidades, de sus luchas y de su misión histórica. Por eso se puede decir de los profesores gratos a la burguesía lo que el recordado Giner de los Ríos: «para ellos tienen más importancia las crisis de la filatelia que las convulsiones de la humanidad».

Los intelectuales de temple revolucionario, que no temen bucear la cuestión social, son los llamados ha undir sin escrúpulos el escalpelo y fustigar la pasividad universitaria. Si las autoridades universitarias no condenan decididamente el atropello que sufre un profesor que no se supepedita por entero a imposiciones vergonzantes; si las puertas de la universidad no están abiertas a todas las ideas que las abonan argumentos coherentes (no importa que algunas puedan ser discutibles), ¿dónde queda el espíritu de investigación y de crítica que debe ir aparejado a la enseñanza? Los estudiantes no pueden tolerar, sin menoscabo propio, que en la universidad se ignore la cuestión social o sólo se conozca a través del criterio de un profesor que piensa con la cabeza del banquero. El caso que se planteó el año 1924 en la Facultad de Derecho de Buenos Aires a propósito de la ley de jubilaciones, cuando los estudiantes querían conocer tres pensamientos distintos, que podríamos llamar derecha, centro e izquierda, es elocuentísimo y tendrá que ser recordado más de una vez. Los estudiantes no lograron su propósito y la cuestión no adquirió mayor trascendencia porque su discusión se redujo a las esferas universitarias. No procedieron los estudiantes con la firmeza y decisión requerida, llevándola al debate público e interesando al proletariado, dispuesto a secundar esas acciones, con el que tendrán que mancomunarse más de una vez si no desean ver frustradas una tras otra las reformas universitarias que comporten una discriminación, por mínima que sea, para los «principios» de la casta gobernante.

Es que el problema de la cultura, deben meditarlo los estudiantes que de verdad aspiran realizar obra revolucio-

na, no puede desvincularse del problema social siempre antecedente. Y comprenderlo es perder toda ilusión engañadora, alimentada por una falsa perspectiva del problema, y adoptar de inmediato una actitud congruente con la tremenda lucha del proletariado, so pena de ser un histrión en medio del combate prometeico.

M. PUNYET ALBERTI

El Clero Católico contra la Constitución Mejicana

EN los diarios del día 1° de agosto se publica una protesta del Cabildo Eclesiástico Metropolitano de Buenos Aires contra la actitud del gobierno de Méjico, empeñado en hacer cumplir la Constitución de su país que reglamenta las cultos religiosos.

Lo primero que se nos ocurre es observar que la oportunidad de la protesta fué el momento de elaborarse, y aún, el de promulgarse la Constitución mejicana. Ahora, la actitud del clero mejicano constituye una subversión o rebelión contra la voluntad nacional expresada institucionalmente por su órgano legítimo.

El manifiesto del Cabildo Eclesiástico no reclama de ningún acto realizado arbitrariamente por el Ejecutivo mejicano, sino de «las imposiciones siniestras disfrazadas de leyes y de orden gubernamental». Su protesta es, pues, contra el régimen constitucional de Méjico y significa un acto de hostilidad cuasi oficial que el pueblo y el gobierno argentinos no pueden dejar pasar en silencio.

El clero católico de Méjico quiere hacer política: el gobierno no tolera sacerdotes políticos y subversivos. Eso es todo.

La juventud argentina sabe muy bien que el clericalismo es un régimen de fuerzas morales, intelectuales y económicas disciplinadas para impedir todo progreso ver-

dadero, oscureciendo, domesticando y amedrentando el espíritu del pueblo con el objeto de mantenerlo en la abyección de anacrónicas servidumbres y no debe permanecer indiferente si aspira a ser leal consigo misma.

Méjico representa lo mejor del espíritu de América; su obra cultural orienta y estimula a la nueva generación latino-americana. Por eso, tendría el derecho de enrostrarle su apatía como una traición.

El Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires exhorta a todos los católicos y reaccionarios a que desacrediten al gobierno mejicano y protesten contra la energía y honradez que pone en el cumplimiento de sus deberes. A la juventud le toca responder: tiene la palabra.

Un aspecto nuevo del futurismo

EN verdad que de los varios manifiestos futuristas que conocíamos a la conferencia que nos dió Marinetti en el Teatro Argentino y las que dijo, días antes, en nuestra capital nacional, hay un paso más grande que cualquiera de los que daba Pulgarcito después de haberse puesto las botas. Paso, indudablemente, hábil, porque el futurismo ganará así muchos adeptos.

Marinetti se nos ha presentado todo untado de óleo y con sus garras enguantadas. Al menos, no nos ha *arañado* (1), con los escritos y cuadros clásicos de aquella veloz vertiginosa belleza de sus primeros ímpetus. Es tanta la diferencia qué uno no sabe si pensar que los guantes tapan las garras o sólo el recuerdo de éstas, desgastadas en su afiebrado, heroico rasgar en las grandes telas y estatuas del pasado. Lo cierto es que esos viejos trapos y mazacotes viven todavía, lozanos, según la admiración que

(1) Alusión al empleo de este verbo en el primer manifiesto futurista.

por ellos comienza a manifestar el gran revolucionario. Nosotros habíamoslo entendido mal, pues, él nos declara ahora que el Giotto, Miguel Angel, Leonardo, etc., (¿también Rafael?) son precursores, grandes maestros del futurismo; futuristas del pasado. La distinción que corresponde hacer es ésta: antes los futuristas eran raros y ahora son legión; antes, aparecían esporádicamente y desvinculados los unos de los otros, casi adversos, desdefiosos entre sí, y ahora en grupos organizados. Esto — hay que reconocerlo — tiene vago parecido con la glorificación del paso gimnástico en el primer manifiesto futurista.

Por otra parte, futuristas son todos aquellos que buscan la originalidad en el arte. El concepto es nuevo. Es manera generosa de amparar a todos los buenos artistas de lo presente y lo pasado. Todos los que tengan alguna originalidad son así, protegidos como futuristas. Criterio amplio, francamente plausible.

La gran evolución, ese gigantesco paso de que hablamos hace un momento, en la ruta artística de este futurismo, no excluye, por cierto, la unidad de su línea céntrica. Lo único que ha perdido es alguna tendencia accidental, revelada en aseveraciones más o menos secundarias, como estas: «Admirar un cuadro antiguo es verter nuestra sensibilidad en una urna funeraria, en lugar de lanzarla hacia adelante, con ademán violento de creación y acción». «¡Adelante los buenos incendiarios de dedos carbonizados! ¡Aquí! ¡Aquí! Quemad con el fuego de vuestros rayos las bibliotecas! Desviad el curso de los canales para purificar los sótanos de los museos, inundándolos! ¡Qué naden aquí y allá los lienzos gloriosos! ¡Mano a las piquetas y a los martillos! (1) etc., etc.

¡Cómo sonarían, relucientes, estas cosas dichas por él!

(1) Por lo demás, dichos manifiestos viven aún. El empresario de Marinetti, o sus entusiastas admiradores, los han distribuido profusamente con motivo de su conferencia.

Los que hemos tenido el placer de escucharlo, sabemos que es un manejador mágico de la palabra hablada. Su dicción y su música son admirables. En este sentido, es, fundamentalmente, un artista. Otro, sin la elasticidad mental y escenográfica de él, no hubiera podido presentar, con tanto colorido, obras tan diversas. Porque son dos dramas completamente diferentes el de la primera época y éste o, mejor aún, aquel era un drama y esto una comedia.

Algo ya lo había previsto él mismo: «¡Mano a las piquetas y a los martillos!... Los más viejos de nosotros tienen treinta años; tenemos pues, diez años, por lo menos, para llevar a cabo nuestra tarea. Cuando tengamos cuarenta, qué los más jóvenes y valerosos nos echen al cesto de los papeles, como manuscritos inútiles».

Ha pasado un poco más y aquella tétrica visión no se ha cumplido. Marinetti no ha ido, ni irá al cesto de los papeles inútiles. Tiene más genio de lo que entonces mostraba. Ha sabido evolucionar. Ha sabido dar un gran paso, conquistando para su futurismo, un triunfo más. Ahora el pasado le pertenece. Así como la Roma antigua romanizaba los pueblos que conquistaba, los cuales a las veces, terminaban por entregarse gustosos al nuevo gobierno (tal el triunfo de los más sabios y más eficaces) así grandes maestros de lo antiguo, así el Giotto, Miguel Angel, Leonardo, etc., se van enrolando — porque todavía se incorporarán muchos más, en el futurismo.

Así este arte futurista, que todavía detenta para sí el adjetivo, con orgullo rebosante, y que, en sus primeros pasos, olía algo a guerra próxima y militarismo germánico, prepara para su tumba — y le deseamos éxito — flores frescas — *e per sempre* — de la *rinascenza* italiana.

Así hemos escuchado, cantada con arte magistral, seductoramente, la palinodia.

Ahora deseamos que la palabra *futurista* consiga pronto ponerse en libertad, pero, completa.

La Plata, 1926.

MARCOS M. BLANCO.

Chocano el asesino de Elmore

EVIDENTEMENTE, no está todo perdido en el Perú. Todavía la sociedad peruana reacciona indignada, aún contra los deseos y la voluntad expresa de su tirano Leguía.

Nos sugiere esta reflexión el hecho de haber sido condenado el ex-poeta Chocano como asesino de Elmore, nuestro noble y malogrado amigo. Es verdad que la pena no pudo ser más leve, pero, aún así, comporta una sanción moral ilevantable que solo se explica en esos jueces cortezanos por la presión incontrastable del ambiente.

Sabemos que Chocano se ha dirigido a su compadre Lugones a fin de obtener que algunos intelectuales argentinos soliciten su indulto, que suponemos concedido por anticipado. Se trata de justificarlo, justificando al asesino. No nos extrañaría el éxito de tal gestión.

El buen Juez Magnaud

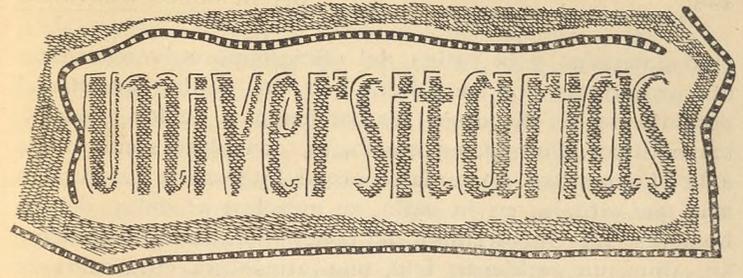
CON la sencillez y laconismo con que se dan las noticias vulgares, el telégrafo acaba de anunciarnos el fallecimiento de MAGNAUD, el buen Juez de Chateau Thierry.

La noticia no ha causado sensación. Llegó casi al mismo tiempo que la del fallecimiento de Rodolfo Valentino, que, por supuesto, monopolizó la atención de nuestro público.

No en balde afirma Keyserling que la civilización de nuestro tiempo tiene como arquetipo el chauffeur. Los héroes modernos no son ya los hombres representativos de Carlyle y de Emerson; ahora, para ser héroe, es indispensable ser «recordman».

Es probable que en el mundo entero haya pasado inadvertida la muerte de Magnaud, lo que implica que su vida ya no es considerada ejemplar y que su virtud no se cotiza hoy.

En efecto, MAGNAUD fué únicamente un hombre bueno.



Orientaciones Universitarias (1)

ANTES de entrar de lleno al desarrollo del tema objetivo de mi disertación de hoy, y ya que las circunstancias han querido que sea yo el primer estudiante que toma la palabra en esta aula, voy a solicitar licencia del señor catedrático para extenderme muy brevemente en ciertas consideraciones generales que expresan mi personal manera de sentir y entender la índole e importancia de esta nueva cátedra y que traducen, sobre todo, mi pensamiento y mi opinión acerca de la actitud que a mi juicio debe asumir la juventud que pasa por las aulas de la Facultad de Derecho, frente a esta nueva asignatura que va a iniciarnos en el fecundo estudio de las disciplinas sociológicas.

Ante todo debo manifestar que es con intensa satisfacción y regocijo, que compruebo hoy un hecho que adquiere para mí el significado de un verdadero acontecimiento. En efecto, por primera vez desde que curso estudios en esta Facultad, una cátedra y un catedrático me ofrecen la oportunidad de exponer ideas de un carácter tal que parecían destinadas a no ascender jamás hasta las aulas severas y augustas de una Facultad de Derecho; ideas que

(1) Discurso pronunciado por Oscar Cosco Montaldo en la Facultad de Derecho de Montevideo, al inaugurarse la cátedra de «Legislación Obrera y Previsión Social», a cargo del Dr. Emilio Frugoni.

el dogmatismo y la rutina del oficialismo universitario tenía proscriptas por considerar que no debían exceder el dominio de los discursos de barricada y de los manifiestos políticos. Porque, en efecto, se consideró siempre que a la Universidad no tenían porque interesarle los problemas que, afuera, en la calle, se mezclan al dolor de los hombres. La Universidad, así concebida, ha sido un cuerpo sin alma, un ambiente frío, una atmósfera enrarecida en la que los aristócratas del pensamiento han distraído sus ocios. De tal modo que, en nuestra Facultad, y perdónese la irreverencia — profesores y estudiantes han realizado un estudio académico del Derecho, y todo se ha limitado al trasiego constante de unos mismos principios, por añadidura viejos y caducos.

En una palabra; no ha sido una Facultad de Derecho, sino una Facultad de abogados y procuradores; no se ha realizado el estudio de la alta ciencia jurídica, sino el estudio de los códigos. Y el espíritu de las generaciones universitarias que por ella han pasado se ha conformado a imagen y semejanza de esa mezquina orientación profesionalista.

Desde que transpusimos los umbrales de la Facultad se nos quiso hacer creer que la Filosofía del Derecho podía y debía estudiarse en un libro que contenía un determinado número de páginas, y un determinado número de recetas, una para cada tema o para cada cuestión, que el estudiante debía repetir de memoria, acatando servilmente sus esquemáticas, simplistas y a menudo falsas conclusiones, inspiradas en una orientación marcadamente individualista, que se ponía de manifiesto al estudiar cuestiones tales como la propiedad de la tierra, los fines del Estado, etc.

Recuerdo que una de esas recetas — desnaturalizaba en tal forma el concepto verdadero de la misma que llegaba hasta el punto de considerarla como la expresión de una mezquina psicología materialista.

Más tarde realizamos el estudio de la parte de Derecho Civil correspondiente a las personas y las cosas, sin que el profesor de la materia estimase necesario plantear el interesantísimo problema de la propiedad, del punto de vista, no sólo jurídico, sino también sociológico y político. Y en tanto que nosotros seguimos manteniendo en nuestra Facultad el dogma de la propiedad sagrada del Derecho Romano, desconocemos, por ejemplo, que en México hace ya seis años que rige la ley llamada de las tierras ociosas, la cual introduce un nuevo concepto jurídico: el principio de que el «no uso» determina la extinción del dominio con los mismos efectos de la actual prescripción adquisitiva; teoría ésta que concuerda, por otra parte con el conceto de que la «propiedad es una obligación», sentado en la nueva constitución alemana.

De la misma manera, realizamos el estudio del curso de sucesiones sin abordar la cuestión de fondo de la herencia. Así también, en el curso de obligaciones, no se insistió bastante en el principio de la libertad e igualdad de los contratos, tanto más importante cuanto que es a través del mismo que aparece la situación de desigualdad creada entre el obrero y el capitalista, entre el empresario y el particular en lo que se refiere a la formación de los contratos, etc. Finalmente, en el curso de contratos no se dijo una sola palabra sobre los nuevos conceptos acerca del carácter de la sociedad conyugal y respecto a la situación jurídica y moral de la mujer en la sociedad actual. Exactamente lo misma ocurrió en la cátedra de Derecho Internacional Público, en la que no se ventilaron los nuevos problemas originados por la última gran guerra; materia viva sobre la que hubiese sido interesante realizar útiles investigaciones, reflexionado a la vez acerca de las nuevas orientaciones del Derecho Internacional y de la diplomacia.

Y bien; sin creer que esta cátedra pueda constituir remedio para tanto mal, ya que ella no puede invadir el

campo de las demás asignaturas, creo en cambio, firmemente, en la fecunda influencia indirecta que está llamada a ejercer en el espíritu de los universitarios, dada la índole de las cuestiones que estudia, o sea materias vivas que han de poner al estudiante más en contacto con ese cosmos palpitante de la realidad cotidiana.

Cada vez más va abriéndose camino en las propias Facultades de Derecho la tendencia que consiste en asignar a las ciencias sociales preponderancia sobre las ciencias jurídicas. En este sentido se han manifestado recientemente los consejeros estudiantiles de la Facultad de Derecho de Buenos Aires en un brillante alegato presentado a consideración del Consejo Directivo de la misma.

Tal vez esta orientación escandalice a nuestro oficialismo universitario, el cual teme, y con razón, que el contacto del estudiante con los nuevos problemas sociales, vivos y palpantes, contribuya a alejarlo cada vez más de sus viejas convicciones individualistas. Pero, para curar de espanto a los que aún militan en la reacción, me voy a permitir leer el texto de la circular enviada por el Decano de la Facultad de Derecho del estado mejicano de Yucatán a los profesores de la misma con motivo de reiniciar sus funciones bajo el nuevo régimen universitario:

« Al iniciar la Escuela de Jurisprudencia de Yucatán su nueva vida bajo el régimen universitario, ha creído de su deber esta dirección, hacer algunas indicaciones al honorable cuerpo de profesores, respecto a la finalidad y nuevas orientaciones que la Facultad debe perseguir al impartir a los estudiantes la enseñanza.

El fenómeno, netamente sociológico, de ser el Derecho una disciplina social y, por tanto, función del movimiento evolutivo que se advierte en el seno de las sociedades humanas, ha hecho que esta rama tan importante de los conocimientos humanos haya experimentado o esté por experimentar una transformación paralelamente con la que

se está verificando en el proceso de la civilización, determinada por el hecho innegable de la organización sindicalista del mundo. En este concepto, el Derecho que se estudie en la Facultad, para poder llenar su misión social debe tener en cuenta los derechos y obligaciones surgidos de este nuevo orden de cosas e informar sus enseñanzas en esas transformaciones de carácter social.

Estas transformaciones, que pueden sintetizarse en lo que llamaríamos la evolución del Derecho hacia el socialismo, dando nacimiento a un Derecho social, tienden cada día más a reemplazar en la doctrina, en la jurisprudencia, en los Códigos, en las disciplinas jurídicas, el concepto individualista del Derecho por el socialista, y es el sentir de esta dirección que la escuela, si ha de llenar su cometido, no puede mantenerse extraña a este fenómeno histórico.

El Derecho individualista ha cumplido ya su misión, de acuerdo con la ley compeana del desarrollo del conocimiento, y el fenómeno biológico de la evolución del Derecho al concepto socialista tiene que informar las enseñanzas que se impartan en la Facultad, a menos que, desdeñando la ineludible ley de la evolución de las instituciones sociales, negemos a la Facultad el derecho de renovarse, condenándola a perecer.

Si la escuela no pudiese enseñar ese derecho nuevo fruto de la evolución social, ni ser el laboratorio en que se prepare a las nuevas capacidades que reclama la actual organización del mundo, carecería de razón de ser y habría que suprimirla de las disciplinas universitarias.

Esta dirección entiende, en consecuencia, que los maestros de la Facultad tienen el deber ineludible de preparar a los alumnos para hacer frente a los problemas nuevos que la sociedad contemporánea está llamada a resolver, siendo el único medio de cumplir con aquella obligación el de fortalecer en el ánimo de esa juventud la idea de que, en pugna con el egoísmo estúpido que fué regla de

la civilización industrial que hizo crisis en la guerra europea, debemos alzar un concepto más humano, más generoso del Derecho, en consonancia con los signos que se advierten en los nuevos tiempos ».

Este notable documento asume verdadera trascendencia histórica, por cuanto marca nobilísimas y fecundas orientaciones a las juventudes que mañana tendrán en sus manos los destinos de los pueblos.

Con todo, no será tarea fácil llevar la luz a las conciencias de los reaccionarios. No es de creer que los conservadores se dejen convencer tan fácilmente. Ya conocemos sus argumentos. Un profesor de esta Facultad, con quien tuve oportunidad de conversar sobre estos tópicos pretendía desautorizar mi punto de vista, concordante con las ideas que acabo de exponer, sosteniendo que, adoptar semejante criterio significaría embanderar a la Facultad en determinada ideología sectaria, contrariando así el principio fundamental de que las instituciones oficiales de enseñanza deben adoptar una posición de absoluta imparcialidad frente a los problemas sociales.

He aquí expresado el pensamiento típico de los academistas. Pero unas breves consideraciones bastarán para destruirlo. En primer lugar, ¿puede afirmarse que nuestra Facultad haya permanecido fiel a ese principio de imparcialidad? No; puesto que ha educado a las generaciones universitarias en la escuela del individualismo, político, jurídico y social. En segundo lugar, admitiendo que la Facultad haya adoptado y respetado ese principio, ¿debe ser él considerado como representativo del verdadero criterio orientador de la enseñanza? De ningún modo. La ciencia social ha llegado a sentar verdades y postulados ya incontrovertibles, principios acaso tan definitivos como los de la ciencia de Lavoisier y de Pasteur, tan rigurosamente experimentados en el campo social, como las leyes físico-químicas en el campo de las ciencias naturales.

Adoptar una posición de imparcialidad frente a ellos significa resistirse a adoptar las nuevas disposiciones de la ciencia, lo que, a su vez, supone quedar retardados con respecto a la evolución natural de las cosas, que es la ley universal. Es asumir la misma actitud que asumió en su época la escolástica frente a la filosofía y la teología frente a la ciencia. Imparcialidad significa, en consecuencia, reaccionarismo; pero a veces es algo peor; es indiferencia; la indiferencia torpe y mezquina, propia del profesionalismo ramplón y logrero, vicio fundamental de nuestra enseñanza en las Facultades, que ha hecho presa de los espíritus jóvenes, envejeciéndolos prematuramente.

Pero yo voy más lejos aún: entiendo que no es suficiente que las generaciones universitarias aprendan a acatar las nuevas verdades científicas que en un tiempo se pretendió desconocer. No hay en esto mérito alguno, por que la ciencia se impone como tal universalmente. Es necesario que la juventud se organice en sectores ideológicos y pugne cada uno por imponer sus principios. Debemos repudiar en consecuencia la sociología académica, sin pasiones, como la quiere Wilfredo Pareto. La pasión ideológica, las intuiciones aun no confirmadas, los presentimientos, y todo lo que sea anhelo humanitario es fecundo germen de ciencia viva. Por la pasión se vive, se ama y se lucha. La pasión ennoblece. Ahora bien, ¿quiénes han de ser los ejecutores, los apóstoles de ese nuevo evangelio laico? No ciertamente los abogados ni los procuradores, cuya misión no es otra que la de andar en pleitos, y fomentarlos cuando no los hay. Para ello es necesario preparar políticos, legisladores, estadistas, publicistas, oradores también — puesto que la oratoria es un órgano de la democracia — dotados de una firme y consciente vocación y de un infatigable dinamismo.

Pero, las Universidades ¿cumplen esta función? No; y sin embargo, esa debe ser, precisamente, su misión fundamental. En efecto: la Universidad no es ni puede ser un

instrumento al servicio de los intereses de las clases privilegiadas, como en un tiempo lo fué, sino un órgano del pueblo destinado a cumplir funciones sociales y, entre ellas, la muy importante de formar ciudadanos educados en la ciencia y el arte de gobernar, suprema ciencia de la felicidad colectiva.

Y esa función de la Universidad es tanto más ineludible en países como el nuestro, en el que es el pueblo quien costea los estudios universitarios; determinando el régimen de la gratuidad de la enseñanza. Y es lógico entonces que el pueblo exija de la Universidad la compensación de sus sacrificios, por la incorporación al seno de la colectividad de hombres socialmente útiles, y no de parásitos, rumiantes de pleitos, que aplican en provecho propio lo que la sociedad ha puesto en sus manos para cumplir fines colectivos.

Nuestras Universidades están pues, muy lejos de cumplir con su misión.

El gran José Martí, el apóstol cívico, que lo fué todo en una síntesis maravillosa: guerrero de la gesta revolucionaria, tribuno austero y digno, símbolo de la más pura democracia, cerebro de hondo pensamiento, pluma ágil y artífice elocuente de la palabra, exclamaba en una de sus más brillantes páginas: ¿«Cómo han de salir de las Universidades los gobernantes, si no hay Universidad en América en donde se enseñe lo rudimentario del arte de gobierno?» «En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive»:

Y bien, para terminar con este exordio, que se ha extendido más de lo que deseaba, diré que experimento la sensación de que esta nueva cátedra ha traído algo así como un aliento renovador que ha hecho irrupción en las aulas herméticas de la Facultad.

Estos estudios de Sociología aplicada nos abrirán nuevos horizontes, nos obligarán a pensar en problemas vivos y, sobre todo, nos harán menos académicos, menos conservadores y más humanos.

OSCAR COSCO MONTALDO.

De los estudiantes de Costa Rica a sus colegas de América

LOS estudiantes costarricenses, ha poco que han dirigido a las entidades estudiantiles de América Latina, el manifiesto que transcribimos a continuación, protestando por la tiranía que sufre el Perú:

«A los camaradas estudiantes de América: Una juventud viril que sale de su patria, se esparce por América; la peruana; trae en los labios la protesta y en el espíritu la rebeldía. Un tirano con su trogloditismo aniquila la República; y esa juventud noble y consciente, creadora del mañana, se opone con su firmeza, con todo el brillo de los ideales, a la desesperante postración del pasado.

Esa valiente juventud es encarcelada primero, luego desterrada, después de haber soportado la terrible pena del hambre en los calabozos en San Lorenzo. Víctor Raúl Haya de la Torre, Manuel Seoane, Luis F. Bustamante, presidentes que fueron de la Federación de Estudiantes; Luis E. Heyssen, Oscar Herrera, Enrique Cornejo, Eudisio Ravines, Nicolás Herreros, Esteban Tabletich, Alberto Delgado, Juan Teres, Luis Velasco, Julio Lecaros y Jacobo Hurwitz, forman el esclarecido símbolo de la patria peruana: el escudo de honor.

La Sociedad de estudiantes Universitarios de Costa Rica, hace en esta ocasión una llamado a las asociaciones análogas de los otros países para que cada una de ellas en sus respectivos radios de acción, intensifique la cru-

zada de la democracia efectiva, en esta hora dudosa en que la democracia americana aún se tambalea a pesar de los esfuerzos de sus plecaros hijos, y los imperialismos de las naciones civilizadas tratan de imponerse, en forma salvaje, a las naciones ansiosas de libertad e independencia.

Asociación de Estudiantes Universitarios de Costa Rica.
Presidente: MANUEL MARIA ZÚNIGA — Secretario: *Alfredo M. Sanchez*».

Recojan los estudiantes argentinos el llamado de sus camaradas de Costa Rica y redoblen sus esfuerzos para librar a América del imperialismo capitalista que, poco a poco, va subyugando a las pequeñas naciones y prepara el terreno para someterlas a todas a una deprimente esclavitud económica!

El conflicto universitario de Santiago de Chile

ESCASAS como son las noticias que el telégrafo ha transmitido sobre el conflicto de los estudiantes de la Universidad de Santiago de Chile, no podemos tampoco nosotros suministrar mayores informaciones, pues faltan las publicaciones estudiantiles y carecemos de la relación directa que nos ilustre ampliamente.

«Bandera Roja» el valiente paladín de un grupo de jóvenes inteligentes de Bolivia, nos da, sin embargo, elementos para formar juicio y decidir nuestra simpatía por los bravos universitarios chilenos, en lucha abierta contra los reaccionarios atrincherados en la Universidad de Santiago.

Pero dejemos que sea «Bandera Roja» la que informe a nuestros lectores:

«ANTECEDENTES Y CULPABILIDAD.—Surgió el conflicto a raíz de la cabezuda negativa del Rector de la Universidad de Santiago, un vejete Claudio Matte, que tanto sabe del cargo que ocupa como de buenas maneras, y que se

aferró absurdamente en no conceder el salón de actos para que los muchachos rindiesen un homenaje a la memoria de un compañero muerto en París, por culpa de la imbecilidad de un diplomático. Antonio Cáceres, estudiante destacado de la Sorbone, pero completamente pobre y con varios días de hambre, acudió ante el cónsul chileno en París, — un cretino representante de la aristocracia chilena; Carlos Amunátegui — en demanda de ayuda. Quería, ya que no un apoyo para sostener sus estudios en París, por lo menos para volver a esta patria «querida» y «madre» que representaba el cobarde Amunátegui. Pero éste, lejos de ayudarlo, le aconsejó más bien que se matase, pensando tal vez hacer un bonito negociado con los gastos del entierro. Y el muchacho, desesperado y loco, se mató.

Y en Santiago, otro infeliz, el Rector Matte, se negaba a conceder el salón de actos, fundándose en que él «era enemigo del suicidio», «Los suicidas se condenan y no entran en el cielo».

Pero los muchachos, dolidos y valientes estaban dispuestos a honrar la memoria del compañero muerto y no iba a ser un vejete mequetrefe quién lo impediría. Echaron a bajo las puertas del salón y con fervor cálido y juvenil emoción rindieron homenaje al estudiante muerto, Antonio Cáceres.

Y ahí comenzaron a cumplirse la amenazas del Rector, «Yo he de hacer lo que me venga en gana» habría dicho. Y le vino en gana lanzar la policía montada, contra los grupos de muchachos que salían de la velada estudiantil, atropellándolos, hiriéndolos. Entre ellos, cayeron magullados por los cascos de los caballos y las espadas de los genízaros, dos señoritas estudiantes,

Y en seguida se lanzaron varios decretos: Quedaba clausurada la Universidad — desterrados varios muchachos — separados por 3 ó 4 años algunos y amenazados todos.

COMBATE EN EL SALON DE HONOR.— Como es muy

natural los muchachos necesitaban reunirse, para acordar las actitudes que habían de asumir. Pero gruesos piquetes de soldados guardaban todos los sitios a que podían llegar y aquí preferimos ceder la palabra a *Nuevos Rumbos*, órgano de la Asociación general de profesores de Chile, uno de los más vigorosos de vanguardia y que imparcialmente relata los hechos.

«Los reunidos en la sala del centro de Derecho, acordaron pedir al Rector el Salón de Honor para celebrar una asamblea. Ante la negativa del Rector y la actitud agresiva e insolente de la policía, un grupo de muchachos consiguieron trepar hasta el cielo del Salón de Honor y descolgándose al interior gracias al auxilio de unas mangueras, y procedieron a abrir las puertas del Salón, que estaban firmemente aseguradas.

Los estudiantes penetraron al interior en medio del entusiasmo más indescriptible. El jefe de la policía ordenó desalojar el recinto. Los muchachos, constituidos en asamblea, resolvieron que no lo harían mientras no terminaran la reunión. La policía recibió orden de arrojarlos violentamente del Salón. Los muchachos resistieron y se trabó un verdadero combate cuerpo a cuerpo en pleno salón de Honor, durante el cual los policiales hacían blandir sus sables sobre la cabeza de los muchachos, y éstos se defendían parapetándose tras las butacas de la platea.

Mientras tanto, los estudiantes cantaban a voz en cuello el «Himno de los Estudiantes Americanos»; sus compañeras las alentaban a mantenerse a toda costa en el Salón y otros colgaron en la parte más alta de la sala la carpeta roja del piano, como símbolo de la «Revolución Universitaria».

Ante el coraje y la actitud resuelta de la juventud, el jefe de la fuerza policial ordenó a su gente suspender el ataque mientras obtenía autorización de Rector para que los estudiantes permanecieran en el Salón. Al retirarse a cumplir esa misión, un muchacho le gritó «Id a decir al

Rector que ni la fuerza de las bayonetas nos obligará a abandonar el Salón, que es nuestro».

MASACRES Y PRISIONES. — La noche del lunes último, lo podríamos denominar la *noche triste* de los estudiantes.

En efecto, mientras numerosos grupos estacionados en la alameda las Delicias, frente a la Universidad esperaban que se levantara la sesión del Consejo de Instrucción Pública para conocer las nuevas medidas disciplinarias que acordaría esta Corporación, sorpresivamente, la policía montada cayó sobre los grupos mixtos de muchachos, saqueando bárbaramente a muchos de ellos. A consecuencia del cobarde ataque resultaron varios heridos graves, que fueron trasladados a la Asistencia Pública y numerosos con lesiones leves. Un guardia montado arrojó al estudiante García contra un carro, el que le fracturó una pierna.

Varios estudiantes fueron conducidos presos a la 6ª Comisaría.

Cerca de las once de la noche un numeroso grupo de estudiantes se dirigió a la comisaría citada a reclamar la libertad de sus compañeros. El oficial de guardia no solo se negó a acceder a ello, sino que ordenó a un piquete de guardianes montados, que disolviera violentamente a los reclamantes. Obedeciendo esta orden, los policiales persiguieron a los muchachos por las calles Cóndor y Santa Rosa y detuvieron a un grupo de quince de ellos, cerrándolos en sendos calabozos.

Tras largas gestiones hechas por algunos diputados y personas influyentes, en la madrugada del martes fueron puestos en libertad, debiendo trasladar a varios de ellos a la Asistencia y curar las heridas inferidas por la policía, verdadera causante del desorden».

La Federación Universitaria de La Plata

PARECE que los estudiantes de La Plata vuelven por sus antiguos fueros y que se proponen borrar la opinión desfavorable que desde hace algún tiempo se viene formando respecto a las entidades estudiantiles.

Los centros de las distintas facultades, en su mayoría, están ahora compuestos de estudiantes independientes, vale decir, libres de la influencia oficial, que tan perniciosa ha sido para la Reforma Universitaria.

Así es como el organismo directriz de los estudiantes, la Federación Universitaria, no es este año un simple apéndice de las autoridades universitarias, sino la entidad representativa de las aspiraciones estudiantiles. Con la elección para presidente de nuestro amigo Luis E. Heyssen, puede asegurarse que la Federación Universitaria ha demostrado su firme propósito de reiniciar la vida de actividad inteligente, tan necesaria como olvidada en estos últimos tiempos.

Hemos conversado con Heyssen, el nuevo presidente de la Federación Universitaria, y es su resolución trabajar sin descanso para prestigiar a la entidad estudiantil librándola del recuerdo nefasto dejado por sus antecesores.

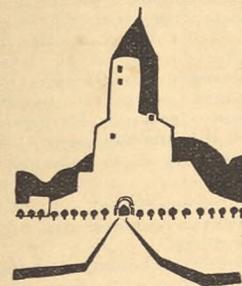
Mucho hay por hacer, y pensamos que esta Federación debe, por lo menos, dejar bien sentado, que la ingerencia de las autoridades en la vida de los organismos estudiantiles no tiene razón de ser, salvo que se consienta un tutelaje deprimente.

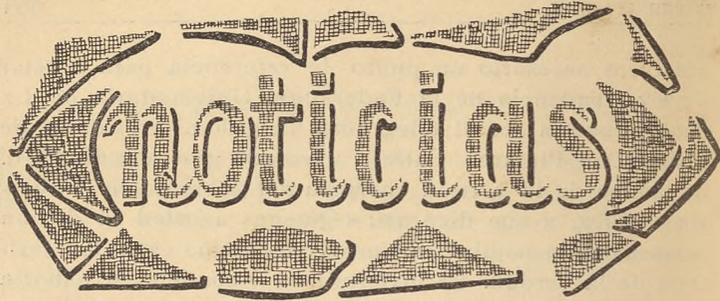
Pero aparte de asegurar la independencia y libertad para obrar, indispensable sin duda alguna, está obligada la Federación Universitaria a realizar sistemáticamente una intensa campaña de cultura, muy descuidada hasta el presente, y en la que colaboren profesores y estudiantes por igual.

Si fuera necesario un punto de referencia para revelar la nueva tendencia de la Federación Universitaria de La Plata, él podría ser el telegrama dirigido al presidente de México, Don Plutarco Calles, y votado por unanimidad, con motivo de la actitud enérgica del gobierno en la cuestión católica, y que dice así: «Quienes a usted se dirijan «condenándolo nombre juventud argentina son los fariseos de la verdad. La juventud no le condena, le exhorta «a mantener encendida la antorcha que prendiera Juárez».

Como vemos, la Federación se inicia bien y cabe esperar que su presidente Heyssen, formado en la lucha diaria por las ideas, ha de orientarla de acuerdo con los altos principios de reforma que requiere la juventud universitaria.

CeDInCI





LA ASOCIACION UNIVERSITARIA

ENTRE las múltiples formas de actividad estudiantil en la República Argentina, ha surgido la propiciada por la "Asociación Universitaria", que s'n apartarse de precedentes establecidos, trata de encauzar su acción por caminos fundamentales distintos.

La "Asociación Universitaria" fundada en la Secretaría de "Sagitario" la noche del 26 de abril último, a raíz de una invitación de la "Deutsche Studentenschaft" (Organización Estudiantil Alemana) se propone realizar una amplia obra de difusión cultural.

En la manifestación de propósitos hecha a raíz de su fundación se dice:

"Convencidos de la ignorancia casi absoluta que tocante a la República Argentina demuestran constantemente hombres e instituciones representativas del extranjero, un núcleo de estudiantes universitarios de La Plata, unidos por la convicción de que es un deber de trabajar para que ese desconocimiento desaparezca, constituyen la "Asociación Universitaria pro difusión de la cultura Argentina" (AUDCA) corporación que se propone hacer conocer nuestro país por los siguientes medios:

"Creando una oficina de información para el extranjero, la que suministrará toda clase de datos que se le soliciten, sobre cualquier aspecto de la vida argentina.

"Realizando viajes de universitarios al extranjero, donde los designados por la institución pronunciarán conferencias sobre diversas fases de la civilización y cultura argentinas.

"Exhibiendo en el extranjero películas que muestren el grado de progreso alcanzado por la República y dando a conocer sus riquezas y bellezas naturales.

"Publicando periódicamente en todos los idiomas datos y comentarios concernientes a las instituciones culturales, políticas, sociales y económicas del país".

Dentro de esta enunciación de propósitos, se ha dado primordial importancia a la acción del intercambio estudiantil, que con tanto éxito viene realizando la Organización Estudiantil Alemana, que desea ampliarlo a Sud América, y que juzgan necesario grandes hombres, como

el filósofo alemán Rudolf Eucken, de quien se publica un artículo, a ese respecto, en el presente número.

Además habla en favor de este nuevo sistema de difusión cultural, el hecho de que una acción directa tiene siempre mejores resultados. Así lo que no se consiga en conferencias, por medio de publicaciones y proyecciones luminosas, se hará en fiestas de confraternidad estudiantil, que también serán factor de paz y amistad, al mismo tiempo que los estudiantes argentinos que participen en el intercambio, si bien llevan enseñanzas al viejo mundo, muchas serán las que han de recibir allí.

En virtud de las circunstancias especialmente favorables se ha resuelto realizar a fines del corriente año un viaje a Alemania y Austria, que comprenderá también, probablemente, Checoslovaquia y Suiza.

El Lloyd Norte Alemán ha resuelto prestar el apoyo más decidido a esta gira, preparando al efecto un itinerario provisorio, comprendiendo Bremen, Berlín, Dresde, Viena, Munich, Heidelberg, Nuernberg y Goettingen, cuyo recorrido durará poco más de un mes y dará oportunidad para actuar a los delegados de la Asociación Universitaria.

Dentro de poco quedarán iniciadas las relaciones con instituciones similares del extranjero, especialmente con la "Deutsche Studentenschaft" que designará los estudiantes alemanes que acompañen a los excursionistas, sirviéndoles al mismo tiempo de cicerones, y prestará también su apoyo para los actos culturales, conferencias y exhibiciones cinematográficas, que se realicen a los fines de la difusión.

Existe el propósito, por parte de los dirigentes de la Asociación Universitaria, de incorporarla como afiliado al Instituto Ibero-Americano de Hamburgo, que podrá ayudar en forma eficaz a la nueva institución.

Carlos Sislán Rodríguez, Presidente de la Asociación, ha iniciado con todo el buen resultado que era de desear, la propaganda periodística, consiguiendo interesar a los principales diarios por la obra de la entidad.

Durante los últimos días de mayo, hasta mediados de junio, estuvo abierta en el salón del diario "La Opinión" de La Plata, la exposición de afiches de propaganda, que llamaron mucho la atención, atrayendo un numeroso público.

La Asociación se preocupa, a más del intercambio estudiantil, por la extensión universitaria nacional, y se propone auspiciar un ciclo de conferencias, a cargo de conocidos intelectuales argentinos.

Ha propiciado también diversos actos culturales, como la lectura de la "Revista Oral", realizada últimamente en La Plata, con todo éxito.

Los dirigentes de la Asociación Universitaria, inician ya, gestiones ante los poderes públicos a fin de obtener su apoyo.

Después de esta breve información que abarca las principales actividades de la entidad, desde su reciente fundación, caben aún algunas palabras de feliz augurio para la obra valientemente iniciada y proseguida.

Se trata esta vez de una acción ante todo positiva y real, de acercamiento internacional, de difusión de nuestra cultura, muchas veces ignorada o casi desconocida, lo mismo que los aspectos más característicos y honrosos de lo argentino.

Es pues de desear que la "Asociación Universitaria" desde el momento en que, con tanta animosidad y cariño, persigue la realización de sus elevados principios, cuente con el apoyo y sincera simpatía de todos.

La Plata, 1926.

HELLMUT SIMONS

Índice del tomo II

(NÚMEROS 4, 5 Y 6)

	Núm.	Pág.
<i>Alvarez del Vayo, Julio</i>		
Trotzki	V	153
<i>Astrada, Carlos</i>		
Ramón Turró y su teoría del conocimiento.	VI	374
<i>Borges, Jorge Luis</i>		
Sain Joan; A Chronicle Play, de Bernard Shaw	IV	90
<i>Bernardez, Francisco Luis</i>		
Literaturas europeas de vanguardia, de Guillermo de Torre	IV	90
<i>Barreto, Francisco L.</i>		
Derecho político, de Carlos Sánchez Viamonte	IV	92
<i>Bose, M. H. de</i>		
El átomo y su estructura, de Kromers y Holga Holst.	V	199
<i>Blanco, Marcos M.</i>		
Un aspecto nuevo del futurismo.	VI	433
<i>Cichero, Felix Esteban</i>		
La novela	IV	57
Dostoiewski, Renán, Pérez Galdós, de Armando Doinoso	VI	413
<i>Cosco, Montaldo Oscar</i>		
Orientaciones universitarias	VI	437
<i>Comentarios</i>		
Edwin Elmore	IV	100
Terán y la nueva generación	V	215
El mensaje de Franco	V	223
Julio A. Mella	V	225
El clero católico contra la Constitución Mejicana.	VI	432
Chocano el asesino de Elmore	VI	436
El buen Juez Magnaud	VI	436

	Núm.	Pág.
<i>De Vedia y Mitre, Mariano</i>		
Rivadavia, el reformador	V	128
<i>Del Mazo, Gabriel</i>		
Carta al doctor Sagarna.	V	239
<i>Edward Bello, Joaquín</i>		
La crisis chilena	VI	303
<i>Eucken, Rodolfo</i>		
La Argentina y Alemania	VI	331
<i>Fernández García, Alfredo</i>		
Tangarupá (cuentos) de Amorín	IV	88
La asamblea de la bohardilla, de Alberto Gerchunoff.	VI	44
<i>Figuroa Balcarce, I. G.</i>		
Don Segundo Sombra, de Ricardo Güiraldes	VI	421
<i>González Martínez, Enrique</i>		
Temas de nuestra américa (Los problemas de México)	IV	109
Temas de nuestra américa (Los problemas de México)	V	288
<i>Giménez de Asúa, Luis</i>		
En torno al asesinato de Matteoti.	VI	351
<i>Galli, Enrique V.</i>		
Un libro notable	VI	396
<i>Haya de la Torre, Víctor Raúl</i>		
José Ingenieros	V	184
Romain Rolland y la nueva generación latino-americana	VI	403
<i>Ibérico y Rodríguez M.</i>		
El nuevo absoluto	V	117
<i>López Palmero, M.</i>		
La Ville Merveilleuse, de Francisco Contreras.	IV	82
El alma en el pozo, de V. J. Guillot	V	187
Bichitos de luz, de E. Frugoni	V	190
Después del estreno, de O. Palazzolo	V	191
Antología de la poesía argentina moderna, de Julio Noé	VI	419
<i>Lascano, Jorge</i>		
Historia de la Institución Consular, de A. M. Candiotti.	V	203

	Núm.	Pág.
<i>Latino-América</i>		
El Congreso estudiantil Bolivariano	V	259
Palacios y el Congreso Panamericano de Panamá	V	262
Entre las juventudes de Asunción y La Paz	V	278
Documentos del despotismo en América	V	284
<i>Lehmann Nitzche, R.</i>		
D. Antonio Colbacchini	VI	417
<i>Mariátegui, José Carlos</i>		
Cuentos andinos, de E. López Albújar	IV	69
De la vida incaica, de L. A. Valcarce	IV	73
<i>Max Rhode, Jorge</i>		
Sarmiento	VI	333
<i>Marquez Miranda, Fernando</i>		
El Decamerón negro, de León Frobenius	IV	76
<i>Mantovani, Juan</i>		
Ellen Key (Su vida y su obra)	VI	354
<i>Menegazzi, Francisco Luis</i>		
La ciudad de los sueños, de Arturo Capdevila	IV	89
<i>Manfredi, Miguel</i>		
Historia de la Historiografía Argentina, de R. Carbia	V	196
<i>Marasso, Arturo</i>		
Observaciones acerca de la poesía lírica	V	123
<i>Noticias</i>		
Repertorio Americano	V	295
La Nueva Democracia	V	295
El Estudiante (Segunda época)	V	296
Nuestra América	V	297
Revista de Legislación y Jurisprudencia	V	297
<i>Orgaz, Arturo</i>		
Pueblo y sufragio	IV	30
<i>Orzabal Quintana, Arturo</i>		
La Sociedad de las Naciones y el Derecho Político, Adolfo Posada	VI	415
<i>Orgaz, Raúl A.</i>		
Proloquios y reflexiones	V	146
<i>Ortiz Rubio, Pascual</i>		
América y la Sociedad de las Naciones	VI	315

	Núm.	Pág.
<i>Orrego, Antenor</i>		
Racionalismo y Revolución	VI	319
<i>Parfait, Rodolfo A.</i>		
Reforma y enseñanza	IV	104
<i>Palacios, Alfredo L.</i>		
Carta a la comisión organizadora del congreso pan- americano de Panamá	V	263
<i>Punyet, Alberti M.</i>		
Universidad y pensamiento	VI	427
<i>Rodríguez, Alberto J.</i>		
De Kant a Stammler	IV	8
<i>Rougés, Alberto</i>		
Las dos ciencias	VI	346
A propósito de «Tierra Fragosa» de J. V. Gonzalez	VI	425
<i>Romero, Francisco</i>		
La reforma epistemológica de Einstein, de Coroliano Alberini	IV	79
Augusto Messer	VI	323
Vida y obras de Angel Ganivet, de M. Fernández Almagro	VI	423
<i>Ravines, Eudocio</i>		
La interpretación del alma Keshua	IV	95
<i>Rivero Astengo, A. P.</i>		
Androvar de Pedro Prado	VI	408
<i>Roces, Wenceslao</i>		
Libre docencia	V	245
<i>Rodríguez, Alberto J.</i>		
La dictadura de Panamá	V	267
<i>Sanchez Viamonte, Carlos</i>		
Ingenieros	IV	5
La lucha por la reforma	V	248
La cultura frente a la Universidad	VI	390
<i>Suárez Calimano, Emilio</i>		
Cánticos de Raquel, de Raquel de Adler	VI	416
Las tardes de Francisco López Merino	V	192
<i>Simmel, Jorge</i>		
La filosofía de la aventura (traducción de María Celina Aguirre de Rébora)	IV	41

	Núm.	Pág.
<i>Semich, Rodolfo L.</i>		
La edad crítica	V	160
<i>Simons, H. de</i>		
Noticias sobre Keyserling	V	206
<i>Simons, Hellmutt</i>		
La Asociación Universitaria	VI	432
<i>Taborda, Saúl</i>		
Hans Tietze y el expresionismo	IV	26
<i>Trejo Lerdo de Tejada, C.</i>		
España y la nueva vida americana.	IV	46
<i>Terán, Juan B.</i>		
Educación romántica	V	149
El porvenir de la América española	V	263
<i>Universitarias</i>		
Ricardo Rojas	V	227
Otra tentativa de reacción contra la reforma universitaria	V	236
De los estudiantes de Costa Rica a sus colegas de América	VI	445
El conflicto universitario de Santiago de Chile	VI	446
La Federación Universitaria de La Plata	VI	450
<i>Vera, Humberto</i>		
Segundo libro de loco amor de Bernabé de la Orga	IV	85
<i>Verde Tello, Pedro A.</i>		
La Escena Contemporánea de José C. Mariategui.	V	209
Dibujos de Emilio Pettorutti		



CeDInCI

Opiniones autorizadas acerca de la notable obra del Dr. Juan C. Rébora

« La Familia »

París, Mayo 26 de 1926.

Estimado colega:

Me ha causado Vd. un gran placer enviándome su muy importante trabajo sobre el derecho de familia. No conozco ninguno más profundo y más original que una en un grado tal la historia la sociología y el derecho. Es un verdadero monumento y por otra parte un modelo de claridad. Con mi más vivo agradecimiento, le ruego, mi querido colega, reciba todas mis felicitaciones y mis sentimientos muy cordiales.

ALBERT WAHL.

(Profesor de la Universidad de París. Fundador de la «Revue Trimestrielle de Droit Civil»).

Señor y estimado colega:

Le quedo íntimamente reconocido de que haya Vd. tenido a bien enviarme su monumental obra sobre La Familia. Nosotros, profesores de derecho civil, hemos de tener en ella una fuente incomparable de información. Yo no creo que haya en la actualidad un Tratado más importante sobre esta materia. Según he podido comprenderlo por un primer examen, forzosamente muy rápido, su obra está inspirada a la vez por los conocimientos sociológicos más profundos, y una acabada posesión de la legislación.

Lamento sobre manera que ella no hubiese aparecido aún cuando M. Planiol y yo publicamos ese Tratado de La Familia que Vd. se ha dignado citar. En la primera edición del Tratado de Derecho Civil yo no dejaré de mencionar el suyo, que además será de una gran utilidad para mis cursos. Desde luego, he sido encargado en la Sorbona de un curso especial sobre esta materia, destinado a los estudiantes extranjeros: puede Vd., pues, juzgar del interés que encierra para mí el conocimiento profundizado de esta obra, que yo me propongo lograr durante las próximas vacaciones.

Dígnese aceptar, señor y estimado colega, la seguridad de mis sentimientos distinguidos y mis muy vivas felicitaciones.

París, Julio 26 de 1926.

GEORGES RIPERT.

(Profesor de la Universidad de París. Director de la «Revue Critique de Legislation et Jurisprudence»)

TODOS LOS LIBROS

SE CONSIGUEN FACILMENTE, CON SOLO HABLAR
POR TELEFONO A U. T. MAYO 0329 O ESCRIBIR A

J. SAMET: LIBRERO EDITOR

Av. DE MAYO 1242 BUENOS AIRES

NOVEDADES DE LA CASA:

- ERRANTES, por HECTOR I. EANDI
Libro lleno de vida, interes y originalidad, en que el autor de «Pétalos en el estanque» se revela como un cuentista magistral. \$ 2.50
- COUSAS, por CASTELAO. — Publicación del Semanario de Estudios Gallegos, Compostela. Un volumen de exquisitas prosas y magníficas ilustraciones del gran CASTELAO. 2.—
- APASIONADAMENTE, por ALEJANDRO GANCEDO (H.) — Libro en que se retratan de cuerpo entero, tipos de sociedad y sugestivas escenas de ambiente. 2.—
- JUDIOS, por I. CHAS DE CHUZ. — La vida del «Ghetto» porteño ha sido sorprendida en su aspecto más característico por un escritor vigoroso. 1.—
- LA UNION SOVIETICA EN 1926. — Complemento indispensable de toda publicación sobre Rusia: su Cultura, Industrias, Comercio, Finanzas, Relaciones, Organización, etc., etc. 0.50

FONDO EDITORIAL:

- C. SANCHEZ VIAMONTE—Derecho político \$ 3.50
- R. SAFENZ HAYES—Blas Pascal y otros ensayos » 2.50
- R. ZAPATA QUESADA—La infidelidad de Penélope » 2.50
- HECTOR I. EANDI—Pétalos en el estanque » 2.—
- M. L. CARNELLI—Rama Frágil » 2.—
- JUAN PALAZZO—La casa por dentro » 2.—
- R. JIJENA SANCHEZ—La locura de mis ojos » 1.50
- E. GONZALEZ LANUZA—Prismas » 1.80
- NORA LANGÉ—La calle de la tarde » 1.—
- M. A. SALVAT—Esmaltes » 2.50
- L. STANCHINA—Inocentes » 1.50
- A. GANCEDO (h)—Ansiedad » 2.—
- » » Estudios de otro tiempo » 2.50
- F. DELAISI—El Petróleo (Política de la producción) » 1.60
- I. SCORNIK—Perdidos en la sombra » 1.50
- S. F. VAZQUEZ—Lluvia ligera. » 1.20
- E. M. PINERO—Cerca de los hombres » 0.40
- UPTON SINCLAIR—El libro de la Revolución. » 1.—
- ADOLFO AGORIO—Bajo la mirada de Lenin » 0.50
- P. L. IPUCHE—Tierra Honda » 2.—
- » » Alas Nuevas » 2.—
- C. SABAT ERCASTY—Vidas del hombre » 1.50
- » » Poemas del hombre » 2.—
- EMILIO PETTORUTI—13 reproducciones de sus cuadros » 2.—

PARA
PUBLICAR O COMPRAR
LIBROS
CONSULTE SIEMPRE A
J. SAMET

SAGITARIO: AGENCIA CENTRAL (VENTA, SUSCRIPCIONES, AVISOS) J. SAMET
AVENIDA DE MAYO 1242 - BUENOS AIRES

C. BOZZOLO é Hijos

Administración de Propiedades

CALLE 54 Núm. 588 - U. Teléf. 1464

LA PLATA

Ortopedia y Corsetería

— DE —
CESAR ARCHETTI



Corsés
Fajas
Piernas
Brazos
Bragueros
—
Artículos
de goma
—
Muletas,
etc.

Avenida 51 N. 637 - Tel. 818 - LA PLATA

BOCCIA Hnos.

POMPAS FUNEBRES

CARRUAJES PARA CASAMIENTOS
Y BAUTISMOS

Calle 57-13 y 14 - N.º 918 - U. T. 1056

SUCURSAL:

Calle Barcelona 4452 - Berisso
U. T. 222 - Ensenada

Servicio Nocturno

Compañía Argentina de Electricidad

PARA TARIFAS E INFORMES
DIRIGIRSE A:

Calle 4 esquina 45
LA PLATA

Dr. Eusebio Albina

Sub-director del H. Melchor Romero
Calle 53, N.º 688 — U. Teléf. 1248
LUNES, MIERCOLES y VIERNES 1 a 3 La Plata

ENFERMEDADES DE LOS OJOS
ANTEOJOS Y OPERACIONES

Dr. Diego M. Argüello

MEDICO OCULISTA
Consultas todos los días de 15 a 18
Calle 51 N.º 458. T. 272 La Plata

ANALISIS

Doctores Grau y Arena

Extracción de sangre. Lunes,
Miércoles y viernes, de 17 a 20.
Diag. 74 N.º 1117 U. T. 1956
(Plaza Italia)

Dr. Alejandro Riglos

MEDICO VETERINARIO

Calle 45, N.º 1040 — La Plata

Dr. Simón Mendy

CIRUJIA GENERAL — PARTOS
GINECOLOGIA

Horas de consultas: 14 a 18
Calle 7 1082, Teléf. 10 La Plata

ESTUDIANTINA

DIRECTOR:

JUAN MANUEL VILLAREAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle 49, esq. I (Coleg. Nacional)

Por Decreto del P. E. de la Nación la

COMPAÑIA ITALO-ARGENTINA DE SEGUROS GENERALES ROMA

ESTA AUTORIZADA, DE
ACUERDO CON LA LEY
9688 PARA EMITIR PÓLI-
ZAS POR LOS ACCIDEN-
TES DEL TRABAJO.

UNIÓN TELEF. 2523. AVENIDA
B.M.E. MITRE 459, Bs. AIRES

DIRECTOR GENERAL:

JUAN CHECCHI

VALORACIONES

REVISTA DE HUMANIDADES
CRITICA Y POLEMICA

Editada por el grupo de es-
tudiantes Renovación de
La Plata

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Calle 60, N.º 682. La Plata

E. CARASSALE PONS y Cía.

ASUNTOS ADMINISTRATIVOS Y JUDICIALES, REPRESENTANTES Y CORRESPON-
SALES DE DIARIOS, GESTIONES DE COBROS, DE SUELDOS Y SUBVENCIONES.

Eseritorio: 7 - 775 - U. T. 3250 - LA PLATA

CONTADURIA GENERAL DE LA PROVINCIA

BALANCE AL 31 DE MAYO DE 1926

INGRESADO AL 31 DE MAYO DE 1926		VALORES EFECTIVO		EGRESADO AL 31 DE MAYO DE 1926		VALORES EFECTIVO	
Recursos de presupuesto—				Presupuesto—			
Ordinarios	25.752.778.82	—	—	Sueldos y gastos	13.155.324.91	—	—
Extraordinarios	2.254.865.66	19.309.08	—	Deuda Pública	3.268.360.82	—	—
Especiales	510.912.70	6.325.32	28.518.557.18	Banco de la Provincia. Deuda Pública	11.680.762.69	—	—
Cuentas generales—				Cuentas generales—			
Entrada eventual	809.689.13	—	—	Escuelas:			
Revisación de planos e inspección cloacas	7.950.45	—	—	Depositado en el Banco de la Provincia			
Recaudación	7.370.035.44	—	—	Porcentajes	5.548.660.56	—	33.653.108.98
Venta de planos	60.—	—	—	Cuentas especiales—			
Anticipo de sueldos	159.05	—	—	Depósitos en garantía	800.633.90	936.794.54	—
Venta de reservas para cloacas	1.780.66	660.—	—	Dirección de desagües	489.740.17	—	—
Conexiones de Cloacas y Aguas Ctes.	2.20	—	8.189.726.93	Banco de la Pcia. Fondo Municipalidades	739.019.37	—	—
Cuentas especiales—				Bco. Pvcia. Comisión Cobro Impuestos	382.599.06	—	—
Depósitos en garantía	356.727.12	667.578.18	—	Fondo Montepío	2.649.199.89	—	—
Fondo Montepío:				Ley 30 octubre 1911. Municipalidades .	7.103.83	—	—
Descuentos \$ 1.893.606.95				Ley 30 octubre 1911. Patronato de Me-			
Ley 1º. de Julio 1915 » 500.000.—	2.393.606.95	—	—	nores A. A.	1.962.50	—	—
Ley 30 Octubre 1911. Municipalidades,	529.862.11	—	—	Embargos judiciales	60.858.46	—	—
Impuesto de desagües	489.740.17	—	—	Producido Venta Títulos—Ob. Sanea-			
Porcentaje a Municipalidades	739.019.37	—	—	miento Avellaneda	270.—	—	—
Embargos Judiciales	58.600.88	—	—	Producido Negociación Blair y Cía. . .	331.50	—	—
Caja Popular Ahorros. Anticipo sueldos	361.179.17	—	—	Producido Títulos Ampl. F. C. M. Vº.	2.276.911.51	—	—
Caja P de Ahorr. Préstamos Hipotec.	80.707.39	—	—	Prod. Negoc. Blair y Cía. Pag. Letras	479.630.40	—	—
Producido Chacra de Patagones	24.60	—	—	Julio C. Chiappe	1.284.59	—	—
Banc. de la Prov. Contabilizaciones . .	177.595.73	—	—	Banco de la Provincia Contabilizaciones	130.506.17	—	—
Producido Títulos Ampliac. F. C. M. Vº	2.577.751.87	—	—	Producido Chacra de Patagones	500.—	—	—
Producido Negoc. Blair y Cía. pago				Policia—Cuenta Ricardo Mostajo . . .	23.956.46	—	—
Letras	479.630.40	—	—	Obras Catedral. Producido venta títulos	150.000.—	—	8.194.507.81
Producido Venta Títulos Obras Sanea-				Leyes especiales—			
miento Avellaneda	50.150.—	—	8.294.595.76	Pagado	551.000.—	599.623.25	—
Presupuesto—				Ejercicios anteriores—			
Devoluciones	—	—	39.518.45	Ejercicios vencidos	8.854.30	—	—
Ley Anexa—				Ejercicio de 1922	15.30	—	—
Artículo 32	—	—	14.993.34	" " 1923	9.976.15	—	—
BANCO DE LA PROVINCIA USO DEL CREDITO				" " 1924	85.002.36	—	—
Acreditado	—	—	8.000.000.—	" " 1925	7.851.618.20	—	7.955.466.31
Leyes especiales—				Impuestos devueltos—			
Acreditado	16.949.996.34	—	—	Por c/. Ejercicio 1922	3.050.41	—	—
Letras canceladas	2.232.647.58	19.182.643.92	231.867.84	" " " 1923	4.289.10	—	—
Ejercicios anteriores—				" " " 1924	5.637.50	—	—
Ejercicio de 1922	992.40	—	—	" " " 1925	18.947.39	—	—
Ejercicio de 1923	3.140.58	—	—	Devolución de Impuestos	237.264.18	—	269.188.58
Ejercicio de 1924	10.971.86	—	—	Obligaciones a pagar—			
Ejercicio de 1925	240.963.44	33.329.974.54	256.068.28	Letras canceladas	—	3.410.628.92	—
Impuestos devueltos—				Obligaciones a cobrar—			
Devolución de Impuestos	—	—	0.56	Letras por tierras canceladas	—	2.006.66	—
Rentas Generales—				Rentas Generales—			
Devuelto	—	—	62.506.06	Pagado	—	—	2.022.291.58
				Existencia que pasa al mes de Junio			
				— 48.306.060.92 842.311.46			
				<u>53.206.491.04 53.607.834.40</u>			
				<u>53.206.491.04 53.607.834.40</u>			

GUIA PROFESIONAL - LA PLATA

Dr. José María Gamas

ABOGADO

Calle 13 N.º 808 La Plata

Dr. Gregorio Lascano

ABOGADO

Calle 47 N.º 822 La Plata

Dr. Vicente Montoro

ABOGADO

Calle 10 N.º 1326 La Plata

Dr. Luis Reyna Almandos

ABOGADO

Calle 54 N.º 455 La Plata

Dr. Luis H. Sommariva

ABOGADO

48 936. — 44 393 La Plata

Dr. Juan José Benítez

ABOGADO

Estudio: 13 N.º 827

Particular: 49 N.º 927

Teléfonos: 624 y 2127

La Plata

Luis G. y Antonio P. Quijano

ABOGADOS

Calle 46 N.º 536 La Plata

ESTUDIO JURIDICO DE LOS

Doctores Sanchez Viamonte

Calle 11 N.º 990 T. 643 La Plata

Adrián Lascano

ESCRIBANO

Calle 48 N.º 716 La Plata

Dr. Edmundo Vampa

TUBERCULOSIS Y ESTOMAGO
ESPECIALISTA

Horas de consultas: 14 a 16

Calle 7 N.º 1204 La Plata

Dr. A. M. Cavazzutti

GARGANTA, NARIZ Y OÍDOS

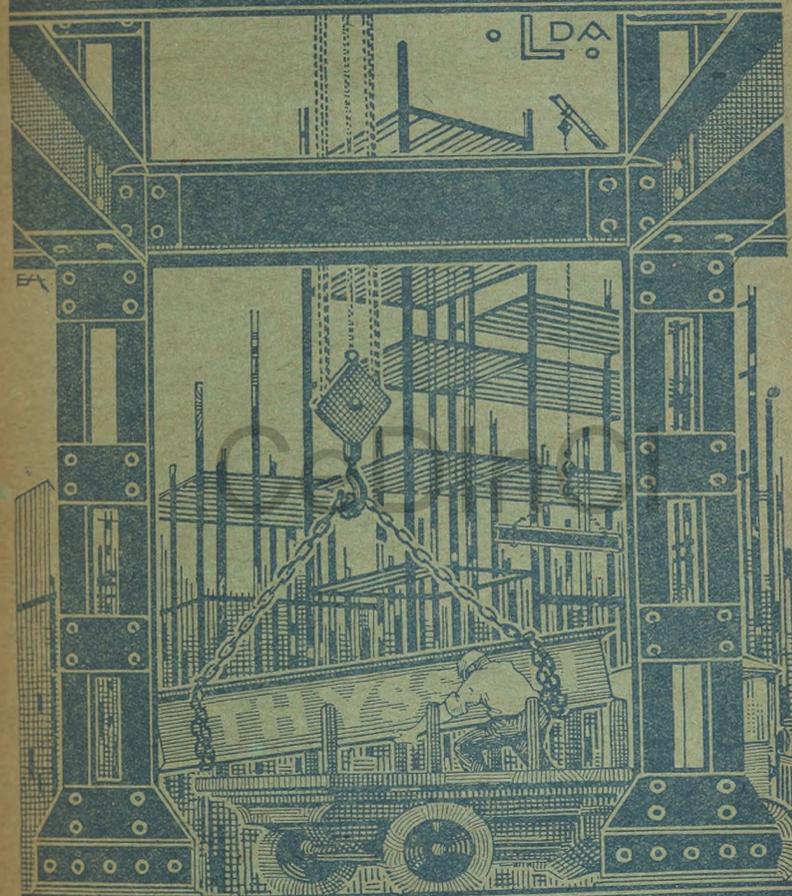
Calle 54 N.º 479 T. 2085, La Plata

Dr. Emilio D. Cortelezzi

MEDICO

Calle 60 N.º 324 La Plata

IA INDUSTRIAL Y MERCANTIL - THYSSEN -



CONSTRUCCIONES METALICAS

901-BELGRANO-907 - BUENOS AIRES

AGENCIA NAUMANN

SON ADMIRABLES; los trabajos de costura y bordado hechos por nuestras alumnas.

ES TAMBIÉN la perfección de las máquinas "NAUMANN" y tan sencillo y agradable su manejo, que en poco tiempo ejecutan en ella las más difíciles labores.

PÍDA una demostración sin compromiso en cualquiera de los siguientes locales:

SUB - AGENCIAS:	Calle 6 No. 876.	La Plata.
" "	La Merced 453.	Ensenada.
" "	Montevideo 338.	Berisso.
" "	C. Brandzen -	Magdalena.

o en las sucursales y agencias que tiene distribuidas en toda la Republica.

Concesionario: J. DEOLINDO REPETTO — Diag. 80 núm. 635 — U. T. 3970 — La Plata.

Talleres Gráficos: OLIVIERI y DOMINGUEZ

FUNDADOS EN 1882

Premiados con Diploma y Medalla de Oro, en la Exposición Nacional de Artes Gráficas - Julio 1916

•••

:-: Impresión esmerada de Tricomías, Fotograbados :-:

:-: Fotolitografías, Tesis, revistas - Especialidad :-:

:-: Catálogos, Afiches, etc., etc. :-:

•••

CALLE 4 ENTRE 42 Y 43 — TELEFONO 273 — LA PLATA

F. C. P. DE BUENOS AIRES

PASAJEROS

Servicio esmerado con confort y comodidad. Puntualidad en los horarios. Viajes directos y rápidos. Servicio local, diariamente entre las estaciones LA PLATA y C. BEGUERIE. Entre LA PLATA, 9 DE JULIO y MIRA PAMPA, tres veces por semana, con servicio restaurant esmerado y coches dormitorios. Abonos mensuales, semestrales y anuales. Parte de regreso en boletos de ida y vuelta, válida hasta los 25 días de su emisión.

CARGAS Y HACIENDAS

Trenes directos y adicionados. Servicio especial para el transporte de haciendas, con destino a puerto LA PLATA. Frigoríficos y F. C. Midland, por Empalme Ingeniero de Madrid. Conexión en la Estación circunvalación del F. C. Sud, para los trenes generales de pasajeros y transbordo de cargas. Mercado para venta de haciendas, en Estación A. Etcheverry. Ventas semanales todos los jueves. Caminos de acceso desde este mercado hasta La Plata, Abasto, M. Romero, macadanzados.

TARIFAS reducidas para todo tráfico, y rebajadas desde el 1.º de Julio del año próximo pasado, para los transportes de haciendas, leche y crema.

ADMINISTRACION E INFORMES:

Calle 17 y 71

LA PLATA

U. T. 1217 - 1259

LUIS FERRARIO

IMPORTADOR

49 N° 484/88 - U. T. 29 - LA PLATA

Sección Sanidad

Bañaderas, Lavatorios, Bidets, Calentadores de baño, Artefactos niquelados y todo lo relacionado con la higiene moderna.

Instalaciones eléctricas, Arañas, Brazos, Estufos, Lámparas, Planchas, Material eléctrico, etc.

Materiales para obras sanitarias.

**Se acuerdan créditos
a pagar por mensualidades**

D'ANGELO

CALZADO DE LUJO

La única casa que
hace trabajos finos
a medida a
precios a la altura
de las mejores casas
de la Capital.

51-7 y 8 U. T. 3291

LA PLATA

Imprenta, Papelería, Encuadernación

— DE —

M. ALFREDO CRESPO

CASA ESPECIAL PARA PARTES DE ENLACES
Y TARJETAS DE VISITA

Calle 5-49 y 50 LA PLATA U. T. 296

FARMACIA

DE

JUAN FELIX MAESTRI

SECCION OPTICA - OCULISTICA
ANEXA A LA FARMACIA

UNIÓN TELEFÓNICA 526

CALLE 49 Y 8

LA PLATA

BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

La Plata: Avenida Independencia 726 Buenos Aires: Calle San Martín 137 y 163

CORRESPONSALES. — En los demás pueblos de la provincia y en los principales puntos del interior de la república y territorios nacionales y en las más importantes plazas comerciales del exterior: en Europa, Estados Unidos de América, Méjico, Panamá, Cuba, Costa Rica, Guatemala, San Salvador, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, Bolivia, Uruguay y Paraguay.

Tiene corresponsales y gira sobre los puntos de España y los de Francia e Italia que tienen oficina postal.

OPERACIONES. — El banco se ocupa de todas clases de operaciones: descuentos, cauciones, recibe depósitos, abre cuentas corrientes, emite giros y cartas de crédito. Se encarga de cobranza de documentos, cupones y cuotas de terrenos, de administración generales y de propiedades.

PRESTAMOS HIPOTECARIOS. — Hace préstamos con garantía de inmuebles ubicados en la Provincia de Buenos Aires. En dinero efectivo amortizable en 10 años. En bonos hipotecarios amortizables en 33 años.

PRESTAMOS CON PRENDA AGRARIA. — Sobre haciendas y cereales.

TASA DE INTERES ANUAL SOBRE DEPOSITOS

ABONA: En cuenta corriente a oro sellado y moneda legal, sin intereses.

En Caja de Ahorros:

Hasta \$ 10.000 después de 60 días	4	ojo
Por las sumas que excedan de \$ 10.000 hasta 20.000	3	ojo
A plazo fijo de 30 días	1	ojo
A plazo fijo de 60 días	2	ojo
A plazo fijo de 90 días	3	ojo
Mayor plazo	3	1/2 ojo

COBRA: Por adelantos en cuenta corriente, Descuentos, cuentas, cupones, etc. Convencional

Casa La Plata, diciembre 30 de 1924.

ANTONIO PICAREL Gerente

Elija lana souple,
esponjosa,
delicada al tacto y
a los ojos, en

POGGIO Hermanos

47 N.º 665 U. T. 3650

LA PLATA

ALFREDO LUCHETTI

MOLINOS A VIENTO

LUCHETTI

Marca Registrada

Tanques Australianos,
Bebedores, Flotantes,
Bombas y Cilindros,
Depósitos, Subestructuras
para depósitos,
Caños y accesorios,
Norias y Máquinas
agrícolas de reconocida
superioridad :: ::

6 Esq. 55 - Unión Telefonica 452 - La Plata

GUIA PROFESIONAL - Bs. AIRES

Dr. David Lascano
ABOGADO

Lavalle 1312 Buenos Aires
48-716 La Plata

Alejandro Lastra

ABOGADO

Galeria General Güemes- Dto. 316
U. T. 6090 Avda. Buenos Aires

Jorge Lascano

ABOGADO

Sarmiento 517 Buenos Aires

Dr. Carlos Alberto Acevedo

ABOGADO

Talcahuano 1260 Buenos Aires

Julio V. González

ABOGADO

Cangallo 499 Buenos Aires

Dr. Julio Noé

ABOGADO

Cangallo 315 Buenos Aires

Dr. Alejandro E. Shaw

ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

Germán E. Sempé

ABOGADO

Sarmiento 643 Buenos Aires

Dres. Félix Martín y Herrera

— y Mariano J. Drago —

ABOGADOS

Victoria 486 Buenos Aires

Dr. Lizardo Molina Carranza

ABOGADO

Beruti 2376 Bs. Aires

Florentino V. Sanguinetti

ABOGADO

Lavalle 1268 Buenos Aires

Dr. Alfredo L. Palacios

ABOGADO

Viamonte 1533 Buenos Aires

Dr. Alberto J. Rodríguez

ABOGADO

Sarmiento 459 Buenos Aires

Dr. Adolfo F. Cichero

ABOGADO

Tramitación rápida y personal de testamentos y asuntos judiciales y administrativos: en Buenos Aires, Mercedes, La Plata y San Nicolás.

La correspondencia dirigirla a la calle Falcón 1921, Bs. As.
U. T. 1541. Flores

Juan Carlos Lomazzi

CONTADOR PUBLICO NACIONAL

Perú 151, Escritorio-32 Bs. Aires

Carlos Falchi y J. J. Pippo

ESCRIBANOS

Piedras 75 Buenos Aires

F. Ratto y A. Pita

ESCRIBANOS

San Martín 296 Buenos Aires

P. Luis Boffi

ESCRIBANO NACIONAL

Maipú 286 Buenos Aires

Hiram Pozzo

Escribano Nacional - Asuntos judiciales

Tucumán 612 Buenos Aires

Escribanía Haedo

Av. de Mayo 651 Buenos Aires

J. C. Freire Señorans

Escribano del Banco Español. Anexa a la oficina funciona la sección Crédito Hipotecario e Inmuebles, que dispone de partidas hasta la suma de cien mil pesos. Sobre casas y campos. Sin comisión. :: ::

Oficinas:

Calle 48 N.º 580 T. 1102 La Plata
Perú 84. Buenos Aires

Dr. José Alvarez Rodriguez

ABOGADO

Estudio Jurídico A. Mitre 273
— Mercedes —
Domicilio particular
Narbondo 38. Junín

Poncio, Guyot y Cía.

CONTADORES REVISADORES

Tucumán 612 Bs. Aires

Dr. Eduardo C. Arce

MÉDICO DEL HOSPITAL TEODORO ALVAREZ, SUB-DIRECTOR DEL SANATORIUM RIVADAVIA, ENFERMEDADES MENTALES, INTERNAS Y NERVIOSAS, TRATAMIENTO DE LA SIFILIS

Consultas de 16 a 18

Esmeralda 785 - U. T. Ret. 2291

Buenos Aires

REVISTA BIMESTRAL
CUBANA

DIRECTOR:
FERNANDO ORTIZ

Dirección:
Calle L y 27ª.
HABANA (CUBA)

REVISTA DE
FILOSOFIA

Director
ANIBAL PONCE

DIRECCIÓN Y
ADMINISTRACIÓN
Salta, 286 - Buenos Aires

SAGITARIO

REVISTA DEL SIGLO XX

Director:
HUMBERTO RIVAS
1ª. Francisco Pimentel 15
MÉXICO (D. F.)

ALFAR

Revista de Arte y Letras
Director

JULIO J. CASAL
Administrador
ALFONSO MOSQUERA

Cantón pequeño 23
La Coruña-España

NOSOTROS

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI
ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Libertad, 543 Buenos Aires

REVISTA DE
ORIENTE

PUBLICACIÓN MENSUAL
DE LA ASOCIA-
CIÓN AMIGOS
DE RUSIA.

SARMIENTO 2616
BUENOS AIRES

REPERTORIO
AMERICANO

Semanario de Cultura Hispánica

DIRECTOR
J. GARCIA MONJE

Dirección: Apartado 533
SAN JOSE — COSTA RICA
Centro America

VERBA

REVISTA MENSUAL

Ciencia - Arte - Sociología

Dirección:
Anselmo Cifuentes N°. 10
Gijón (Asturias) (España)

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

Av. de MAYO 1288 BUENOS AIRES

Director Científico: Dr. DESSY,
Bacteriólogo y Anatómo Patólogo

Asesor Técnico: Dr. ALOIS BACHMANN,
prof. de Microbiología

Director de la Sección Biología Vegetal:
Pr. Dr. C. SPEGAZZINI, Ingeniero Agrónomo
Consultor Científico: Prof. Dr. A. LUSTIG

Análisis de Interés Médico e Industrial, Sueros y Vacunas Terapéuticas, Productos Opo y Organos-terápicos, Tuberculina Humana y Bovina para aplicaciones Diagnósticas y Terapéuticas, en el Hombre y en los animales, Estudios de la Epizootias.

SUERO REACCION DE WASSERMANN

Para la Sífilis, el Equinococo y la Tuberculosis.

Suero-Reacción Tífica de Widal — Preparación de Auto-Vacunas.

ANTIBACTER

En venta en todas las buenas Farmacias de la República
EL DESINFECTANTE IDEAL DE USO GENERAL
preparado por el
INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO

3500

INSTITUTO BIOLÓGICO ARGENTINO
AV. CORRIENTES 1423, BUENOS AIRES
DIRECCIÓN GENERAL: DR. ESTEBAN
BIANCHINI Y ASISTENTE: DR. ALBERTO
MARTINI



Buenos Aires